
HARLEQUIN
Deseo™
SIGUE A TU CORAZÓN
MAUREEN CHILD

Maureen Child

Sigue a tu corazón

Deseo 2078



SIGUE A TU CORAZÓN

MAUREEN CHILD



Tres hijos y una atractiva tutora legal.

Connor King era un exitoso hombre de negocios, un millonario taciturno y. ¿padre? Cuando descubrió que era padre de trillizos se sintió traicionado y decidió conseguir la custodia de sus hijos, aunque ello significara enfrentarse a su atractiva tutora legal, Dina Cortez.

Dina había jurado proteger a Sage, Sam y Sadie. Pero ¿quién la protegería a ella de los sentimientos que el perturbador y arrogante señor King le provocaba? Una vez se mudara a vivir con los niños a la mansión de Connor, ¿cómo podría ignorar que su cama estaba a apenas un latido de distancia?

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Sigue a tu corazón, n.º 2078 — diciembre 2015
Título original: Triple the Fun
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-7277-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once

Capítulo Uno

—¿Dónde dices que estás? —preguntó Connor con sorna al tiempo que apoyaba los pies en el escritorio de su despacho y contemplaba las vistas del océano Pacífico, esperando la respuesta de su hermano gemelo.

—Con los gemelos, en el parque.

—¡Cómo cambian las cosas! —bromeó Connor. Solo dos años antes, su gemelo, Colton, estaba soltero y participaba en todas las actividades de riesgo que su empresa ofrecía por todo el mundo.

Pero al descubrir que su esposa, Penny, había dado a luz un niño y una niña gemelos, había asumido su responsabilidad y su vida había cambiado radicalmente. En el presente, era un feliz hombre casado y con dos hijos.

—Ríete de mí todo lo que quieras —contestó Colton—, pero tenemos que hablar de los planes en Irlanda. ¿Sigues pensando en ir a ver cómo va todo?

—Sí —dijo Connor—. Voy a alojarme en el castillo de Ashford. Jefferson ha buscado un guía que me va a enseñar la zona.

Durante el año anterior, King Extreme Adventures se había convertido en King Family Adventures. Cuando Colton había cambiado las prioridades en su vida, los dos hermanos decidieron transformar el negocio. Mientras que las aventuras de riesgo tenían un mercado limitado, las familiares les habían dado acceso a una población mucho más numerosa, y sus ingresos habían aumentado exponencialmente.

—Es increíble —masculló Colton—. Hemos pasado de ofrecer esquí en nieve virgen en los Alpes a viajes en familia por Irlanda.

—Hay que adaptarse —le recordó Connor—. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—No me quejo —dijo Colton. Y alzando la voz, añadió—: Reid, no le tires arena a tu hermana.

Connor rio.

—Riley sabe cuidar de sí misma.

—Sí. Acaba de tirarle arena a su hermano —dijo Colton, riendo —. Penny está en casa, pintando la habitación de los niños. Pensaba que traerlos al parque sería una tarea más fácil, pero no lo tengo tan claro.

Mientras hablaban, Linda, la ayudante de Connor, entró en el despacho con el correo y lo dejó sobre el escritorio. Connor tomó un sobre marrón y lo abrió mientras sujetaba el teléfono con el hombro. En cuanto ojeó los papeles que contenía, exclamó:

—¡Qué demonios…!

—¿Qué pasa? —preguntó Colton.

—No te lo vas a creer —masculló Connor, irguiéndose y fijando la mirada en los papeles. A pesar del indescifrable lenguaje propio de los documentos legales, Connor era consciente de que su vida acababa de dar un giro de ciento ochenta grados.

—¿Qué pasa? —repitió Colton.

La voz le llegó a Connor como si procediera de una larga distancia, porque toda su atención se concentraba en la frase que lo había sacudido. Una opresión en el pecho le cortó la respiración. Tragó saliva y tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—Por lo visto, soy padre.

Una hora más tarde Connor estaba en el patio de la casa que Colton tenía sobre los acantilados, y miraba hacía el océano con expresión ausente, ajeno a los veleros, los surfistas y al rítmico embate de las olas contra las rocas. De haber girado la cabeza hacia la izquierda, habría visto su casa, apenas a un kilómetro de distancia por la carretera de la costa.

Las casas de los hermanos pendían sobre el acantilado, pero la de Colton era más moderna y sofisticada que la suya, que tenía un aire más tradicional y clásico.

Pero en ese momento Connor no pensaba ni en casas ni en el mar. Solo tenía una palabra en la mente: trillizos. Hasta aquel día no había sabido de su existencia porque una mujer en la que

confiaba, una amiga, le había mentido. Y eso le resultaba aún más difícil de asimilar que el hecho de ser padre.

Tenía que llegar al fondo de aquello, verlo desde todos los ángulos posibles antes de decidir cómo actuar. Por el momento no tenía ni idea de cuál iba a ser su plan.

Había dejado el caso en manos de sus abogados antes de acudir a casa de Colton y Penny. Debía ser racional y reflexionar. No podía dejarse llevar por su habitual instinto de actuar antes de pensar.

Por el momento, solo conocía el nombre de la mujer que le solicitaba una pensión alimenticia para sus hijos: Dina Cortez, hermana de Elena Cortez, la mujer de Jackie Francis.

Connor sacudió la cabeza y apretó los dientes para contener la ira. Jackie había sido su mejor amiga en el colegio y la universidad. Era la mujer en la que siempre había confiado, entre otras cosas porque era la única que nunca había querido nada de él. De hecho la única vez que habían discutido fue cuando los dos se enamoraron de la misma chica. Una sonrisa le curvó los labios al recordar cómo, en lugar de esperar a ver por quién se decidía, los dos habían optado por conservar su amistad y olvidarse de la pelirroja.

Tres años atrás, Connor había sido el padrino de la boda de Jackie con la que había sido su pareja de muchos años, Elena Cortez. Hasta la había llevado a Las Vegas para una fiesta de despedida de soltera antes de la boda. Connor jamás habría creído que Jackie pudiera mentirle y, sin embargo…

—¡Fui un idiota! —masculló, pasándose los dedos por el cabello.

—No podías saber lo que iba a pasar —dijo Penny, aproximándose a él y dándole una palmadita en el brazo.

Connor no podía asimilar la sensación de haber sido traicionado que lo dominaba y no encontró consuelo en las palabras de su cuñada.

—Cuando Jackie se mudó a California de Norte debí haberme mantenido en contacto con ella. De haberlo hecho…

—Tú no tienes la culpa de nada —dijo Colton, mirándolo de frente.

—Es mi esperma. Son mis hijos. Es mi culpa —dijo Connor, sacudiendo la cabeza.

—Es fácil ver los errores que hemos cometido en el pasado, pero no lo es tanto predecirlos.

—Lo mires como lo mires —dijo Connor con un suspiro de exasperación—, he sido un imbécil.

Y nada de lo que su familia pudiera decirle iba a cambiar las cosas. Miró hacia el océano y los recuerdos se hicieron tan vívidos que casi lo ahogaron.

«Connor, queremos tener un hijo».

Riendo, él le había pasado un brazo por los hombros a Jackie y había dicho:

—¡Enhorabuena! Así que tenéis que hacer un viaje al banco de esperma. ¿Ves cómo tenía razón cuando decía que algún día necesitarías a un hombre?

—Muy gracioso —había contestado Jackie, poniendo una mueca.

—¿Cuál de las dos va a quedarse embarazada?

—Elena.

—Vais a ser unas madres excelentes —había dicho él. Luego había sacado dos cervezas de la nevera, le había dado una a Jackie y habían brindado. Entonces, preguntó, bromeando—: ¿Cómo os llamará vuestro retoño: Mamá Uno y Mamá Dos?

—No lo sé. Ya lo veremos —Jackie bebió un trago y continuó—: Antes tenemos que resolver muchas cosas. Elena y yo queríamos pedirte algo importante.

Al ver que Jackie vacilaba, tuvo que insistir.

—¿Vas a decírmelo o no?

Jackie había tomado aire y había empezado a decir:

—Tal y como has dicho, vamos a tener que acudir a un banco de esperma porque necesitamos un donante y… —Jackie hizo otra pausa y bebió, como si necesitara humedecerse la garganta para poder continuar—. Vale, voy a decirlo: queremos que seas el padre de nuestro bebé.

La sorpresa lo había dejado mudo. Durante unos segundos, miró a su amiga fijamente sin saber qué decir.

—¿Elena está de acuerdo? —preguntó finalmente.

—Completamente —contestó Jackie, que parecía relajada tras haberse sincerado con él—. Pero no quiero que te sientas presionado, Connor. Nada va a cambiar entre nosotros si te niegas. Piénsatelo, ¿vale?

Él le había dado un fuerte abrazo y ella había dado un profundo

suspiro a la vez que se abrazaba a su cintura.

—Sé que es mucho pedir y que es una situación extraña, pero… —había añadido, alzando la cabeza hacia él—, a la dos nos gustaría que el bebé tuviera una conexión contigo. Significas mucho para nosotras.

—Yo también te quiero —dijo él, estrechando el abrazo.

—Dios mío, ¡qué cursis nos estamos poniendo!

—Es lo que pasa cuando uno habla de tener hijos.

Los ojos de Jackie se humedecieron.

—Me cuesta imaginarme como madre.

—A mí no —dijo él. Y ver la expresión anhelante de Jackie había acabado por decidirlo. Eran amigos desde hacía años, ¿cómo no iba a ayudarla cuando lo necesitaba?—. Pero tengo una condición, Jack…

Ella contuvo el aliento.

—¿Cuál?

—No podría ser padre y desentenderme de mi hijo. Quiero formar parte de su vida —dijo, imaginándose como un padre a tiempo parcial, disfrutando de lo bueno pero sin las preocupaciones de un verdadero padre.

—Perfecto, Connor.

—Entonces, adelante —dijo él, haciéndola girar en el aire y arrancándole una carcajada—. Hagamos un hijo.

Lo habían intentado, pero Jackie le dijo que la inseminación no había tenido éxito, y cuando Connor le ofreció volver a intentarlo, ella rechazó su oferta diciendo que se mudaban a Carolina del Norte. Desde entonces, habían perdido todo contacto.

—Debía haberme asegurado —dijo de nuevo.

—¿Cómo ibas a imaginar que Jackie te mentiría? —preguntó Colton.

Eso era lo peor. Connor siempre había confiado en Jackie. Y de pronto descubría que llevaba años ocultándole que era padre.

Pero ni siquiera tenía el consuelo de enfurecerse con ella, porque Elena y Jackie habían muerto. Aunque seguía sin descifrar el documento legal, eso lo había comprendido con nitidez. La persona que lo denunciaba, Dina Cortez, se había convertido en la tutora legal de los bebés tras la defunción de Jackie y Elena.

¿Cómo podía apenarse por la pérdida de su amiga cuando al

mismo tiempo estaba furioso con ella por lo que había hecho?

—¿Y quién es Dina Cortez? —preguntó Colton.

—La hermana de Elena. La conocí en la boda. Fue la dama de honor de Elena y el único miembro de la familia que acudió a la ceremonia —Connor frunció el ceño—. La verdad es que no la recuerdo bien.

—Me temo que ahora vas a conocerla mejor —dijo Colton, sarcástico.

—Así es —y Connor estaba seguro de que tendría mucho que decir cuando se encontrara con Dina Cortez.

—Claro que organizaremos la fiesta de su veinticuatro cumpleaños —dijo Dina al teléfono—. Si le va bien, podemos decidir el menú al final de esta semana —añadió, a la vez que ojeaba el calendario lleno de notas y citas que solo ella comprendía, mientras escuchaba a su cliente solo a medias.

¿Cómo podía concentrarse cuando estaba a punto de enfrentarse a Connor King, el padre de los trillizos que en aquel momento jugaban en el suelo, a su lado, además de uno de los hombres más poderosos de California?

Lo había conocido en la boda de su hermana con Jackie Francis, y desde el primer momento había captado su atención. Era extremadamente guapo y poseía un aura de extrema seguridad en sí mismo que para una mujer fuerte resultaba atractiva e irritante a partes iguales.

Pero lo que más le había impresionado de él durante la boda había sido su total dedicación a Jackie. En las bodas a las que ella había acudido con anterioridad, los hombres se dedicaban a intentar ligar, pero Connor solo había prestado atención a su amiga.

Sin embargo, no le costaba imaginar que sus sentimientos hubieran cambiado al recibir la notificación. Lo que Jackie y Elena le habían hecho era imperdonable.

Mientras su cliente seguía hablando, Dina miró a los tres preciosos niños de trece meses que reían y se comunicaban en un lenguaje ininteligible en el corral que les había instalado cuando fueron a vivir con ella.

En unos pocos meses, los niños se habían convertido en el centro

de su vida, y Dina estaba aterrorizada con lo que Connor pudiera hacer al conocer su existencia. ¿Querría quitarle la custodia? Si ese era el caso, ella no tendría ninguna posibilidad de ganar una batalla legal contra un King.

Aprovechando una pausa del cliente, Dina dijo precipitadamente:

—Muy bien, le llamaré en un par de días para concertar una cita. Estupendo. Gracias por llamar. Adiós.

En cuanto colgó, los trillizos, dos niños y una niña, dejaron de hacer ruido. Al mirarlos, sonriendo, sintió una punzada en el corazón. Los adoraba, pero no había planeado ser madre soltera.

Claro que tampoco Jackie y Elena habían planeado fallecer. Los ojos se le inundaron de lágrimas y tuvo que parpadear para contenerlas. Ver aquellos rostros luminosos y felices también le recordaba el dolor por la pérdida de su hermana. Elena y ella habían mantenido una relación muy estrecha frente al caos que había representado su madre. Junto con su abuela, las tres habían formado una sólida unidad que se había fracturado al morir Elena.

Dina suspiró. Su hermana había querido toda su vida formar una familia propia y lo había conseguido con su esposa, Jackie, cuando finalmente habían tenido a los trillizos. Pero ni siquiera habían llegado a verles cumplir el año.

Pero llorar no conducía a nada. Lo había comprobado después de haberlo hecho sin parar las dos primeras semanas tras la muerte de Elena. Pero aunque pudiera contener el llanto, no lograba dominar el pánico que la asaltaba cada día, cuando se preguntaba cómo iba a poder mantener a los niños.

Esa era la razón por la que había decidido contactar a Connor King. Tenía dinero, era el mejor amigo de Jackie y Elena y se había ofrecido a formar parte de la vida de sus hijos. Si la apoyaba económicamente, dejaría de estar permanentemente angustiada, podría contratar a una niñera a tiempo parcial y dedicarse a ellos plenamente.

Sadie, Sage y Sam la necesitaban y ella no les fallaría. No iba a ser sencillo, pero haría lo que fuera para protegerlos. Y con esa resolución, se puso en pie y dijo:

—¿Queréis un capricho?

Tres cabezas se volvieron hacia ella con idéntica expectación.

Dina rio al ver que Sadie se ponía en pie y, alzando los brazos, balbuceaba algo parecido a:

—*Apa.*

—Cuando comáis algo, ¿vale?

Si sacaba a Sadie, tendría que hacer lo mismo con Sage y Sam, y en lugar de comer, pasaría la siguiente hora persiguiéndolos por la casa. Y puesto que tenían que irse a la cama pronto, no quería que se excitaran.

Fue a la cocina, cortó unos plátanos en rodajas y sirvió tres vasos de leche.

Acababan de empezar a comer cuando llamaron a la puerta.

—Portaos bien —dijo Dina yendo hacia el vestíbulo. Miró por la mirilla y contuvo una exclamación. Era Connor King.

¿Cómo no había calculado que un King pasaría inmediatamente a la acción? Dominando el ataque de pánico que amenazó con paralizarla, se cuadró de hombros, alzó la barbilla y abrió.

—Connor King —dijo—. No te esperaba.

—Pues deberías haberlo hecho —dijo él en tensión, entrando sin esperar a ser invitado—. ¿Dónde están mis hijos?

Capítulo Dos

Connor había ido por sus hijos, pero no podía apartar la mirada de la mujer que había abierto la puerta. El deseo lo recorrió, agarrotándole la garganta e impidiéndole respirar.

La mujer que lo miraba tenía unos enormes ojos color chocolate, el cabello negro, lustroso, que le llegaba a los hombros y unas piernas espectaculares que podía apreciar en su plenitud porque llevaba pantalones cortos. Una camiseta roja se le pegaba al cuerpo, dejando intuir unos senos del tamaño ideal para las manos de un hombre.

Connor no comprendía cómo podía haberle pasado desapercibida en la boda de Elena y Jackie, hacía dos años. O cómo podía haberla olvidado, cuando era una mujer inolvidable.

—¿Dina Cortez? —preguntó, aunque sabía perfectamente quién era.

—Sí. Y tú eres Connor King.

Connor asintió y consiguió respirar y centrarse en lo que había ido a hacer.

—Ahora que nos hemos presentado, ¿dónde están los niños?

Dina se cruzó de brazos.

—No deberías estar aquí.

—Ya, mi abogado me ha dicho lo mismo —dijo Connor.

Pero ¿qué podía hacer un hombre al descubrir que era padre, y de trillizos? Había necesitado ir a verlos y averiguar lo más posible sin tener a los abogados de por medio. Colton lo había comprendido perfectamente, pero Penny había estado en contra, lo que era lógico, puesto que Colton había actuado de la misma manera al averiguar que ella había tenido gemelos y se lo había ocultado.

—Los abogados intervendrán cuando corresponda —continuó

diciendo—. Pero necesitaba venir lo antes posible.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Connor, sarcástico—. Porque acabo de descubrir que soy padre y que me han denunciado para que pase una pensión de manutención.

—Si te hubieras mantenido en contacto con Jackie y Elena te habrías enterado antes.

—Y si tu hermana y mi mejor amiga no me hubieran mentido, no estaríamos en esta situación.

Dina resopló apara liberar parte de la tensión que sentía.

—Vale. Tienes razón. A mí tampoco me dijeron que eras el padre de los trillizos.

Connor estaba furioso, pero no sabía en quién proyectar su rabia. Dina y él eran víctimas de lo que Jackie y Elena habían hecho.

—¿Cómo averiguaste que lo era? —preguntó.

—Encontré una carta dirigida a ti entre sus papeles, y la leí–dijo Dina, dando un suspiro. Al ver que Connor enarcaba las cejas, se encogió de hombros—: Si esperas que me disculpe, no lo vas a conseguir.

A su pesar, Connor sintió admiración por ella. Era evidente que era una mujer fuerte. Como lo era su belleza, que seguía distrayéndolo de su principal objetivo y le hacía tener pensamientos totalmente inapropiados. Aquel cuerpo compacto y sinuoso, su piel cetrina, el destello desconfiado en su mirada le hacían alegrarse de ser un hombre. Además, olía deliciosamente.

Pero nada de eso debía importarle en aquel momento.

—Muy bien —dijo finalmente—. ¿Qué te parece si por lo menos me das algunas respuestas?

Asintiendo con la cabeza, Dina lo precedió hacia el salón. Se trataba de una casa pequeña y vieja, como todas las de aquel barrio, en el que las casas estaban apiñadas, tenían jardines estrechos y donde apenas había espacio para aparcar.

Al llegar Connor había observado que el jardín delantero estaba descuidado, el camino de acceso estaba lleno de baches y el tejado requería ser renovado. El edificio necesitaba una capa de pintura, y Connor había sentido aprensión por lo que pudiera encontrar en el interior.

Pero se llevó una sorpresa. Aunque vieja, la casa estaba limpia y era evidente que Dina había invertido dinero en cuidar de ella. Los suelos de madera estaban barnizados, las paredes pintadas en un agradable tono dorado y de ellas colgaban fotografías de la familia y de paisajes. El mobiliario tenía aspecto cómodo y el conjunto era acogedor.

Desde el salón se veía un pasillo que debía acceder a los dormitorios. Al otro lado, había un espacio habilitado como comedor desde el que se pasaba a la cocina. Un gritito que llegó de esa dirección sobresaltó a Connor. Sus hijos.

Se pasó la mano por la cara para intentar aclararse la mente y dijo:

—Mi abogado ha hecho algunas averiguaciones después de que recibiera tu denuncia esta mañana. Me ha dicho que Jackie y Elena murieron hace tres meses, ¿es así?

Dina pareció quedarse sin aire y se dejó caer en la silla más próxima.

—Elena estaba tomando lecciones de vuelo —dijo, esbozando una melancólica sonrisa—. Quería poder venir a vernos a mí y a nuestra abuela siempre que quisiera.

Connor sintió un nudo en el estómago.

—Cuando se sacó la licencia —continuó Dina—, Jackie y ella fueron a celebrarlo a San Francisco.

—¿Sin los niños?

Dina asintió.

—Afortunadamente, una amiga se quedó con los trillizos en casa. A la vuelta, hubo un fallo del motor y Elena no pudo controlar la avioneta. Se estrellaron en un prado.

Connor odiaba pensar en sus amigas muertas, imaginar el pánico que debieron experimentar mientras caían… Y al mirar a Dina, vio un profundo dolor en su mirada, que le recordó que Elena, además, era su hermana.

—Lo siento —dijo.

—Gracias —replicó Dina. Y añadió—: Y yo siento haberte demandado antes de hablar contigo.

Connor rio con sorna.

—¡Qué amables nos hemos vuelto de repente!

—No creo que dure —masculló ella.

Connor pensó en todas las decisiones que tenían que tomar y todos los acuerdos que debían alcanzar y pensó que Dina tenía razón.

—Puede que no —contestó.

—¿Y dónde nos encontramos en este momento? —preguntó Dina.

—En campos opuestos —dijo Connor.

—Al menos eres sincero.

—Prefiero la sinceridad a las mentiras —contestó Connor. Estaba decidido a hacer lo que debía y no iba a dejar que nadie se interpusiera en su camino. Ni siquiera Dina Cortez.

En ese momento, se oyó una carcajada procedente de la cocina, y se le encogió el estómago. Todavía no había asimilado la noción de que era padre o hasta qué punto su vida había cambiado en cuanto abrió el sobre del abogado de Dina. Él solo había ayudado a Elena y a Jackie porque eran sus amigas y porque le había hecho gracia la idea de ser una especie de padre-tío para sus hijos. Pero las circunstancias habían cambiado radicalmente y tendría que adaptarse.

—Entonces, ¿esto es una tregua?

Las palabras de Dina lo sacaron de sus reflexiones. Aunque no sabía cómo iba a solucionar las cosas, era evidente que la necesitaba de su lado.

—Así es. Al menos, por el momento —contestó.

Un grito agudo y prolongado brotó de la habitación contigua y en cuestión de segundos otras dos voces se sumaron, provocando un ruido que le taladró la cabeza a Connor.

—¿Qué demonios…?

Dina, de camino a la cocina, le dijo, por encima del hombro:

—¿Quieres ser padre? Pues ya puedes empezar.

Connor tragó saliva y la siguió con cierto nerviosismo. Y eso que en los dos últimos años los King se habían multiplicado, y como en las fiestas familiares los primos se pasaban a niños llorosos de unos brazos a otros, había adquirido cierta práctica. Pero que aquellos niños fueran sus hijos cambiaba la situación considerablemente.

Sus niños, sus hijos. Algo visceral lo inundó y de pronto entendió todo aquello por lo que su gemelo había pasado en los últimos meses. Hasta entonces lo había escuchado y se había reído

de él. Así que quizá le debía una disculpa.

Aunque apenas había unos metros de distancia, Connor pensó que era el viaje más largo de su vida. De hombre a padre; de soltero a cabeza de familia. Y todavía no estaba seguro de qué sentía.

En cuanto entraron, fijó la mirada en el fondo de la gran cocina y en el intricado sistema de barandillas que contenía a los trillizos. Uno de ellos, una niña, estaba en pie asiéndose a los barrotes y gritaba a pleno pulmón. En cuanto vio a Dina, empezó a golpear el suelo con los pies como si marchara en el sitio. Dina la tomó en brazos y, girándose hacia Connor, dijo:

—Sadie, te presento a tu padre.

Las lágrimas le humedecían las mejillas y un cabello negro, encrespado, le enmarcaba la cara. Connor sintió al instante que el corazón se le expandía hasta causarle dolor en el pecho. Una súbita conexión con la vida lo atrapó en cuanto miró a aquel minúsculo ser humano. El tono de piel y cabello era de un King, pero la forma de los ojos era de Elena, de Dina. La niña dejó de llorar y estudió a Connor antes de dedicarle una sonrisa que le conquistó el corazón.

Sin mediar palabra, Dina le pasó a la niña para tomar a los niños. Cuando se incorporó con uno en cada cadera, dijo:

—Hay que cambiarles los pañales y, como ya han cenado, es hora del baño, seguido de un cuento antes de dormir; y de las numerosas veces que habrá que levantarse durante la noche —Dina miró a Connor con sorna—: ¿Estás a la altura del reto?

Sadie le palmeó las mejillas antes de apoyar la cabeza en su pecho con un suspiro.

—Claro que sí —dijo Connor, consciente de que ya no tenía escapatoria.

Dina tenía que reconocer que Connor le había sorprendido porque, al contrario que la mayoría de los hombres, y más aún si eran ricos, sabía ocuparse de un bebé.

Pero más aún la había sorprendido inicialmente, al aparecer en su casa sin previo aviso, malhumorado, y aun así totalmente irresistible. A pesar de la incomodidad del encuentro y del enfado latente, Dina había sentido el inconfundible crepitar del deseo.

Por supuesto que era un error, pero ¿cómo evitarlo? Alto, de

anchos hombros y caderas estrechas, Connor King era el tipo de hombre que captaba la atención sin pretenderlo. Llevaba el cabello negro un poco largo, de manera que le rozaba el cuello de la camisa y le caía por la frente. Sus ojos eran de un azul cristalino, y sus labios trazaban una línea que solo ocasionalmente se curvaba en sonrisa.

Dina comprendía que estuviera enfadado. Pero no le parecía justo que la incluyera a ella, que solo había sabido de él hacía dos semanas. Quizá debía haberlo contactado directamente y no a través de su abogado, pero lo cierto era que había asumido que no mostraría mayor interés. Después de todo, y por mucho que la situación fuera especial, no había sido más que un donante de esperma.

Aunque su hermana no le había dicho nunca quién era el padre de sus hijos, le había contado que se había limitado a donar su esperma y a desparecer de sus vidas. Pero no se había molestado en decirle que Connor no sabía que había sido padre. Así que Dina no había podido prever lo complicada que era la situación a la que se enfrentaba.

Hasta que leyó la carta que Jackie le había dejado a Connor, Dina había asumido que el padre no estaba interesado en mantener una relación con los niños. Por eso mismo le había enfurecido descubrir su identidad. Al haberlo mantenido en secreto, habían hecho que cuidar de los niños representara una gran complicación que podía haber evitado.

Connor King era tan rico que contribuir a la manutención de los niños no suponía nada comparado con lo que representaba para ella. La necesidad de conseguir más ingresos para poder mantenerlos le había llevado a aceptar cualquier contrato, desde una fiesta de cumpleaños para un niño de diez años a la inauguración de un banco.

Y aunque consiguiera el dinero suficiente para alimentarlos, no era bastante como para pagar a alguien para que cuidara de ellos mientras trabajaba. Su abuela siempre estaba disponible, pero era demasiado mayor para encargarse de los trillizos regularmente, y pagar a su vecina, Jamie, implicaba no poder ahorrar ni un céntimo.

Habían sido tres meses agotadores. ¿Quién podía culparla de

haber tomado acciones legales en cuanto averiguó quién era el padre?

Una salpicadura de agua y un grito de protesta le devolvieron a la escena que tenía ante sí. Los trillizos estaban en la bañera y Connor, arrodillado, intentaba lidiar con los tres húmedos y escurridizos niños. Se habían formado varios charcos en el suelo y tenía los pantalones mojados.

—No le quites el pato a tu hermana —dijo Connor, tomándolo de la mano de uno de los niños.

El aullido de protesta que siguió le hizo añadir precipitadamente:

—Toma… ¿quién eres, Sage o Sam? Aquí tienes un barco.

Dina rio quedamente, divertida con una batalla a la que normalmente se enfrentaba sola. A Sadie le encantaba el agua, Sage siempre intentaba escaparse, y Sam era capaz de quedarse dormido si uno se descuidaba. Sadie salpicó y rio a carcajadas al ver que le mojaba la cara a Connor.

—Eres una tramposa, pequeña, estaba intentando sujetar a tu hermano.

Sadie pareció decirle algo mientras Sage trepaba por su hombro. Connor lo envolvió en una toalla. Luego tomó a Sam mientras Sadie se deslizaba hacia el otro extremo.

Dina observó sin intervenir, esperando a ver hasta dónde era capaz de llegar.

Mientras Connor sacaba a Sadie, Sage se quitó la toalla y salió corriendo por el pasillo.

—¡Espera! ¡Vuelve aquí! —Connor tomó a Sadie en brazos, se volvió y, mirando a Dina, dijo—: Gracias por la ayuda. ¿Dónde ha ido? —preguntó.

Dina se encogió de hombros con una amplia sonrisa.

—Donde acostumbra: a la caja de juguetes del cuarto de juegos.

—Genial —dijo Connor, sujetando a Sadie, que intentaba escaparse, y alzando a Sam con el otro brazo. Estaba empapado de pies a cabeza, y Dina no pudo contener la risa—. ¿Has disfrutado del espectáculo?

—No sabes cuánto —dijo ella sin dejar de sonreír—. Pero todavía no ha acabado. Tienes que ponerles el pijama y meterlos en la cama.

—¿No me crees capaz?

—No. Al menos solo, no.

Sadie se revolvió y Sam le tiró del cabello.

—¿Qué te apuestas?

Desde el otro cuarto llegó un gritito de alegría seguido del ruido de un camión rodando. Dina se agachó, recogió la toalla del suelo y se la echó a Connor.

—Lo que quieras —dijo, disfrutando de la expresión de agobio que reflejaba su rostro.

Aquel hombre, acostumbrado a tener el poder, acostumbrado a que la gente lo obedeciera, tenía que enfrentarse a tres niños acostumbrados a que el mundo girara a su alrededor.

Una seductora sonrisa le curvó los labios a Connor haciendo que Dina se estremeciera. Quizá apostarse algo con Connor no era una buena idea.

Connor se acomodó a los niños en las caderas y dijo:

—Si gano, nos sentamos con una copa de vino y hablamos sobre el futuro.

—Y si gano yo, me firmas un cheque y desapareces.

La sonrisa se borró del rostro de Connor y Dina pensó que había ido demasiado lejos.

Connor dio un paso hacia ella y, mirándola fijamente, dijo:

—No te va a ser tan fácil librarte de mí. Dina, así que será mejor que te acostumbres a mi presencia.

—¿Y si no lo consigo?

—Me apuesto lo que quieras a que sí lo conseguirás.

Capítulo Tres

Muy a su pesar, Dina no pudo evitar que Connor la impresionara. En lugar de sentirse abrumado, tal y como le había pasado a ella cuando, sin la menor experiencia, habían llegado los trillizos a su casa, él había conseguido bañarlos, les había puesto el pijama y estaban ya en sus respectivas cunas, después de que les contara un cuento con efectos de sonido incluidos que los niños habían recibido con risas.

Y eso había conseguido irritarla. ¡Connor acababa de aparecer en sus vidas y ya les gustaba! Ella estaba allí día y noche y un desconocido guapo los conquistaba en su primera visita. ¿Acaso no se merecía su tía Dina un poco más de lealtad?

Lo observó desde la puerta del dormitorio mientras él pasaba de una cuna a la otra, acariciándoles la cabeza. Dina podía imaginar lo que sentía porque ella había experimentado algo parecido cuando habían ido a vivir con ella: una mezcla de un instintivo sentimiento de protección y de una abrumadora consciencia de que su vida se había transformado.

En aquel momento no se había planteado tener la custodia, pero en el presente, quería a aquellos bebés con toda su alma. Eran la única familia que le quedaba, aparte de su abuela y algunos primos distantes, y haría lo que fuera por protegerlos, incluso si tenía que enfrentarse al hombre que solo había querido ser padre a media jornada.

Para cuando terminó su tarea, Connor estaba mojado y exhausto, y lo único que quería era una cerveza fría, su cama y unas cuantas horas de completo silencio.

Y al menos había conseguido una de las tres cosas. Dio un largo trago a la cerveza que Dina le había servido y el fresco líquido le ayudó a relajar parte de la tensión que había acumulado en las dos horas previas.

—Has ganado la apuesta —dijo Dina.

—Yo siempre gano, cariño —dijo él.

—¿Cariño? —repitió Dina, enarcando una ceja.

Connor sonrió. El apelativo se le había escapado involuntariamente, pero al ver que irritaba a Dina, le divirtió provocarla.

—¿Prefieres «pequeña»?

Ella dejó escapar un suspiro de irritación y contestó:

—Prefiero Dina a secas.

—De acuerdo —dijo él poniéndose serio. Pero algo le impelía a provocar a aquella mujer y poner a prueba su paciencia—. No lo olvidaré, Dina. Igual que tú no debes olvidar que cuando digo que voy a hacer algo, lo hago.

—Queda apuntado.

—Me alegro. Estoy demasiado cansado como para repetirme —dijo Connor apoyando la cabeza en el respaldo del sofá—. Esos tres son agotadores. No sé cómo puedes hacer esto cada noche.

—Los baño de uno en uno.

Connor miró a Dina y vio que reprimía una sonrisa.

—¿Y no has pensado que valía la pena decírmelo?

—Parecías tan seguro de ti mismo —Dina bebió un sorbo de vino antes de continuar—, que no he querido entrometerme.

—Buena jugada —dijo Connor, sacudiendo la cabeza.

—Gracias. Pero te has defendido muy bien. Odio admitirlo, pero me has impresionado —dijo Dina, a la vez que recorría con el dedo el pie de su copa y Connor tenía que apartar la mirada para no encontrarse en una situación comprometida—. No me pegaba que supieras mucho de niños.

—Y así era hasta hace dos años —dijo Connor—. He aprendido observando a mi hermano Colton, que es padre de gemelos. Ahora lamento haberle tomado el pelo por cómo había cambiado su vida.

—¿Hace dos años?

Dina había notado la coincidencia. Connor la miró y suspiró.

—Sí. Justo cuando Colton había descubierto que era padre,

Jackie me pidió ayuda —dio un trago a la cerveza. En aquel momento, había pensado que tendría gracia tener una especie de familia, como Colton, pero sin que su estilo de vida se viera perjudicado—. Creo que haber conocido a mis sobrinos me animó a aceptar la petición de Jackie.

—Lo dudo.

Connor miró a Dina con sorpresa.

—Veo que me conoces bien después de… tres horas.

—Yo no. Pero Jackie, sí, y antes de la boda me contó un montón de cosas sobre vosotros dos.

Connor se sintió en desventaja. Él no sabía nada de Dina; ni siquiera recordaba haber hablado con ella durante la boda.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó con cautela.

Dina dejó escapar una risa que lo inquietó.

—Por ejemplo, me acuerdo de la historia de la pelirroja.

Connor rio a su vez.

—Tengo que reconocer que era guapísima, pero como nos gustaba a los dos, hicimos el pacto de no intentar ligárnosla.

—Os importaba más vuestra amistad.

Connor frunció el ceño.

—Al menos entonces. Luego, y sin yo saberlo, parece que las cosas cambiaron.

—Jackie te adoraba.

Connor la miró con severidad. Estaba demasiado enfadado como para hablar de Jackie.

—¡Sí, ya lo veo! —masculló.

—Quiero decir que si le ayudaste fue porque estabais muy unidos, no por tus sobrinos.

—Reid y Raley jugaron un papel importante, pero puede que tengas razón —dijo Connor con frialdad—. Jackie era mi mejor amiga. O eso creía.

En la vorágine de las últimas horas, apenas había tenido tiempo de pensar en la pérdida de su amiga, pero permanecía en alguna parte de su cerebro como una idea latente. No soportaba saber que no volvería a verla, y se recriminaba no haber permanecido en contacto con ella. Por más que fuera Jackie quien se había distanciado, lo cierto era que él no la había llamado ni se había ocupado de saber cómo estaba, o por qué no lo llamaba. Había

preferido creer que Jackie había elegido aquel distanciamiento. A lo largo de los años, si pasaba un tiempo sin que supieran el uno del otro, siempre había sido Jackie quien llamaba. En aquella última ocasión, en lugar de molestarse en intentarlo, había decidido que Jackie no quería saber nada de él. Y Connor lamentaba profundamente no tener ya la oportunidad de decirle cuánto sentía no haberla llamado para saber cómo estaba.

—A mí tampoco me parece bien lo que hicieron —dijo Dina como si intuyera lo que estaba pensando.

Connor la miró y dijo:

—Al menos a ti no te mintieron. No te excluyeron de sus vidas.

—No —dijo Dina—. Pero Elena nunca me dijo que tú fueras el padre.

Connor se incorporó, apoyó los codos en las rodillas y sujetó la cerveza entre las manos. A pesar de lo que Jackie le había dicho, en realidad habían actuado como si hubieran acudido a un banco de esperma. Lo habían tratado como a un donante anónimo. Y la rabia que esa noción le causaba le atenazaba la garganta.

Necesitaba pensar y poner en orden sus pensamientos. Estar con los niños y con aquella mujer que lo alteraba de una manera que no había previsto no le estaba ayudando a planear el futuro inmediato.

A Connor no le gustaban las sorpresas. En el negocio que compartía con Colton era el que siempre iba dos pasos por delante de los acontecimientos, quien planeaba las estrategias, quien siempre sabía lo que iba a pasar.

Hasta aquel momento, en el que solo era capaz de actuar por instinto.

—Voy a necesitar una prueba de paternidad.

—¿De verdad lo crees necesario? —preguntó Dina, asombrada.

—No —replicó Connor. Bastaba mirar a los trillizos para saber que eran suyos. Aunque no fueran idénticos, tenían los rasgos característicos de los King. Y aún más, no podía ignorar el inmediato vínculo que había sentido con ellos—. Me la pedirán mis abogados —añadió.

—Muy bien. ¿Y después?

—Después —Connor dejó la cerveza en la mesa y se puso en pie—, haremos lo que corresponda.

—¿El qué? —Dina se puso en pie a su vez.

—Ya te lo diré.

—Supongo que quieres decir que lo decidiremos juntos.

Connor rio brevemente.

—Quiero decir lo que he dicho. Esos niños son míos y seré yo quien decida.

Dina enrojeció de cólera.

—Yo soy su tutora legal —le recordó—. Mi hermana y su esposa quisieron que se quedaran a mi cuidado.

Connor no tenía ni tiempo ni paciencia para discutir.

—Y tu hermana y su esposa me ocultaron que los niños existieran. Incluso podría pensar que tú lo sabías.

—Te he dicho que no.

—¿Y tengo que creerte?

Dina resopló.

—¿Por qué iba a mentir?

—¿Por qué iba a mentir Jackie? —preguntó Connor a su vez. Cuando Dina no contestó, dijo con aspereza—. En cualquier caso, y hasta que las cosas se aclaren, quiero pasar tiempo con los niños.

—Lo suponía.

—Y quiero la carta que Jackie dejó para mí.

Sin mediar palabra, Dina fue hasta un cajón, sacó la carta y se la dio. Luego se cruzó de brazos una vez más, en un gesto que Connor interpretó como de autoprotección, pero con el que, desafortunadamente, conseguía llamar su atención hacía sus senos.

—Escucha —dijo ella—, sé que no hemos empezado demasiado bien, pero estoy segura de que los dos solo queremos lo mejor para los trillizos.

Connor guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. Quería leerla a solas.

—En eso estoy de acuerdo, pero puede que tengamos distintas ideas sobre lo que sea lo «mejor» —dijo.

—Tendremos que comprobarlo.

—Así es —dijo Connor, aunque no tenía la menor intención de tener en cuenta su opinión. Él tomaría las decisiones. A ella le quedaba aceptarlas o no. Pero por el momento, necesitaba mantener abierto un canal de comunicación entre ellos—. Me voy. Seguiremos en contacto.

—¿Qué significa eso?

La pregunta de Dina le hizo detenerse de camino hacia la puerta. Se volvió y dijo:

—Que todavía tenemos muchas cosas de las que hablar.

Durante los siguientes días, Dina intentó hacer su trabajo lo mejor que pudo, pero las continuas visitas de Connor no se lo pusieron fácil. Una mañana llegó durante el desayuno y los llevó a un laboratorio donde tomaron muestras de cada uno de los niños para comparar su ADN con el de él. Dina no podía comprenderlo, puesto que era evidente que eran sus hijos y Connor estaba convencido de ello. Al día siguiente se presentó a la hora el baño y se fue en cuanto estuvieron acostados.

Aquel mismo día había insistido en llevarlos al parque. Y, porque temía que se los llevara a su casa y se negara a devolverlos, en lugar de dejarlo ir solo Dina había decidido ir con él.

Verlo relacionarse con los niños fue enternecedor e irritante a un tiempo. Al contrario que ella, que había tenido que adaptarse a ellos, Connor parecía actuar con total naturalidad. Pero lo que realmente la molestó fue que la ignorara totalmente.

Y no porque quisiera que le prestara atención. Casi prefería que la tratara como si fuera una niñera de sesenta años. Ella siempre se había mantenido a distancia de hombres como Connor King. Sabía bien lo que un hombre fuerte podía hacerle a una mujer.

Su madre había desperdiciado su vida tratando de adaptarse a lo que el hombre de turno quisiera de ella. Helen Cortez se había ido difuminando, perdiéndose en su incesante anhelo por agradar a un hombre. Dina le había visto perder su identidad a medida que aumentaba su dependencia del afecto de los hombres, que nunca consiguió. Para cuando murió, hacía ochos años, era un sombra de sí misma.

Como reacción, Dina se había jurado ser independiente y no contar más que consigo misma. No tenía la menor intención de ser devorada por un hombre fuerte. Así que no se trataba de que Connor le interesara, sino de qué sentía su orgullo herido.

Frunciendo el ceño, desvió la mirada de Connor y los trillizos a su tableta. Repasó el calendario y tomó notas. Todavía tenía que hablar con los Johnson sobre el menú de su fiesta de aniversario y

presentar una oferta para la fiesta universitaria del Hyatt al final de mes. En dos semanas tenía el catering de una boda y tres días más tarde la fiesta de sesenta cumpleaños. Ninguno de ellos eran trabajos bien remunerados, pero no estaba en condiciones de rechazar nada. En lugar de poder dedicar tiempo a promover su negocio, tenía que aceptar casi todo lo que se le presentaba.

Había creído que tener un negocio propio le daría libertad, pero como tenía que ocuparse de las cuentas y de conseguir clientes, apenas tenía tiempo para cocinar. Y lo echaba de menos.

Un grito de dolor reclamó su atención. Alzó la mirada y vio que Connor tenía a Sage en brazos, que lloraba y gritaba a pleno pulmón. Corrió hacia ellos. En cuanto la vio, Sage se lanzó a sus brazos. Palmeándole la espalda y meciéndolo, Dina le preguntó a Connor:

—¿Qué ha pasado?

—Se ha caído del columpio —dijo este, dejando a Sadie en el suelo junto a Sam.

Sage había dejado de llorar y solo gimoteaba, quejoso, con el rostro oculto en el cuello de Dina.

—Te aseguro que no le ha pasado nada. Primero ha empezado a reírse y de pronto se ha puesto a llorar como si hubiera pisado cristales.

Dina sacudió la cabeza.

—No se ha hecho daño. Se ha asustado. No está acostumbrado a los columpios. Es demasiado pequeño.

—Debía haberlo sabido —masculló Connor. Inclinándose hacia Sage, añadió—: ¿Estás bien, peque?

Sage se acurrucó aún más en Dina y esta sintió una íntima satisfacción. Aunque los niños estuvieran fascinados con el nuevo hombre en sus vidas, acudían a ella cuando necesitaban consuelo.

—¿Está bien? —preguntó Connor, suspirando.

—Perfectamente. Pero es hora de la siesta. Deberíamos ir a casa.

—Vale —dijo Connor, pensativo—. A casa.

* * *

Connor todavía no había leído la carta de Jackie.

La primera noche había estado demasiado enfadado con ella como para querer saber qué le decía. Dudaba que pudiera encontrar en ella una explicación convincente al hecho de que le hubiera ocultado la existencia de los trillizos, ninguna excusa podía justificar aquella traición.

Recorrió la casa en penumbra. No quería encender las luces porque la oscuridad se correspondía mejor con su estado de ánimo. El silencio, después del alboroto en casa de Dina, le resultaba opresivo. Sonrió y trató de imaginar el mismo barullo en su espaciosa y vacía casa.

—Es curioso —masculló—, nunca había encontrado este sitio tan vacío.

Tenía una casa grande porque siempre había asumido que acabaría teniendo mujer e hijos, aunque nunca había sido más que una vaga idea en su mente. De pronto tenía los hijos, pero no la esposa, aunque sí dos mujeres en su cabeza. La una, un recuerdo que lo torturaba; la otra, una presencia constante en su pensamiento y en su vida.

Salió al patio trasero descalzo y sintió las baldosas frías en las plantas de los pies. La luna asomaba entre unas nubes y dejaba una estela luminosa en el mar. Las olas golpeaban el pie del acantilado rítmicamente, y corría un fresco viento.

Llevaba tres días actuando de padre a tiempo parcial, yendo y viniendo a su antojo. Y cuando dejaba a Dina y a los niños, volvía a la oficina a trabajar.

Pero no llegaba a apartar a los trillizos y a su tutora de su mente. Y cada vez le costaba más separarse de ellos. Sin saber cómo había sucedido, lo cierto era que se sentía más implicado en la situación de lo que había calculado. Echaba de menos a los niños cuando no estaba con ellos.

Bueno, y a Dina. Era una mujer fascinante. Estaba permanentemente en guardia, y los ojos se le iluminaban cuando se enfadaba con él, lo cual sucedía a menudo. Y todo ello solo la hacía más deseable.

Aquella tarde, en el parque, cuando Sage se había caído, había acudido a ella en busca de consuelo. Era evidente que los niños habían establecido con ella un vínculo profundo. Eso era algo a

tener en cuenta. ¿Debía quitarle a los niños o intentar llegar a un acuerdo con ella?

—Podríamos haber evitado este lio si Jackie hubiera dicho la verdad —alzó la cabeza hacia el cielo y añadió—: ¿Qué? ¿Te estás divirtiendo?

La noche no podía contestarle. Solo encontraría una respuesta en la carta. Había llegado el momento de leerla.

Fue al dormitorio, la sacó del cajón de la mesilla y encendió la luz. Luego se sentó al borde de la cama y la sacó del sobre. En cuanto empezó a leerla, pudo oír la voz de Jackie:

> *Connor, si estás leyendo esto es porque Elena y yo hemos fallecido. Y estoy segura de que estás enfadado. No te culpo. Te he mentido.*
>
> *No te hablé del embarazo ni de los niños porque Elena y yo los queríamos solo para nosotras. Sí, sé que estás pensando que somos unas egoístas, y tienes razón. Aunque tampoco estoy segura del todo. Cuando dijiste que querías formar parte de sus vidas, nos dimos cuenta de que solo les crearías confusión.*
>
> *¿No era ya bastante lío que tuvieran dos madres como para añadir un padre intermitente? Además, los dos sabemos que los niños no son lo tuyo. ¿Te acuerdas cómo reaccionaste ante los gemelos de Colton?*
>
> *Hemos nombrado a Dina tutora por las típicas razones sexistas.*

Connor no pudo contener la risa. Siguió leyendo:

> *Es una mujer y los niños necesitan una madre. Dale una oportunidad. Puede que te llegue a gustar.*
>
> *Connor, no quería que te sintieras en la obligación de mantenerlos o de asumir ninguna responsabilidad. Ya habías hecho bastante. Nos has dado una familia y te estamos muy agradecidas. Te hemos dejado ser libre porque pensábamos que era lo mejor.*
>
> *Pero ten por seguro que he pensado en ti a diario. Cada vez que miraba a uno de los niños te veía a ti. Espero que puedas perdonarme. Y si no puedes, lo comprenderé. Yo sigo queriéndote,*

Jackie

Por primera vez en días, el dolor superó al enfado y Connor se sintió en calma. Jackie se había equivocado, pero la comprendía.

Acariciando la carta, susurró:

—Yo también te quiero, Jacks.

Capítulo Cuatro

—Jackie deja claro que quería que Dina tuviera la custodia —le dijo Colton a Connor cuando terminó de leer la carta y se la devolvió.

—Son mis hijos, mi sangre —protestó Connor.

No dejaba de pensar en ello. Apenas había dormido y llevaba horas en la oficina perdiendo el tiempo. ¿Cómo iba a concentrarse en los detalles del siguiente contrato si su vida estaba en el aire?

No había perdonado a Jackie. Y aunque la parte lógica y racional de su cerebro la comprendía, estaba dominado por la emocional, y no soportaba la idea de haberse perdido más de un año de la vida de sus hijos; ni ser una mera visita en la casa de la playa, un desconocido.

A su espalda había un ventanal con vistas al océano, pero aquel día Connor no disfrutaba del paisaje. El sol inundaba la habitación a través del cristal tintado y teñía las paredes de un suave tono dorado que se reflejaba en los ojos de Colton, que esperaba a que Connor hablara.

—¿Sabes que Sage odia bañarse? —dijo este finalmente.

—¿Qué? —Colton frunció el ceño.

—Sage. Odia el agua. Debería saber por qué, pero no lo sé —Connor se puso en pie y recorrió la habitación—. A Sadie, en cambio, le encanta. Le entusiasma salpicar —Connor sonrió para sí—. A Sam le es indiferente, pero Sage… —sacudió la cabeza y miró a Colton—. ¿Habrá tenido una experiencia traumática?

—No te agobies, Connor —dijo su gemelo—. Los niños son impredecibles, te lo aseguro. Por ejemplo, Reid ha decidido que no quiere usar zapatos —rio quedamente—. Penny se está volviendo loca. Puede que la semana pasada se metiera en un charco y le diera

asco quedarse con los pies mojados.

—¿Lo ves? —dijo Connor airado—. A eso me refiero. Tú sabes por qué Reid tiene problemas con los zapatos, pero yo no sé por qué Sage odia el agua —alzó las manos en un gesto de frustración—. Solo conozco a mis hijos desde hace tres días. Adoran a Dina, mientras que yo soy un desconocido para ellos.

—Eso va a cambiar —dijo Colton.

—¡No lo dudes! —Connor se metió las manos en los bolsillos. Tenía un plan.

Aquella mañana había llamado a sus abogados para que iniciaran los procedimientos para conseguir la custodia de los trillizos, pero le habían dicho que Dina tenía una posición fuerte. Era la tutora legal y la tía de los niños, y estos ya se habían acostumbrado a su nueva casa. Pero Connor estaba seguro de que eso podía cambiar.

—Ya te has puesto en contacto con el bufete de Murdoch, ¿verdad?

—Sí —dijo Connor. Su hermano siempre adivinaba sus movimientos—. Son los mejores.

—Ya, pero deberías pensártelo bien —dijo Colton, poniéndose delante de él—. Recuerda cómo te molestó que Dina acudiera a unos abogados en lugar de contactarte directamente.

—Ya —Connor frunció el ceño—. Pero esto es distinto.

—No puedes borrar a Dina Cortez del mapa —reflexionó Colton.

—¿Qué te hace pensar que eso es lo que pretendo? —preguntó Connor, indignado.

—Que te conozco —dijo Colton, riendo—. Y porque es lo primero que pensé cuando supe que Penny había tenido gemelos.

—Vale —Connor se frotó la nuca. Quizá se le había pasado por la cabeza, pero pensaba actuar razonablemente. A no ser que Dina se negara a darle la custodia.

Todo sería mucho más sencillo si no le resultara tan atractiva, si no tuviera que hacer un esfuerzo cada vez que la veía para mantener las manos alejadas de ella.

—En serio, Connor —insistió Colton—. Dina no es solo su tutora, sino su tía. ¿De verdad crees que va a desaparecer sin presentar batalla?

—No —contestó Connor, sacudiendo la cabeza—. Dudo que

vaya a ponérmelo tan fácil.

—Eso significa que tienes que encontrar otra manera de conseguir lo que quieres.

Connor miró a su hermano de soslayo y preguntó:

—¿Por ejemplo?

Colton se encogió de hombros.

—Por ejemplo, podrías intentar comprarla.

Connor se planteó esa posibilidad un par de minutos.

La casa de Dina indicaba que no andaba sobrada de dinero, y su abogado le había dicho que el negocio de catering apenas sobrevivía. Era consciente de que Dina no podía cuidar de los niños sola, pero él se negaba a no ser más que un cheque mensual en la vida de los niños.

Según su abogado, la única manera de poder asegurarse la custodia, era convertirse en una figura permanente en sus vidas, y Connor estaba decidido a encontrar la manera de conseguirlo.

La más sencilla, obviamente, era llevarse a los trillizos a su casa. Ya le había encargado a su ama de llaves que preparara una habitación para ellos, y pronto buscaría una solución permanente. Sus primos, Rafe, Rick y Gavin tenía una empresa de construcción y pensaba hacerles el encargo. Entre tanto, estaba adaptando su casa para minimizar el peligro de cualquier accidente doméstico, tal y como había visto hacer a Colton y a Penny cuando nacieron los gemelos.

El principal escollo en su camino era Dina. Pero también respecto a ella tenía una idea.

—¿De parte de quién estás tú? —le preguntó a su hermano.

—De la tuya, por supuesto —dijo Colton, sonriendo—. Solo me limitó a avisarte de que si te enfrentas a Dina, puede que los dos salgáis perdiendo.

—Ganaré yo.

—No estés tan seguro. Si os enzarzáis en una batalla legal las cosas pueden ponerse muy feas.

—La batalla va a ser inevitable en cuanto Dina se dé cuenta de que voy a luchar por los niños. ¡Si Jackie no…!

—Déjalo estar —masculló Colton—. Jackie hizo lo que tenía que hacer, y tú vas a hacer lo mismo.

—Eso no lo dudes.

—¡Ojalá escucharas a tu hermano mayor y más listo!

Connor sonrió con sorna.

—¿Cinco minutos te convierten en un experto?

—No —le corrigió Colton—. Pero sí haber pasado por una experiencia parecida y haberla sobrevivido. Penny yo conseguimos arreglar las cosas juntos y…

—Pero tú estabas enamorado de Penny, aunque no quisieras admitirlo.

—Vale, y tú no amas a Dina —Colton sonrió pícaramente—, pero te gusta.

Eso era innegable. El deseo que había sentido desde el primer instante se había convertido en una necesidad. Solo pensar en ella le despertaba la libido.

—Está bien, está bien —dijo Connor pasándose la mano por el cabello—. Te entiendo: no debo hacerme un enemigo; debo actuar con calma. Pero sabes que no tengo paciencia.

—La practicas poco.

—Tienes razón. Debo actuar, pero dando los pasos correctos.

—Por fin entras en razón —dio Colton, escéptico.

—Tengo los resultados de ADN.

—¿Tenías dudas?

—No, pero necesitaba la prueba legal para pelear por la custodia.

—Connor…

—Lo sé —Connor alzó la mano para callar a su hermano—, debo evitar la confrontación, pero me gusta saber que tengo munición.

—Ya que nada de lo que te diga va a hacerte cambiar de actitud —dijo Colton—, solo voy a añadir una cosa: ten cuidado, o puede que termines perdiendo.

—Te equivocas. Yo nunca pierdo.

—Lo siento, abuela —dijo Dina—, pero la canguro ha cancelado a última hora y tengo que trabajar —añadió, descargando las cosas de los trillizos mientras su abuela se sentaba en el suelo para jugar con ellos.

—Dina, no tienes que disculparte, sabes que me encanta tenerlos.

—Sí, pero ibas a cenar con tus amigos.

—Eso puedo hacerlo cualquier día.

Dina sonrió al ver a los niños trepar por su abuela. A sus setenta y cinco años, Angelica Cortez era esbelta, tenía una mirada vivaracha y apenas tenía arrugas en su hermoso rostro. Hablaba inglés salpicado de expresiones en castellano. Le encantaba ver a los niños, pero a Dina no le gustaba cargarla con la responsabilidad de cuidar de ellos. Sin embargo, no tenía otra opción. Debía atender una fiesta de aniversario y, si todo iba bien, confiaba en que diera lugar a futuros trabajos.

Tenía un leve dolor de cabeza y se sentía culpable por dejar a los niños, por haber hecho cambiar de planes a su abuela, por poner el trabajo por delante de los trillizos. Por otro lado, si quería alimentarlos, no tenía otra opción.

El dúplex de su abuela estaba decorado con una mezcla de estilos americano y mexicano; era cálido y acogedor. Las paredes estaban pintadas de colores intensos, con los techos blancos. Pero en lugar de resultar oscura, al entrar en ella uno se sentía recibido con un abrazo. Angelica vivía en la parte delantera, mientras que alquilaba el segundo apartamento a una de sus mejores amigas. Entre las dos mujeres habían creado un jardín tan espectacular que a menudo los turistas se detenían a fotografiarlo.

Estaba situada en el elegante barrio de Nápoles, con canales que hacían recordar a la ciudad homónima italiana.

—¿Qué trabajo tienes hoy?

—Una fiesta de aniversario en Newport Beach.

Estaba a media hora de distancia, lo que significaba que Dina tendría que marcharse enseguida.

Hasta hacía poco Dina era la dueña de una fantástica furgoneta de comida. Le había ido tan bien que se había animado a abrir un negocio de catering. Pronto su reputación fue creciendo y le salían más trabajos de los que podía aceptar, hasta que…

Dina miró hacia los niños y su abuela. Su mundo había colapsado hacía tres meses, a la vez que la avioneta de su hermana se estrellaba y ella tenía que asumir la custodia de los trillizos. Le había sido imposible mantener el mismo ritmo de trabajo y cuidar de ellos, había tenido que cancelar numerosos trabajos. Sus ingresos habían caído en picado, pero las facturas seguían llegando. Le

habían subido el alquiler, se le había estropeado el coche y los trillizos representaban gastos añadidos: médicos, ropa, pañales… La lista era interminable.

—No te preocupes, cariño —dijo su abuela. Y Dina sonrió a pesar de la ansiedad que la dominaba—. Las cosas pasan sin previo aviso. Limítate a hacer lo que puedas.

—Ya —dijo Dina, poniéndose de rodillas y abrazando a Sam. El niño se abrazó a su cuello y le plantó un húmedo beso que le mojó la mejilla y le llegó al corazón. Ella le devolvió el beso antes de dejarlo junto a sus hermanos.

La inquietud que Dina llevaba días sintiendo se intensificó. Le había contado a su abuela que había encontrado la carta de Jackie y que había acudido a los abogados para conseguir una pensión alimenticia, pero desde entonces no habían tenido la oportunidad de hablar.

Y no sabía qué decir. ¿Que Connor estaba implicándose más de lo que ella hubiera querido? ¿Que no era capaz de pensar sensatamente cuando lo tenía cerca? ¿Que le preocupaba más el efecto que su presencia tenía en ella que en los trillizos?

No había contado con que Connor la perturbara como lo hacía. Hacía mucho tiempo que no se sentía atraída por ningún hombre. Y ninguno la había alterado como Connor King. Sabía que era absurdo fantasear con un hombre que tenía el poder de quitarle a los trillizos, pero Connor le hacía desear todo tipo de cosas, y por eso mismo, sabía que debía mantenerlo a distancia. Estaba en continua tensión preguntándose qué planes tenía para los niños… y para ella.

—No sé, abuela —contestó finalmente—. Está claro que le gusta estar con los niños. Como es lógico, está enfadado con Jackie y con Elena. También conmigo.

Asintiendo con la cabeza, su abuela dijo:

—Le advertí a Elena de que estaba cometiendo un error, pero tenía la cabeza tan dura como la tuya —se santiguó y susurró un rápido rezo por Elena. Luego dio una palmadita en la mano a Dina —. El enfado se le pasará.

—Lo sé —Dina suspiró. La ira se terminaba pasando. Bien porque se consumía o porque se transformaba en amargura. Por el momento las dos opciones estaban abiertas en el caso de Connor—. Pero luego ¿qué?

—Luego él tendrá que decidir si quiere estar con sus hijos o no —dijo su abuela—. Por lo que sé de los King, dudo que abandone a su familia.

Dina lo sabía también. Por uno u otro motivo los King aparecían a menudo en la prensa y siempre hablaban de la estrecha familia que formaban.

—Ya —dijo, abatida.

Su abuela rio.

—Eso no es nada malo, querida. Él es su padre. Y los niños lo necesitan.

—¿Y yo qué? —preguntó Dina, mirando a los niños con el corazón en un puño. Aunque le hubieran complicado la vida, ya no concebía vivir si ellos—. Los King son muy ricos —añadió más como si hablará en voz alta que con su abuela—, si quiere quitarme a los niños no tendré la oportunidad de luchar por ellos. Contratará a los mejores abogados.

Su abuela rio al tiempo que le pasaba un peluche a Sadie.

—Que sea rico no significa que sea el demonio, Dina.

—No, pero sí que es poderoso —replicó Dina, angustiada—. Ningún juez va a sentenciar a favor de una pequeña empresaria en apuros frente a un miembro de la familia King.

—Preocuparte no sirve de nada —le recordó su abuela.

—No, pero se me da bien.

Su abuela rio.

—Pues esta vez vas a tener que intentar no hacerlo.

Dina le pasó el brazo por los hombros y suspiró.

—Prometo esforzarme.

—Todo va a salir bien, querida. Sabes que no puedes cuidar de los niños sola.

—Claro que puedo —dijo Dina con firmeza—. Solo tengo que organizarme y…

—Y acabar muerta de agotamiento —concluyó su abuela por ella—. Ahora que su padre ha aparecido, puedes compartir con él el esfuerzo y la alegría.

—No es tan sencillo, abuela —Dina suspiró—. Es uno de los hombres más ricos del país y ahora mismo está furioso.

—Tú no le mentiste.

—Le da lo mismo —dijo Dina, pensativa—. Si se empeña, puede

quitármelos.
—Pero no tiene por qué ser así.
—No, pero temo que lleguemos a eso —dijo Dina, pensando en la cara de Connor la noche anterior. Estaba estableciendo vínculos cada vez más estrechos con los niños y estaba claro que no pensaba desaparecer de sus vidas.
Por su parte, ella había hecho una mínima investigación sobre él en Internet.
Connor y su gemelo, Colton, habían creado un negocio al margen de la fortuna familiar. Eran ricos por sí mismos. Hasta hacía dos años habían dirigido una empresa de vacaciones de riesgo, que habían transformado en una de vacaciones familiares que había tenido aún más éxito que la anterior.
Todo indicaba que Connor era un negociador implacable, el tipo de persona acostumbrada a dictar órdenes. Y puesto que ella no acostumbraba a obedecer, le costaba imaginar que las cosas pudieran acabar bien.
—Aunque veo otro problema —dijo Angelica con dulzura.
—¿Cuál? —preguntó Dina, alarmada.
—Que te gusta —dijo su abuela, sonriendo.
—¡Qué va, abuela! —dijo Dina, pero desvió la mirada para que su abuela no le viera los ojos.
—Veo que a él no le mentiste, pero a mí y a ti misma, sí.
Dina miró a su abuela. No tenía sentido negar lo obvio.
—Vale, admito que… me intriga. Es muy diferente a todos los hombres que conozco. Pero…
—«Diferente» puede ser bueno —dijo su abuela, tomando a Sadie en su regazo—. Puede que la llegada de este hombre a tu vida sea para bien.
A Dina le costaba creerlo.
Pasada la medianoche, Dina llegaba a casa con tres niños dormidos en el asiento trasero y masculló algo al darse cuenta de que se había dejado la luz del porche apagada.
Dando un suspiro, bajó del coche y cerró la puerta tan sigilosamente como pudo. La calle estaba vacía, las casas vecinas a oscuras. Reinaba un silencio profundo, como si el mundo estuviera conteniendo la respiración.
Y de pronto, la sobresaltó una voz:

—¿Dónde demonios has estado?

Capítulo Cinco

Dina se dio media vuelta, llevándose la mano al pecho.

—¡Casi me matas del susto! —susurró, exaltada.

—Llevo tres horas esperando, preguntándome dónde estabas —dijo Connor, pasándose las manos por el rostro—. Te he llamado al móvil pero no contestabas.

Dina sintió una punzada de culpabilidad, pero la ahogó. ¿Cómo iba a saber que Connor iba a ir a verlos si nunca avisaba previamente? ¿Por qué sonaba como un marido angustiado?

—Siempre apago el teléfono mientras trabajo —contestó, aunque no era verdad. Lo tenía consigo por si su abuela la necesitaba, pero no había querido contestar las llamadas de Connor —. Y ahora, si no los despiertas, voy a llevar a los niños a la cama aprovechando que están dormidos.

Connor hizo ademán de protestar, pero acabo suspirando y diciendo:

—Te ayudo. Vete abriendo la puerta.

Mascullando entre dientes, Dina abrió la puerta y volvió hacia el coche, donde Connor ya había soltado el cinturón de Sam, y no pudo evitar sentir una vaga emoción al ver cómo el niño se colgaba de su cuello. Connor lo sujetó por la espalda y fue hacia la puerta sin cruzar palabra con ella.

Ella se dijo que se alegraba. Estaba cansada, y lo único que quería era sentarse con una copa de vino y luego irse a la cama.

Soltó a Sadie. Al ver que se revolvía y protestaba, esperó hasta que volvió a apaciguarse.

—Yo la llevo —susurró Connor a su espalda.

—No, toma a Sage —dijo Dina, caminando hacia la puerta.

Mientras los acomodaban, Connor susurró agitadamente.

—¿Por qué demonios no has contestado a mis llamadas?
—Estaba trabajando —repitió Dina.
—¿Qué tipo de trabajo te tiene ocupada hasta más allá de la medianoche con tres niños a tu cargo?
Dina frunció el ceño a la vez que se inclinaba para posarle una mano en la espalda a Sam.
—Una fiesta de aniversario. Y los niños están perfectamente —dijo, finalmente.
—Deberían haber estado en casa —añadió Connor en el mismo tono de desaprobación.
Dina dominó su impaciencia.
—La canguro ha fallado en el último momento y los he dejado con mi abuela.
Mientras Connor apaciguaba a Sadie, que parecía agitada, clavó una mirada airada en Dina.
—¿Por qué no me has llamado? Podría haberlos cuidado yo. De hecho, he pasado aquí todo el tiempo, imaginándome lo peor.
Dina vio que Connor hablaba en serio y no supo si sentirse conmovida, divertida o enfadada. Acabó riendo.
—¿Quién te crees que eres, mi madre?
—No —dijo él aún más enfadado, para regocijo de Dina—. Pero sí su padre, y deberías contestar mis llamadas.
Mirándolo a los ojos, Dina pudo apreciar las señales de la angustia que había sentido, y al imaginarse cómo se sentiría ella de haber sido la situación inversa, supo que estaría furiosa y aterrorizada.
—Está bien. Lo siento —dijo a regañadientes—. Debía haberte dicho dónde estaban los niños.
—No estaba preocupado solo por ellos.
Dina miró a Connor bajo la tenue luz del dormitorio y se sintió atraída por sus ojos azules como si fueran el mar al fondo de un acantilado. Y por eso mismo, apartó la mirada y retrocedió.
Los tres niños estaban de nuevo profundamente dormidos, así que Dina le indicó a Connor que salieran. Necesitaba espacio y encender las luces para despejar el ambiente de intimidad que se había creado entre en ellos.
Al volverse y verlo apoyado en el marco de la puerta, dijo:
—Estoy cansada, Connor, ¿podemos tener esta conversación en

otro momento?

—¿Por qué no me has pedido que cuidara de ellos? —preguntó él a su vez en lugar de contestar.

—Sinceramente, porque no se me ha pasado por la cabeza.

Connor se sintió frustrado al ver en sus ojos que era sincera. También observó en ellos un cansancio que lo desarmó. Estaba acostumbrado a controlar las situaciones, y no saber qué estaba pasando había supuesto una tortura. Para cuando la había visto llegar, estaba en tal estado de tensión que había estado a punto de estallar. Si no lo había hecho, era por los niños.

Pero Dina no lo había llamado porque no se le había pasado por la cabeza. Al necesitar ayuda había acudido a su abuela porque él seguía sin formar parte de la vida de los niños, no era más que una figura periférica. Y solo él podía conseguir que eso cambiara.

—Esto tiene que acabar —dijo en tono neutro.

—Escucha, siento haberte preocupado —dijo Dina—, pero estoy demasiado cansada como para discutirlo ahora.

Connor asintió con gesto serio.

—Muy bien. Lo hablaremos mañana por la mañana.

—De acuerdo —Dina señaló la puerta principal—. Me voy a la cama, y tú deberías irte a casa.

—No voy a ninguna parte —dijo Connor con decisión.

Dina lo miró desconcertada y él sonrió. Le hacía gracia cómo podía pasar de la frialdad a la agitación, y estaba deseando comprobar si reaccionaba igual en la cama. Durante un segundo ese pensamiento se grabó en su mente impidiéndole hablar. Para cuando reaccionó, Dina estaba mascullando algo malhumorada.

—¿Crees que te puedes quedar sin que te invite? No tienes ningún derecho a imponerme tu presencia.

Sin pensárselo, dejándose llevar por un impulso instintivo que lo dominaba desde el primer día, Connor fue hasta ella y la besó.

El contacto de sus labios provocó un fuego instantáneo. Connor nunca había sentido nada igual y solo fue capaz de abrazarla con fuerza y apretarla contra sí. Dina pasó de la sorpresa a la entrega inmediata y se asió a su cuello como si también ella se sintiera consumida por las mismas llamas. Sus respiraciones se alteraron. La luz de la habitación no fue capaz de disipar la penumbra de intimidad que los envolvía.

A Connor el corazón le latía desbocado, y tenía una erección casi dolorosa. Saboreó la boca de Dina. Cuanto más se prolongaba el beso, más se sentía consumir por un fuego cuyas llamas amenazaban con quemarle el alma. Dina suspiró y reposó su peso en él. Ese leve sonido atravesó el cerebro de Connor y lo devolvió al presente, haciéndolo consciente de que estaba a un paso de arrastrar a Dina al suelo.

«No», se dijo, «cuando pase, será en una cama». Tenían todo el tiempo del mundo por delante. Entonces, rompió el beso, dio un paso atrás y vio, con satisfacción, que Dina casi perdía el equilibrio y tenía que esforzarse por salir de su estado de aturdimiento.

—Esta noche me quedo aquí —dijo Connor, jadeante.

Ella sacudió la cabeza.

—No vamos a…

—Dormiré en el sofá.

Dina lo miró y supo que no iba a hacerle cambiar de idea, así que se resignó a lo inevitable.

—Esto no acaba aquí —dijo Connor.

—Por esta noche, sí —dijo ella, y pasando de largo a su lado, fue a su dormitorio y cerró la puerta.

A solas, Connor se pasó las manos por el cabello para liberar parte de la frustración que sentía. Luego se acercó al corto sofá e hizo una mueca. Iba a ser una noche espantosa.

Durante las horas de insomnio, Connor tuvo tiempo para pensar. Y para curiosear. Sabía que estaba pasándose de la raya cuando husmeó en el ordenador de Dina, pero se dijo que los trillizos justificaban que invadiera su vida privada.

Tal y como le habían informado sus abogados, su negocio estaba en crisis y había entrado en una espiral de deuda. Connor miró suficientes ficheros como para averiguar que estaba usando sus ahorros para cubrir gastos, y que estaba a punto de agotar su crédito. En resumen: Dina no estaba en condiciones de ocuparse de tres niños. Y esa era una información muy valiosa para él.

Ya había cambiado y vestido a los trillizos para cuando Dina apareció en su dormitorio a la mañana siguiente. Una mirada le bastó a Connor para saber que había dormido tan poco como él.

—¿Estás despierto?

Connor se encogió de hombros al tiempo que le estiraba la camiseta a Sam.

—Apenas he dormido —la miró de soslayo—. Tenía demasiado que pensar.

Dina suspiró profundamente y Connor adivinó que, igual que él, había estado pensando en el beso y en lo que podía haber pasado a continuación. Y más sabiendo que ella estaba al otro lado del pasillo y que lo deseaba tanto como él.

Pero lo cierto era que no estaba allí por la atracción que sentía hacia ella, sino por sus hijos. Y ellos eran su prioridad. Si seducía a Dina, solo complicaría la situación.

Suspirando profundamente, dijo:

—Además, ese sofá es un potro de tortura.

—No está pensado para dormir —dijo Dina—. Y menos para alguien de tu altura.

—Eso está claro —Connor dio un beso a Sam y lo bajó al suelo, junto a su hermano y su hermana—. Listos. ¿Qué te parece si les damos el desayuno y tenemos la conversación que dejamos pendiente?

—Necesito un café.

—Supongo que es tu manera de decir que estás de acuerdo —dijo Connor. Tomó a Sage y a Sadie en brazos y, dejando a Sam en brazos de Dina, fue hacia la cocina.

La habitación era luminosa, y al instante se llenó del animado parloteo de los niños. A pesar del cansancio, Connor y Dina prepararon el desayuno. Mientras se lo daban a los trillizos, Connor miró a Dina y dijo:

—Lo que pasó anoche me ha hecho darme cuenta de que las cosas tienen que cambiar.

—¿Qué cosas?

—Todo. Tú, yo, los trillizos. No podemos seguir así.

Dina suspiró y sacudió la cabeza.

—Solo han pasado cuatro días. Ten un poco más de paciencia.

—No es mi estilo.

—Ya lo he notado —masculló Dina.

—En cualquier caso, ya podemos tomar algunas decisiones —Connor le dio una cucharada a Sadie, que la recibió como un

pajarillo hambriento—. Por ejemplo, ¿por qué tienes un negocio de catering?

—¿Qué…? —Dina fue a protestar por aquella intromisión en sus asuntos, pero decidió mostrarse conciliadora—. Antes tenía un bar furgoneta y funcionaba muy bien —Dina sonrió, recordándolo—. Tan bien que se la vendí a mi primo Raúl. El catering me lo planteé como un primer paso hacia lo que siempre he querido, que es abrir mi propio restaurante.

—Es un buen objetivo, pero inalcanzable si tienes un negocio en quiebra.

—¿Perdona? —Dina se quedó con la cuchara en el aire y Sage protestó, dando palmadas sobre la mesa—. ¿Qué sabes tú de mi negocio?

Connor comprendía que se enfadara, pero no se arrepentía de lo que había hecho, porque su deber era velar por los niños. Si eso complicaba su relación con Dina, asumiría las consecuencias. Estaba convencido de que, a la larga, tendría a los niños y a Dina. Pero por el momento, se limitó a decir:

—Por un lado, mis abogados han hecho averiguaciones y…

—¿Has hecho que me investiguen?

Connor asintió, pasando por alto la expresión indignada de Dina porque sabía que iba a empeorar.

—Y anoche eché un vistazo a tus cuentas.

—¿Quieres decir que has fisgoneado en mi ordenador? —preguntó Dina, taladrándolo con la mirada.

—Sí. Y no pienso disculparme —dijo él sin apartar la vista—. Estás cuidando de mis hijos y tengo que saber si puedes hacerlo. Ahora sé que no.

—Los niños están perfectamente. Están bien alimentados, son felices y tienen amor —Dina se cuadró de hombros, airada—. Si quieres pasarnos una pensión, fenomenal. Pero no pretendas dirigir ni mi negocio ni mi vida.

Connor admiraba su orgullo, pero en parte no le parecía más que su incapacidad para admitir la verdad.

—Claro que sí. Por eso te pusiste en contacto conmigo. No es solo el dinero, Dina, y lo sabes. Te estás agotando porque no llegas a todo; tienes pagos pendientes y no tienes un encargo decente desde que llegaron los trillizos.

La ira le coloreó las mejillas a Dina.

—Admito que al principio tuve que cancelar algunos trabajos. Los niños estaban traumatizados y necesitaron un par de semanas para acomodarse y sentirse seguros.

Connor encontraba irresistibles sus centelleantes ojos.

—Aunque te parezca mal, los puse a ellos en primer lugar —Dina tomó aire—. Ahora que están bien, puedo conseguir más trabajo.

—Cumpleaños y fiestas de aniversario —dijo Connor—. No creo que se paguen especialmente bien.

Dina bajó la mirada y le dio una cucharada a Sage.

—Todo trabajo es bienvenido —dijo con los labios apretados.

—Admítelo, Dina, estás aferrada a una tabla de salvación y pataleando para no hundirte. A este paso no vas a conseguir nunca abrir un restaurante. Con suerte, el negocio de catering sobrevivirá un año. ¿Qué vas a hacer si falla? ¿Tienes un plan alternativo?

Connor supo que había dado en el clavo, pero que, aun así, Dina iba a intentar defenderse.

—Pase lo que pase, los niños nunca van a sufrir —dijo ella, mirándolo fijamente para que la creyera.

—Lo sé —Connor puso tres cuencos con plátano en rodajas delante de los niños. Cuando tuvo la atención de Dina, dijo—: Si firmas la custodia a mi nombre, te daré doscientos cincuenta mil dólares. Ahora mismo, si quieres.

La mirada de Dina pasó de la confusión a la ira en una fracción de segundo.

—¿Crees que puedes comprarme, que vendería a mi familia?

Se incorporó lentamente. Los bebés la observaron con curiosidad pero no lloraron, porque incluso furiosa, mantuvo un tono calmado.

—Si lo hicieras, podrías abrir el restaurante. Te estoy ofreciendo ayuda económica para que salgas del agujero en el que estás.

—¿Crees que construiría mis sueños vendiendo a los niños? ¿Tan poco me valoras?

—En absoluto. Lo que creo es que eres lo bastante inteligente como para reconocer una oportunidad cuando se te presenta.

Dina rio con amargura.

—¿Piensas que quiero tu dinero?

Connor se encogió de hombros.

—Has sido tú quien me ha pedido una pensión de manutención.

—¡Para los niños! —replicó Dina—. ¿De verdad crees que eso significa que puedes comprarme?

Connor se encogió de hombros, aunque admiraba la reacción de Dina. No conocía a mucha gente dispuesta a rechazar un cuarto de millón de dólares.

—Todos los ricos sois iguales. El mundo gira en torno al dinero. Al menos el tuyo, no el mío. No quiero nada de ti: siempre me he valido por mí misma; mi negocio es mi negocio.

—El éxito de tu negocio me afecta desde el momento que acogiste a los niños —dijo Connor—. Recuerda que son mis hijos, no los tuyos.

Dina rio con sarcasmo.

—No fuiste más que el donante de esperma, no el padre.

Connor se quedó mudo por un instante. La tensión podía palparse en el aire.

—No se te ocurra decirme eso —dijo en voz baja—. Sabes bien lo que hicieron Jackie y tu hermana.

Dina resopló.

—Vale. No debería haberlo dicho, pero respecto a lo demás, no tienes razón. No quiero nada de ti, Connor.

—Serías la primera mujer que conozco que no tiene intenciones ocultas

—¿A qué te refieres? —preguntó Dina, desconcertada.

—Todas las que he conocido han intentado utilizarme por mi dinero, mi apellido o mi familia —admitirlo supuso un golpe a su orgullo, pero Connor tenía que dejarle claro a Dina quién estaba al mando—. ¿Tú tienes problemas con los hombres ricos? ¿Qué sentirías si todo el que se acerca a ti lo hiciera para pedirte algo? Jackie fue la única mujer que no quiso nada de mí —Connor sintió un nudo en la garganta—. Hasta que al final, ella y tu hermana también me usaron.

Dina tardó unos segundos en decir:

—Vale, pero yo no soy como esas mujeres de las que hablas.

—Porque no has aceptado el dinero —Connor ladeó la cabeza y la observó—. Quizá sea porque quieres más.

No era lo que pensaba, pero sintió una absurda satisfacción al ver que los ojos de Dina se volvían dos rayas centelleantes.

—Será mejor que te vayas.

—No pienso ir a ninguna parte —dijo Connor, mirando hacia los niños, que empezaban a agitarse—. Pero desde hoy mismo, tú y los trillizos os mudáis a mi casa.

—Estás de broma.

—En absoluto —Connor plantó las manos en la mesa y se inclinó hacia Dina—. No pienso desaparecer de la vida de mis hijos. Y no pienso volver a dormir en ese espantoso sofá.

—No tengo por qué obedecerte.

—¿No acabas de decir que harás lo que haga falta para cuidar de los niños?

—Sí, pero eso no incluye lo que tú propones.

—Sabes que esta casa es demasiado pequeña para todos nosotros.

—Nadie te ha invitado a quedarte.

—Soy su padre y van a quedarse conmigo.

—Yo soy su tutora. Se quedan conmigo.

—¿Lo ves? Si ninguno de los dos estamos dispuestos a ceder, mi solución es perfecta. Esta casa cabría en mi vestidor —Connor se cruzó de brazos—. Aunque admito que te admiro por no aceptar mi dinero.

—¡Vaya! Gracias —dijo Dina con sarcasmo.

Connor continuó:

—La única manera de que los dos sigamos con los niños es que os vengáis a mi casa.

—¿Ah, sí? ¿Qué esperas con ello?

—¿Te refieres al beso de anoche?

—No, me refiero a lo que crees que pueda pasar después del beso de anoche.

Sintiéndose ofendido por la insinuación de que su propuesta era una estratagema para arrastrarla a su cama, Connor frunció el ceño y dijo:

—Tranquilízate. Tendrás tu propia habitación. No necesito usar subterfugios para acostarme con nadie. Las mujeres suelen venir a mi cama por voluntad propia.

—Pues yo no —dijo Dina, entre dientes.

Connor sonrió.

—Si no recuerdo mal, ayer me devolviste el beso.

—No volverá a pasar.

—Eso lo veremos, pero entre tanto, os mudáis conmigo —dijo Connor con firmeza.

Dina miró a los niños y Connor pudo percibir un cambio en su expresión que le indicó que aceptaba su propuesta.

—Está bien. Pero solo temporalmente.

—¿Qué significa temporalmente?

—Eso también lo veremos.

Connor enarcó una ceja. Una vez tuviera a los niños en casa no pensaba dejarlos marchar. Que Dina se quedara o no, era cosa tuya. Pero de lo que estaba seguro, por mucho que ella lo negara, era de que Dina, antes o después, acabaría en su cama.

Capítulo Seis

—Es un error.

La abuela de Dina levantó la mirada de la ropa que estaba empaquetando y, chasqueando la lengua, dijo:

—Esa no es una buena actitud.

—¿Cuál quieres que tenga? Ir a vivir con Connor King, aunque sea temporalmente, es una mala idea —dijo Dina.

Estaba preocupada. Desde el beso se sentía caminar por una cuerda floja. Mudarse a casa de Connor, saber que dormía cerca, la colocaba en una situación tentadora y frustrante.

Y eso sin pensar en los trillizos. Connor estaba en cierta manera tomando posesión de ellos. Si acababan acudiendo a los juzgados, Dina sospechaba que cualquier juez le concedería la custodia a un millonario que podía pagar a un regimiento de niñeras antes que a una mujer con un negocio en quiebra y una casa como una caja de zapatos.

—¡Dios mío! —exclamó, abatida.

—Tómatelo como una oportunidad para conocer mejor al padre de los niños a los que adoras —dijo su abuela con calma y sabiduría —. Después de todo, vais a tener que permanecer en contacto por el bien de los trillizos. Y la relación será para siempre. ¿No crees que es mejor que os conozcáis más en lugar de asumir lo peor?

Dina se sentó en la cama con un gruñido de protesta.

—No te soporto cuando eres tan racional.

Su abuela rio y continuó doblando la ropa.

—Tampoco quieres admitir que él está en lo cierto, ¿verdad?

—Respecto a qué.

—A esta casa. Sabes perfectamente que es demasiado pequeña.

Eso era innegable. Dina la había alquilado para ella sola como

paso intermedio, convencida de que el negocio iría bien y pronto podría mudarse a una casa mayor. Pero la llegada de los niños había coincidido con una subida del alquiler, al mismo tiempo que había reducido el tiempo que podía dedicar al trabajo.

Era posible que su abuela tuviera razón. Aunque mantuviera el gasto de la casa, en todo lo demás salía beneficiada: las facturas, la comida, la canguro. Quizá hasta podría volver a ahorrar un poco.

—Muy bien. Pero solo por un tiempo —dijo súbitamente.

—Así me gusta. Y vas a hacerlo con una actitud positiva.

—Si una actitud positiva significa que estoy segura de que voy a salir escaldada…

—No digas tonterías —dijo su abuela. Y preguntó—: ¿Qué pasa de verdad, nieta?

Frunciendo el ceño, Dina arañó una mancha de comida de bebé del borde de sus pantalones cortos.

—Connor King es avasallador —dijo casi en un susurro—. Es guapo, prepotente y rico.

—Y tú tienes miedo por tu madre.

Dina miró a su abuela compungida. Por mucho que Helen fuera su madre, también era la hija de Angelica, y era cruel recordarle su pérdida.

—Lo siento, pero ya sabes lo que le pasó. Se esforzaba tanto en complacer a hombres con fuerte personalidad, que acabó por perder la suya.

Angelica suspiró profundamente, se sentó a su lado y le apretó la mano afectuosamente.

—Tu madre era una mujer insegura y buscaba en los hombres las respuestas que no encontraba en sí misma. Pero tú no eres así.

Dina la miró a los ojos y ella continuó con dulzura:

—No debes preocuparte. Tú tienes una seguridad en ti misma que ella jamás tuvo. Solo la fragilidad puede ser devorada por la fortaleza, y tú no eres débil.

Dina había querido creer a su abuela, pero en aquel momento sentía una inseguridad que temía que se incrementara al convivir con Connor.

—Y ahora —dijo su abuela, poniéndose en pie—, ayúdame a terminar de empaquetar las cosas de los niños. Ha llegado la hora de que te enfrentes a tus miedos y los domines.

—Muy bien —dijo Dina, poniéndose a su vez en pie—. ¡A dominar mis miedos! —añadió, con una convicción impostada.

Una cosa era dominar sus miedos. Otra muy distinta, dominar a Connor King.

* * *

Como era de esperar, la casa de Connor era espectacular. Situada en medio de un frondoso jardín, era una construcción al estilo de un rancho, de ladrillo, piedra y cristal; y parecía haber brotado espontáneamente en el lugar que ocupaba.

Dina se quedó muda en cuanto cruzó la doble puerta principal. Con los suelos de roble barnizados, tenía un mobiliario y decoración exquisitos: desde las magníficas mesas y los cuadros colgados en las paredes de color gris topo, hasta la chimenea de mármol gris que dominaba una de las paredes de la enorme habitación.

Dejaron a los niños jugando en el suelo y Dina pudo admirar el espacio. Unos sofás mullidos invitaban a acurrucarse y relajarse. Sobre las mesas había libros y revistas, y una puerta doble de cristal se abría a un patio de piedra que se prolongaba en una extensión de césped con vistas al mar. Una de las paredes era toda de cristal, y en aquel momento enmarcaba el atardecer: el sol, poniéndose, proyectaba una estela doraba sobre el agua y teñía el cielo de rosas, dorados y violetas.

Recorrió la habitación lentamente, lamentando sentirse como una campesina invitada a un castillo. La sala olía a flores frescas y a cera de limón. Y aunque odiara admitirlo, toda su casa habría cabido en aquel espacio.

Los niños estaban jugando sobre una alfombra que debía costar más que su coche; y los juguetes eran tan nuevos que Connor y ella acababan de sacarlos de las cajas. En distintos puntos había varios círculos de sillones que invitaban a conversar; y la pared de cristal conseguía el efecto de que el exterior y el interior se fundieran.

Un ama de llaves llamada Louise, de unos cincuenta años, cabello gris y vivarachos ojos azules, les había llevado té helado, galletas y tres tazas con leche para los trillizos. Todo era perfecto.

—¿Crees que vas a poder soportarlo?

Dina se volvió y vio a Connor echado cómodamente sobre uno de los sofás con aspecto de… lo que era: el señor de la casa.

—Estás disfrutando, ¿no?

—¿De la comodidad? Después de haber probado tu sofá, la verdad es que sí.

Dina suspiró porque no podía culparlo.

—Tienes una casa preciosa.

Connor rio.

—¿Te ha dolido mucho admitirlo?

—Mucho —dijo Dina—. Tengo que reconocer que confiaba en que vivieras en una casa sin alma, de esas blancas y ultramodernas.

—¡Cuidado! Estás describiendo la casa de mi hermano Colton.

—¿De verdad?

—Nunca me ha gustado —Connor se encogió de hombros—. Me resulta fría, aunque él dice que es limpia. Sus hijos se están ocupando de ensuciársela.

—En cualquier caso, y aunque la casa sea bonita, no creas que no sé que me has manipulado para conseguir que viniera, y que no me gusta.

—Tienes razón y me da lo mismo —Connor se sentó, apoyó los codos en las rodillas y juntó las manos—. Quiero a mis hijos, Dina. Tú vienes con el paquete.

—Por el momento.

—El momento presente es todo lo que importa ahora mismo, ¿no crees?

Sí, pero luego ¿qué? ¿Una semana, dos, tres? Cuanto más tiempo pasaran allí más posibilidades tendría Connor de conseguir la custodia. Dina sabía que quería quitarle a los niños, no era idiota. Y la idea se le hacía insoportable. Súbitamente, se le ocurrió algo que no había pensado hasta entonces.

Todo el tiempo había creído que Connor tenía todas las ventajas, y en cierto modo, así era. Pero hasta entonces no había experimentado la realidad de convivir con tres niños que requerían continua atención. Dina sonrió al darse cuenta de que estar allí podía jugar a su favor.

Sabía que, mientras Elena y Jackie vivían, Connor había querido ser padre solo a tiempo parcial. Si de pronto le obsesionaba hacerse

cargo de ellos era por su sentido del deber, y por haber descubierto que le habían mentido.

Pero ¿y si dejaba de querer tenerlos consigo? ¿Y si ocuparse del día a día de los niños le demostraba que no estaba preparado para ser padre? Quizá no había sido una decisión tan mala. Viviendo con él, dejando que Connor se ocupara de los niños, cabía la posibilidad de que se diera cuenta de que estaban mejor con ella.

Dina sonrió y se relajó por primera vez desde el beso de la noche anterior.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Connor, suspicaz.

—Por nada —dijo Dina.

Cuando sus miradas se encontraron sintió un incómodo estremecimiento. Estaba alterada y ansiosa desde el apasionado beso que se habían dado. Ningún otro hombre le había hecho dudar de lo que sentía.

Mirándolo en aquel momento, tuvo la certeza de que era un hombre peligroso, no solo como rival para la custodia de los niños, sino para su paz mental.

—Louise ha preparado tu habitación —dijo él—. Está arriba, junto a la de los niños. La mía está enfrente.

—Muy práctico —masculló ella.

—¿Verdad? —Connor sonrió y Dina sintió un hormigueó en el estómago. Él añadió—: ¿Qué pasa, Dina? ¿No te fías de ti misma si me tienes cerca?

Eso era precisamente lo que sucedía, pero jamás lo hubiera admitido.

—Creo que podré contenerme —dijo ella, tomando a Sadie en brazos.

—¿Quieres apostar algo? —Connor tomó a los otros dos niños sin dejar de mirarla con una sonrisa burlona.

Y Dina tuvo la certeza de que corría peligro.

Una semana más tarde, Connor estaba desesperado. No solo por el terremoto que representaban los trillizos, sino por pasar cada noche pensando en Dina al otro lado del pasillo, imaginándola en su cama, desnuda, sonriendo.

Desde que había llegado, con la excusa de que quería cederle el

protagonismo, lo había dejado al cargo de los niños: los perseguía por la casa para vestirlos, los bañaba, los acostaba, los alimentaba…

Connor estaba seguro de que confiaba en que la tarea lo superara y cediera la custodia, pero iba a sufrir una profunda desilusión. En todo caso, estaba más convencido que nunca. La cuestión era cómo lidiar con Dina.

—¿Ha rechazado la oferta?

—Así es —contestó Connor a Colton, mirándolo a través del humo de la barbacoa donde cocinaban unas hamburguesas.

Penny le había pedido que organizara un encuentro informal para conocer a Dina.

—Te refieres a lo de comprarla, ¿no? —añadió Connor, sonriendo al recordar la airada reacción de Dina.

—Te lo advertí. ¿Tienes alguna otra idea?

—Muchas —dijo Connor, volteando la carne—. Rafe viene la próxima semana para dibujar los planos de la nueva habitación de los niños.

Colton lo miró intentando adivinar qué tenía en la cabeza.

—¿Qué estás maquinando?

—Por el momento solo pretendo conocer a mis hijos mejor, que los abogados sigan estudiando el caso e ir a Irlanda.

—¿Con Dina y los niños?

—¿Por qué no? —Connor fingió indiferencia, pero lo cierto era que no quería separarse de ellos—. Nos alojaremos en el castillo Ashford y visitaremos al primo Jefferson —al ver el escepticismo con el que le miraba su hermano, añadió—: No creas que hay nada más. Dina viene por los niños.

—Ya —dijo Colton con sorna. Y mirando a las mujeres, añadió —: No debe ser mala compañía.

—Nadie ha pedido tu opinión —dijo Connor. Y poniendo las hamburguesas en un plato, anunció—: ¡A comer!

—No me habías dicho que tú y tu hermano erais gemelos. Sois idénticos —dijo Dina cuando los invitados se fueron.

—No, yo soy el guapo —bromeó Connor.

Dina rio. Cada día se sentía más relajada con él y eso la preocupaba.

Los niños estaban acostados y ellos estaban sentados en el patio, disfrutando de una copa de vino y del murmullo del mar de fondo.

—Tu cuñada es fantástica. Me ha dicho que va a hacer obras en su casa. Quiere darle un aire más cálido. Por lo visto tu primo Rafe se ocupará del trabajo, y me ha dicho que después tiene que hacer un trabajo aquí.

—¿Eso te ha dicho Penny? —Connor se giró a mirarla con ojos brillantes bajo la luz de la luna.

—¿Vas a construir un cuarto para los niños? —Dina lo había intuido en cuanto Penny había mencionado la obra, pero había preferido apartar esa idea de su mente.

—Eso pensaba.

—Piensas pelear por la custodia, ¿verdad?

—Nunca te he ocultado que eso es lo que quiero.

—Lo sé. El problema es que yo también.

Connor se puso en pie, la hizo levantarse y, con las manos sobre sus hombros, la miró fijamente y dijo:

—No te interesa enfrentarte a mí, Dina. Saldrías perdiendo.

—Pero si no lucho, también habré perdido —dijo ella.

La brisa le revolvió el cabello, y Connor le retiró un mechón detrás de la oreja.

—No tenemos por qué ser enemigos —susurró—. Podemos encontrar la manera de colaborar.

—No sé cómo —contestó Dina, sosteniéndole la mirada.

—Para empezar, así —dijo él. Y la besó.

Dina se estrechó contra él y sintió que se derretía por dentro. Llevaba toda la vida tratando de evitar el tipo de emociones que sentía en aquel momento y, sin embargo, quería entregarse plenamente a ellas, no pensar, dejarse llevar por las increíbles sensaciones que aquel beso le despertaba.

Y cuando Connor rompió el contacto, supo que no sería el último. Como supo que se había adentrado en un camino por el que jamás hubiera soñado viajar, pero del que no podía desviarse.

Connor le tomó el rostro entre las manos y sonrió. Ver que parecía tan turbado como ella, fue un consuelo para Dina.

—¿Qué vamos a hacer, Connor? —preguntó ella.

—¿Ahora mismo? —Connor le plantó un beso en los labios—. Como soy un caballero, voy dejar que te vayas. Pero tengo que

advertirte que te deseo como no he deseado a nadie, así que será mejor que te vayas, si no quieres despertarte en mi cama.

—No pienso dormir contigo, Connor.

—Yo no estaba pensando precisamente en dormir —bromeó él.

—Connor… —empezó ella.

—Haznos un favor a ambos y vete a la cama —dijo él, frotándose la nuca.

—Está bien, me voy —dijo ella con voz temblorosa. Apenas había dado unos pasos cuando la voz de Connor la detuvo.

—Por cierto, nos vamos a Irlanda en un par de días. Lo digo por si necesitas comprar algo antes del viaje.

—¿A Irlanda?

Capítulo Siete

Dina estaba siendo tratada como una princesa, y se sentía un fraude.

Habían pasado el control de seguridad por delante de los demás pasajeros para ir al área de descanso de pasajeros VIP. Así había descubierto lo distinto que era viajar en un jet de un King en comparación con un vuelo regular.

El avión tenía asientos de cuero confortables, tres cunas fijadas al suelo y un bar completo. Había espacio como para pasearse, y un cuarto de baño completo. Durante el vuelo, se había relajado viendo películas mientras Connor trabajaba.

También al llegar habían evitado las colas de pasajeros y los habían conducido hasta una limusina con chófer uniformado. El viaje hasta el castillo de Ashford duró una hora y media, pero Dina estuvo tan ocupada con los niños y contemplando el precioso paisaje, que se le pasó volando.

El día anterior estaba en su casa, buscando desesperadamente trabajo, y de pronto estaba en Europa. Desafortunadamente, no había podido poner ninguna objeción, puesto que ni siquiera había tenido que cancelar ningún encargo. Y en aquel momento, se alegraba.

Connor había estado con anterioridad en Irlanda y le gustaba hacer de guía.

—Dentro de un par de días iremos a Cong, el precioso pueblo en el que se filmó *El hombre tranquilo,* la película con John Wayne.

—¡Me encanta esa película!

—A mí también. Se puede visitar la casa que usaron. Hay buenas tiendas y restaurantes. Seguro que te gusta.

Dina no lo dudaba. Le extrañaba más que a Connor le importara

que lo pasara bien, pero se le pasó la curiosidad al entrar en ese momento en el camino de acceso al castillo.

Cuando bajó del coche, sintió que acababa de entrar en un cuento de hadas.

El castillo era espectacular, de piedra gastada, con enredaderas que trepaban por la fachada y rodeado de parterres de coloridas flores y árboles. Delante, en el centro, había una fuente y un lago sobre el que espejeaban los rayos del sol como cientos de diamantes.

Dina no había visto nunca tal gama de verdes, ni una combinación tal deliciosa de luces y sombras. Era como estar dentro de una esmeralda.

—Es un día excepcional para ser junio —dijo Connor—. Suele llover. El sol ha salido por vosotros.

Dina rio y alzó la mirada hasta las almenas del castillo, imaginando que estaban pobladas de fantasmas.

—¿Te gusta? —preguntó Connor.

—Me encanta.

—Es el castillo más antiguo de Irlanda. Creo que es del siglo trece.

—Es increíble. Nunca había visto nada tan bonito —dijo Dina, volviéndose hacia él y sonriendo.

Connor la miró fijamente unos segundos y dijo:

—Eso mismo estaba pensado yo.

Dina no supo qué contestar ni tuvo que hacerlo, porque en ese momento un grupo salió del castillo para recibirlos. Un hombre con un elegante traje negro y cabello peinado hacia atrás fue directamente hacia Connor y le estrechó la mano.

—Señor King —dijo con un encantador acento irlandés—. Encantado de volver a verlo. Su suite está preparada.

—Gracias, Sean. Dina, este es Sean Flannery, el encargado del hotel.

—Encantada de conocerlo.

—Igualmente, señora —Sean le estrechó la mano antes de volverse de nuevo a Connor—. Se ha hecho todo de acuerdo a sus instrucciones. Se ha habilitado un dormitorio para los trillizos. Quería darles la enhorabuena a usted y a su encantadora esposa.

Dina parpadeó, perpleja, pero al instante comprendió la

equivocación. Era lógico que, viajando con los niños, pensaran que estaban casados.

—Gracias, pero…

Connor le pasó un brazo por los hombros.

—Mi mujer está cansada por el viaje, Sean. Será mejor que hagamos el registro.

—Por supuesto —Sean hizo un gesto y una tropa de empleados rodeó la limusina, tomó el equipaje y cruzó precipitadamente el umbral de piedra.

Dina lanzó una mirada centelleante a Connor, pero este hizo un gesto indicando a que esperara, y decidió hacerle caso. Sacó a los niños y se los pasó a Connor, que los dejó sobre el inmaculado césped. Al instante, arrancaron a correr y a gritar.

—Deberíamos pararlos antes de que estropeen las flores y se caigan en la fuente.

—Déjalos —dijo Connor, mirándolos con una dulce sonrisa—. Solo están explorando.

—Muy bien —Dina volvió a mirar el castillo e imaginó el lujo que debía contener, le preocupó pensar en los destrozos que podían hacer los trillizos—. Quizá deberíamos haber elegido un hotel más pequeño. Espero que los niños no molesten.

—Discúlpeme, señora King —dijo Sean, sonriendo y guiñando un ojo—. Esto es Irlanda, y los niños siempre son bienvenidos.

Aquellas palabras le resultaron amigables y consiguieron que se relajara. Al menos hasta que tuvo que correr para impedir que Sadie arrancara las flores y Connor persiguió a los otros dos niños.

Para cuando se acomodaron y terminaron la cena que pidieron en la suite, los trillizos estaban listos para irse a la cama. Entre Dina y Connor los bañaron y los acostaron. Luego Connor sirvió dos copas de vino y se sentaron en las butacas del salón.

Por la ventana se veía el cielo estrellado y las copas de los árboles sacudidas por el viento.

—El encargado parece conocerte bien —comentó Dina, tras probar el vino.

—Suelo alojarme aquí cuando vengo a visitar a mi primo Jefferson y a su familia. La granja está a media hora y encuentro el

castillo muy cómodo.

Dina rio.

—¿Cómodo? Nunca había estado en un sitio igual.

Connor estiró las piernas y las cruzó por los tobillos.

—Espera a verlo con luna llena. Mañana podemos llevar a los niños al lago. Por cierto, ¿han aprendido a nadar?

—No —dijo Dina, observando el vino—. Elena iba a llevarlos a clases en el verano, pero…

—Les enseñaremos nosotros. Es importante, ¿no crees?

—Desde luego.

Connor sonrió y Dina sintió una oleada de calor.

—Haré que el mes que viene venga un profesor a casa.

—No sé si seguiremos en tu casa el mes que viene.

—Claro que sí —Connor ladeó la cabeza y miró a Dina fijamente.

—Connor… —aunque a veces lo olvidaba, Dina tenía que recordar que no formaban una familia y debía aclararle a Connor que no era un acuerdo definitivo.

Pero ¿qué podía decirle? ¿Que estar en su casa la inquietaba, que no confiaba en sí misma? Un hombre tan seguro de sí mismo no necesitaba ese tipo de información. Mascullando entre dientes, bebió un sorbo de vino.

—¿Qué has dicho?

—Nada —contestó Dina—. ¿A qué hemos venido a Irlanda?

Connor sonrió al darse cuenta de que cambiaba de tema.

—Quiero averiguar si podemos incluir el castillo en nuestra ruta de viajes para familias.

—Seguro que les encantaría hospedarse aquí.

—La cuestión es si se puede considerar turismo de aventura. Ya veremos.

—No cabe duda de que atraparía la imaginación de los pequeños. Se sentirán como príncipes y princesas.

—Eso es verdad. A mis hermanos y a mí nos habría entusiasmado.

Tras un breve silencio, Connor preguntó:

—¿Veías mucho a los trillizos antes de que se mudaran a vivir contigo?

—¿Perdona? —preguntó Dina, desconcertada por la inesperada

pregunta.

—Si veías a los niños a menudo antes de que Elena y Jackie murieran.

—No. Vivían en San Francisco —dijo Dina—, pero me visitaban de vez en cuando y yo también a ellos.

—¿Cómo eran? —preguntó Connor con cierta pesadumbre.

Dina sintió compasión por él. A pesar de lo que había esperado, Connor no iba a darse por vencido. Lo cierto era que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para poder acomodar a los niños en su vida. Y se sentía traicionado por haberse perdido sus primeros años.

¿Actuaba ella tan mal como su hermana y su cuñada al luchar por conservarlos? ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía perderlos; solo de pensarlo se le rompía el corazón.

Connor la observaba, esperando su respuesta. Finalmente, Dina tomó aire y dijo:

—Fueron una monada desde el principio. Pero al nacer eran tan pequeños…

Connor sonrió.

—Seguro que a Jackie la daba miedo tomarlos en brazos.

—Así es —Dina rio—. Pero Elena insistió y terminó por acostumbrarse.

—¿Qué tipo de madre era Jackie?

—Un poco alocada. Divertida —Dina sonrió al recordarlo y trató de describirlo lo mejor posible—. Elena era la organizada, lo escribía todo: a qué horas comían, la hora del baño, la de jugar. A mi hermana le encantaban las listas —la invadió la melancólica. Solo habían pasado tres meses desde su muerte—. Jackie se disfrazaba cada noche para contarles cuentos, y les compró un bate de béisbol en miniatura a cada uno para que empezaran a jugar en cuanto pudieran caminar.

—Típico de Jackie. Era una gran deportista.

La habitación fue quedando en penumbra. Hablar del pasado había creado un agradable ambiente de intimidad entre ellos, y Dina tuvo una idea.

—¿Quieres ver fotografías? —preguntó, sacando el móvil y encendiendo una lámpara.

Connor guiñó los ojos para habituarse a la luz. Luego sonrió de

oreja a oreja y preguntó a su vez:

—¿Lo dices en serio?

Dina le pasó el teléfono y dijo:

—Nunca borro nada. Tengo fotografías desde que nacieron.

Connor ya estaba pasando pantallas en el móvil.

—Algunas las tomé yo, otras me las mandó Elena —continuó Dina. Al oír reír a Connor, preguntó—: ¿De qué te ríes?

Connor la miró con una mezcla de risa y melancolía.

—De esta foto. Supongo que es de las últimas Navidades.

Dina sabía a cuál se refería, pero se arrodilló a su lado para mirar la pantalla. Tres bebés con un mono a rayas, un gorrito de Papá Noel y barba blanca.

—¿Sadie también lleva barba?

—Jackie no quería que se sintiera excluida.

—Muy propio de Jackie —dijo Connor, riendo.

Dina permaneció a su lado, mirándolo más a él que a las fotografía y observando las emociones que cruzaban su rostro a medida que veía crecer a sus hijos. Cuando se acabaron, Connor le devolvió el teléfono, diciendo:

—¡Cuánto tiempo han pasado sin mí…! —miró a Dina con tristeza y añadió—: No puedo perderme ni un día más de la vida de mis hijos.

Ella asió el teléfono con fuerza. Unos minutos antes sentía lástima por Connor, pero en ese instante, al mirarlo a los ojos, se puso en guardia.

—¿Qué quieres decir?

Connor le tomó el rostro entre las manos y dijo:

—Que tú y yo vamos a tener que alcanzar un compromiso.

—¿De qué tipo?

—Yo sé bien lo que quiero. La cuestión es que tú decidas lo que quieres.

Dina sabía bien lo que quería… Pero temía que, en lugar de mejorar, empeorara las cosas.

Ver a Connor con su familia fue una revelación. Dina ya había comprobado que tenía una estrecha relación con su gemelo, y eso era lógico. Pero a pesar de que Jefferson solo era su primo, el

vínculo que los unía parecía igualmente fuerte. Estaba claro que la familia era muy importante para los King. Y eso incluía, evidentemente, a los trillizos.

—Es genial, ¿verdad?

Dina miró a Maura King. Era baja y muy guapa, a pesar de las botas de goma y el holgado jersey sobre el que lleva a una chaqueta demasiado grande. Junio en Irlanda, como había dicho Connor, significaba lluvia, viento y frío.

Jefferson la había conocido cuando buscaba localizaciones para una película. Puesto que seguía trabajando en la granja, Dina había deducido que su vida no había cambiado a pesar de haberse casado con un hombre rico.

Dina miró a Connor y a Jefferson correr tras los seis niños junto a un gigantesco perro pastor irlandés. Maura y Jefferson tenían tres hijos y uno en camino. El perro se llamaba King porque, tal y como Maura le había explicado, lo compró en una ocasión en que estaba enfadada con Jefferson y «como Jeff, es un bastardo». Su tamaño había asustado al principio a Dina, pero era un bonachón gigante y pronto los niños trepaban sobre él y le tiraban de las orejas sin que emitiera ni el más leve gruñido de protesta. Al contrario, actuaba de niñera y, si algún niño se alejaba, iba a por él y lo devolvía al grupo.

—Sí —dijo Dina, sonriendo al ver reír a Connor por el golpe que acababa de darle su primogénito a Jeff—. Es maravilloso. También lo es tu casa —añadió, contemplando el agua color estaño del mar bajo el cielo gris.

El viento mecía los árboles; estrechas carreteras bordeadas de flores y arbustos atravesaban los verdes campos, divididos por muros de piedra. La granja se veía en la distancia, con una sierra montañosa como un telón morado al fondo.

—Gracias —dijo Maura, echando una ojeada hacia su casa—. A mí también me gusta, pero Jefferson cambia cosas todo el rato.

—¿Y no te importa?

—En absoluto. Pero no se lo digas —Maura le guiñó un ojo—. Ya está suficientemente seguro de sí mismo.

—Debe ser una característica de los King.

—Es posible —Maura se apoyó en la valla que rodeaba el patio delantero—. Todos se parecen mucho. Pero yo no cambiaría a Jeff

por ninguno. Me gusta un hombre que me enfada tanto como me atrae.

—En eso se parece a Connor —mascullló Dina.

—Ya me he fijado en cómo os miráis —comentó Maura. Dina prefirió no decir nada—. Y los niños son un encanto.

—Como los tuyos.

Maura rio.

—Sí, aunque son unos salvajes. Jensen, el mayor, tiene cuatro años. Luego llegó Julie y después James.

Mirando de nuevo a los niños, Dina sintió que se le encogía el corazón pensando cuánto le gustaría pertenecer a ese grupo. Ella era la tía y la tutora de los niños, pero no formaban una familia. Era absurdo anhelar una mayor implicación con Connor cuando a la vez estaba decidida a evitar por todos los medios acabar en su cama. Era aún más absurdo porque, hasta conocerlo a él, había rechazado cualquier cosa parecida a una relación. El recuerdo de las relaciones tormentosas de su madre la había marcado. Pero, sin saber cómo, Connor parecía haberse saltado sus barreras defensivas.

—Y ahora estás embarazada del cuarto —dijo Dina, mirando el vientre redondeado de Maura.

—A Jefferson le encantan los niños. Quiere tener tantos como podamos, y yo estoy de acuerdo con él. ¡Aunque eso signifique que vaya a añadir un ala nueva a la casa!

Dina rio, aunque sintió una punzada de envidia por la relación que compartían Jefferson y Maura. Él seguía dirigiendo su estudio de filmación desde allí, haciendo viajes esporádicos a Estados Unidos. Maura había mantenido su actividad en la granja sin dejar de ser ella misma y, aun así, formaban un tándem perfecto.

Miró a Connor, que fingía pelear con Jefferson y con los niños. Estos gritaban y reían, y sus voces flotaban en el frío viento irlandés.

—Los King son hombres problemáticos —dijo súbitamente Maura—, pero el esfuerzo que representan vale la pena.

—No hay nada entre nosotros —se apresuró a aclarar Dina.

Maura rio.

—Yo también me resistí inicialmente. Jefferson pensaba que me conquistaría con dinero. ¿Sabías que me regaló un camión? —Maura sacudió la cabeza—. Era rojo y brillante, y a pesar de que le

grité y me enfadé con él, me enamoré del camión al instante. Todavía lo conduzco de vez en cuando.

Dina rio y Maura continuó:

—Se empeñó en que lo necesitaba aunque me negara a admitirlo. Y tenía razón. Mi antiguo camión estaba viejo. Pero así son los King; cuando deciden algo es imposible convencerlos de lo contrario.

—A mí no me gusta que me manden.

—¿Y a quién sí? Pero eso no te impide mandar a tu vez.

Dina sonrió.

—Creo que tú y yo vamos a ser buenas amigas.

—Yo también —Maura sonrió a su vez—. Y como Jefferson quiere que vayamos a California el mes que viene para llevar los niños a Disneylandia, volveremos a vernos pronto y podrás contarme cómo te va con Connor.

Dina ni siquiera sabía si en un mes Connor y ella seguirían en contacto.

—Podríamos ir juntos al parque de atracciones —añadió Maura —. Llamaré a mi hermana Cara. Siempre le encanta ver a los niños.

Dina se quedó pensando unos segundos.

—¿Tu hermana es Cara Donahue? —preguntó, al recordar que ese era el nombre de la granja de Maura.

El rostro de esta se iluminó.

—¿Has visto sus películas?

—Sí. Me encanta —dijo Dina, que no había sabido que la actriz del momento estaba relacionada con los King.

—Fue la película que Jefferson filmó aquí la que la hizo famosa. Después, la contrató para…

—*La novia O'Malley* —se adelantó Dina.

—Exactamente. Aunque no ganó, llegó a estar nominada a un Oscar como protagonista.

Aquel viaje era una continua sorpresa. Maura era amable y simpática, Jefferson divertido y acogedor, y Connor… Dina lo miró y, como si se sintiera observado, la miró con una sonrisa que hizo que le temblaran las piernas.

—¿Ves? —musitó Maura, dándole con el codo—, ahí tienes una oportunidad de ejercer tus dotes de mando. De ti depende, pero, como te he dicho, los King merecen la pena.

Connor no tenía ni idea de qué habían estado hablando Maura y Dina, pero la encontró de un humor extraño, como ausente. Ya en el castillo, cuando los trillizos estaban dormidos, Connor se reunió con ella en el salón. Aunque entraba un aire frío, Dina estaba en la ventana. El viento le removía el cabello, que parecía formar un oscuro halo alrededor de su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó él, yendo a su lado.

—No estoy segura.

Connor la tomó por el brazo para girarla hacia él y estudió su rostro para intentar adivinar qué le pasaba, pero sus ojos estaban velados.

Ninguna mujer había despertado en él un deseo tan poderoso. Pero Dina era diferente a todas las que había conocido hasta entonces. Y eso era lo que le gustaba de ella. De hecho, le gustaba todo: la dulzura con la que trataba a los niños, la fortaleza de su carácter, que solo quisiera de él que asumiera su responsabilidad hacia los trillizos. Incluso se había sentido insultada cuando intentó comprarla. Era fascinante en todos los sentidos, y eso lo había tomado por sorpresa. Pero eso no significa que quisiera de ella nada profundo o permanente. Solo quería poseerla.

—Estás pensando —dijo en tono de broma—, y eso no puede ser bueno para mí.

Dina sonrió a su pesar.

—Puede que tampoco lo sea para mí. Creo que debemos tomar una decisión. No puedo seguir en tu casa con los niños indefinidamente. No puedo abandonar mi vida y mi trabajo.

—¿Qué te impide seguir trabajando desde mi casa?

—No es la solución —dijo Dina, obviamente frustrada—. No puedo permanecer contigo solo porque te resulte conveniente.

—Vas a seguir conmigo, Dina —corrigió Connor—, porque no quieres perder a los trillizos y yo no voy a renunciar a ellos.

—Así que como ninguno de los dos está dispuesto a ceder, hemos llegado a un callejón sin salida —Dina sacudió la cabeza y lo miró a los ojos.

Connor no supo qué contestar. Durante aquel viaje se sentía como si fueran una familia; incluso había dejado que Sean creyera que estaban casados, y aunque había pensado que solo lo hacía por razones prácticas, había habido algún otro motivo que prefería no

analizar. Pero en aquel momento solo quería una cosa, y estaba cansado de esperar.

—¿Para qué vamos a preocuparnos de eso ahora, Dina?

—Porque…

—Ahora mismo solo tenemos que hacer una cosa —Connor tomó el rostro de Dina entre las manos y se inclinó para rozar delicadamente sus labios con los de ella, antes de incorporarse, mirarla a los ojos y decir con dulzura—: Te deseo, Dina, te deseo desde la primera vez que te vi.

—Lo sé —dijo ella con un suspiro—. Yo a ti también.

Connor sonrió y, apoyando su frente en la de ella, preguntó:

—¿Y a qué estamos esperando?

Capítulo Ocho

Tomando a Dina de la mano, Connor la condujo a su dormitorio. En cuanto entraron la abrazó y le dio un beso pausado y profundo.

La luz de la luna se filtraba por las ventanas y le iluminaba el rostro y el cabello a Dina con un reflejo plateado. El centro de la habitación lo ocupaba una cama con dosel; había varias butacas y mesas y una chimenea de baldosas azules.

—Esto es un error —dijo Dina. Y el corazón de Connor se paró una fracción de segundo.

—¿Quieres que paremos?

—No —dijo Dina, sacudiendo la cabeza.

—Gracias a Dios.

Había esperado aquel momento mucho tiempo. Demasiado. La tensión sexual que había entre ellos había aumentado desde el primer día que se habían visto. Desde ese instante habían estado abocados a aquel instante. Connor sabía que Dina estaba en lo cierto al temer que fuera una equivocación, que el sexo solo contribuiría a complicar las cosas. Pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

La empujó suavemente hacia la cama al tiempo que tiraba de su jersey hacia arriba. Ansiaba palpar su piel, explorar cada una de las tentadoras curvas con las que llevaba días soñando. Pero a la vez quería tomarse su tiempo, saborear cada segundo.

Lentamente, le desabrochó la blusa y la dejó caer al suelo. Dina se estremeció al quedarse en sujetador y vaqueros.

—¿Tienes frío?

—No —dijo Dina—. Tal y como me siento ahora mismo, dudo que vuelva a sentir frío en toda mi vida.

Connor sonrió.

—Me alegro.

Le recorrió con los dedos el costado hasta el abdomen y volvió a subirlos hasta el cierre frontal de su sujetador negro, que encontró extremadamente sexy en contraste con su piel blanca y suave.

Soltó el broche y sus senos se acomodaron en sus manos. Con los pulgares le frotó los pezones, endurecidos, y en respuesta Dina contuvo el aliento y perdió el equilibrio. Connor sabía cómo se sentía. Su interior era una maraña de nudos. Nunca había sentido un deseo tan intenso ni tanto placer con una sola caricia. Tal vez se debía al vínculo que habían establecido a través de los trillizos. Quizá, se dijo, a todo el tiempo que habían esperado a satisfacer su anhelo. Quizá sus sueños estaban alimentando las sensaciones que atravesaban su cuerpo.

Nada de eso importaba. Solo la deliciosa sensación de tocarla.

Inclinó la cabeza para saborear sus pezones. La respiración de Dina se agitó a la vez que arqueaba la espalda, animándolo a seguir. El corazón a Connor se le aceleró cuando ella le puso las manos en los hombros, asiéndose a ellos como si de ello dependiera su vida.

Pero él quería explorarla, era un hombre con un objetivo: realizar las fantasías que habían poblado su mente en las últimas semanas. Se agachó más y le bajó los pantalones junto con las bragas, dejando un rastro húmedo con la lengua por sus piernas. Luego se levantó lentamente y atrapó sus labios en un voraz beso a la vez que buscaba el dulce vértice de sus muslos. Un gemido escapó de la garganta de Dina en cuanto la tocó íntimamente. Estrechándolo contra sí, siguió besándolo con furia.

Estaba húmeda y caliente, tan preparada que Connor apenas podía respirar. Separó su boca de la de ella para poder observar sus ojos brillantes de pasión a la vez que seguía acariciándola. Metió los dedos en su interior y usó el pulgar para intensificar la presión sobre su centro, hasta que Dina gimió con la excitación que la consumía.

Connor la tomó por la nuca y se miraron fijamente. Dina no podía ni quería esconder lo que sentía. Meció las caderas contra su mano mientras él aceleraba sus movimientos. La acarició hasta llevarla al borde del éxtasis y entonces frenó. No quería que llegara demasiado pronto. Quería seguir tocándola, escuchar sus suspiros, sus gemidos suplicantes. Quería mirarla a los ojos y contemplar la

pasión que ardía en ellos.

Ella le sujetó los brazos y Connor sintió el contacto de sus pezones, incluso a través de la camisa, como si fuera fuego.

—Déjate ir, Dina —dijo dulcemente, sin poder apartar la mirada de sus increíbles ojos. Había en ellos tanto ardor, tanta pasión… por él—. Deja de luchar, entrégate.

—Connor —dijo ella con voz temblorosa, jadeante.

—Vamos, Dina —dijo Connor. Y metió dos dedos en su cueva.

Dina estalló. Su cuerpo se sacudió, sus caderas se mecieron frenéticamente, echó la cabeza hacia atrás y pronunció su nombre en un gemido ahogado.

Antes de que sus temblores cedieran, Connor abrió el edredón, la echó sobre las sábanas, se desnudó y, deteniéndose solo para ponerse un preservativo, se echó sobre ella, que lo recibió entre sus brazos.

Dina abrió los muslos y él la penetró de un solo movimiento, adentrándose en el sedoso calor que lo envolvía. Por un instante que se le hizo eterno, se detuvo, regodeándose en la sensación de estar por fin donde llevaba tanto tiempo deseando estar. Entonces ella enredó las piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundamente. Connor empezó a moverse, despacio inicialmente, hasta que acoplaron sus ritmos y comenzaron a mecerse como si fueran un solo cuerpo, acercándose pero sin alcanzar el precipicio. Connor la besó una y otra vez, acelerando el tempo. Hasta que sintió los espasmos de Dina y, cuando su interior se contrajo en torno a él y ella susurró su nombre, se dejó ir y la acompañó, entregándose a lo inevitable con toda su alma.

Dina lo abrazó hasta que pasaron unas contracciones que solo podrían haber sido descritas como un terremoto de grado nueve punto cinco en la escala Richter. Jamás había experimentado nada igual. Ni siquiera sabía que su cuerpo fuera capaz de sentir tan intensamente. Había tenido amantes, pero hasta aquella noche se habría limitado a decir que el sexo «estaba bien». Pero esa descripción resultaba patética comparada con lo que acababa de pasarle. Con cada caricia Connor había conseguido que su cuerpo ardiera. Lo había sentido hasta en los huesos, y en aquel momento, al notar su peso sobre ella, se sentía… completa, de una manera que no había experimentado nunca.

Y en ese instante lo supo. Amaba a Connor King. No sabía desde cuándo, pero estaba segura de ello. A no ser que fuera un caso de enamoramiento por sexo.

Cerró los ojos con fuerza mientras su mente, acelerada, le decía que no era solo cuestión de sexo. Se trataba de cómo atendía a los trillizos, de la lealtad que mostraba a su familia, de cómo la incluía a ella en todo; incluso de su testarudez. El magnífico sexo solo era la guinda de la tarta.

Aun así, otra parte de su cerebro se preguntaba cómo era posible, cuando solo lo conocía desde hacía un par de semanas. Era imposible amar en tan poco tiempo. Y sin embargo el sentimiento era innegable.

Abrió los ojos y contempló el techo, reflexionando sobre lo irónico de la situación. Durante toda su vida, había evitado situaciones que pudieran conducirla al amor; y de pronto se encontraba amando al hombre al que se había enfrentado desde el primer momento. Debía tratarse de una broma del universo.

Pero aunque la preocupara, no podía renunciar a disfrutar de aquel momento. Del amor. No sabía si acabaría en felicidad o en dolor, y le aterrorizaba, pero mientras continuaba acariciándole la espalda a Connor, tomó la decisión de vivir el presente, de concentrarse en el ahora, en el hombre al que amaba, y de dejar de preocuparse por las dificultades que vislumbraba hasta que se presentaran.

Ya tendría tiempo de poner en orden sus pensamientos y de convencerse de que un hombre podía aceptarla tal y como era, y no como él quería que fuese. Además, estaba el hecho de que lo único que los unía a Connor y a ella eran los trillizos, y que si él conseguía la custodia, dejaría de necesitarla a su lado.

Amar a Connor era un espantoso error, pero ya era demasiado tarde para evitarlo.

—¿Estás bien? —preguntó él, alzando la cabeza para mirarla.

Dina temió que hubiera adivinado sus pensamientos, pero supo que, de ser así, habría salido huyendo. Así que decidió encerrar sus sentimientos bajo llave, y contestó en tono animado.

—Fenomenal.

Connor le dio un beso.

—Yo también —dijo. Y posó una mano sobre su seno.

A Dina le sorprendió comprobar que su cuerpo estaba listo de nuevo, y al sentir a Connor endurecerse en su interior, adivinó que el de él también.

—Connor…

Él sacudió la cabeza.

—Te deseo otra vez. Y otra. Y otra —dijo, sonriendo.

—Deberíamos hablar.

—Hablar no es lo que más me interesa ahora mismo —Connor se incorporó y salió de la cama—. No te muevas —ordenó.

Aunque hubiera querido, Dina no creía que pudiera hacerlo. Además, Connor volvió enseguida, se puso otro condón y se echó a su lado.

—Nada de hablar —susurró, sentándose sobre los talones y tomándola para sentarla a horcajadas sobre él a la vez que se adentraba en su interior. Ella se retiró el cabello de la cara, lo miró mientras él colocaba las manos en sus caderas y decidió dejar la conversación para más adelante.

Empezó a moverse sobre él, girando las caderas y creando una deliciosa fricción que prendió las brasas que seguían latentes en su interior.

—Cabalga sobre mí, Dina. Llévame hasta el límite y salta conmigo.

Ella asintió, enmudecida por la explosión de sensaciones que la recorrían. Comenzó a moverse deprisa, ayudada por las manos de Connor en sus caderas. El único sonido en la habitación era el de sus respiraciones agitadas y el roce de piel contra piel.

Dina tomó a Connor más y más profundamente, hasta que llegó a pensar que su sexo le estaba tocando el corazón. Le llevó las manos de los hombros al rostro y lo besó, abriendo sus labios con su lengua, exigiendo que le dejara entrar, pidiéndole que se diera plenamente e incluso un poco más.

Connor recorrió con sus dedos el largo cabello y le sujetó la cabeza a la vez que le daba lo que ella le pedía. Y en aquella ocasión, cuando estallaron simultáneamente, sus labios estaban fundidos y cada uno absorbió los gemidos de placer del otro.

Cuando se recuperaron, siguieron mirándose, y Dina habría querido poder leer la mente de Connor. Y el corazón. ¿Sentiría algo más que puro deseo? ¿Había algo de afecto y cariño? ¿Llegaría a

transformarse en amor con el tiempo?

¿Podían darse ese tiempo? Después de aquello, Dina tenía más claro que nunca que no podía vivir con un hombre al que amaba y que no la correspondía.

Connor apoyó su frente en la de ella con la respiración todavía alterada y sonrió.

—Dame media hora y podemos volver a empezar.

Puesto que Dina tenía el cuerpo pulsante por un placer que no había conocido hasta entonces, pensó que era una buena idea.

—De acuerdo —dijo, decidida a apartar de su mente pensamientos que solo podría analizar cuando estuviera sola.

—Definitivamente, eres mi tipo de mujer —dijo Connor, acariciándole los pezones con los dedos pulgares.

Dina suspiró, gozando de las sacudidas eléctricas que la recorrieron.

—Si sigues así, no vamos a llegar a la media hora de descanso.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —dijo Connor, besándole la base del cuello.

Dina echó la cabeza hacia atrás y sintió incrementarse su excitación.

—Estás haciendo trampa.

Connor sonrió contra su piel y susurró.

—Soy un King, cariño. Siempre conseguimos lo que queremos.

El corazón de Dina dio un salto. La quería a ella. Pero ¿por cuánto tiempo?

Desde el otro lado de la habitación les llegó el sonido del llanto a través del monitor de los niños, y la bruma de la pasión que los envolvía se disipó como si se hubieran encendido todas las luces súbitamente.

Con un suspiro, Connor miró a Dina y dijo:

—La llamada del deber.

¿Por qué habría elegido esa palabra? ¿Los trillizos eran un deber para él? ¿Lo era ella?

—Sí —dijo Dina, levantándose a la vez que sus pensamientos se ensombrecían y las dudas recorrían su interior como alquitrán—. Será mejor que vaya antes de que quien sea despierte a los otros dos.

—No —dijo él, tomándole la mano cuando fue a por su ropa—.

Yo me ocupo. Ya no tienes que hacerlo todo tú sola, Dina. Me tienes a mí.

Levantándose, se puso los vaqueros y, sin molestarse en subirse la cremallera, tomó el rostro de Dina entre las manos y le dio un firme y breve beso seguido de una de aquellas sonrisas que la derretían.

—Enseguida vuelvo. No se te ocurra irte.

Dina se sentó en el borde de la cama y pensó en lo que Connor había dicho: «Me tienes a mí». Pero ¿hasta qué punto era verdad?

* * *

Una semana más tarde estaban de vuelta en casa e Irlanda solo era un magnífico recuerdo.

Connor caminó hacia la puerta principal sonriendo. Nunca había hecho un viaje de negocios tan agradable. Había pasado tiempo con su familia, los trillizos, Maura y Jefferson, y había descubierto que Dina y él se llevaban maravillosamente.

Aunque no lo había esperado, tampoco lo había tomado de sorpresa. Puesto que Dina era distinta a todas las mujeres que conocía, también el sexo con ella era especial. Instantáneamente se sintió excitado. Le pasaba con solo pensar en ella.

Al abrir los ojos lo golpeó un delicioso aroma a comida mejicana y, dado que Louise jamás preparaba comida étnica, supuso que se trataba de Dina. Siguiendo el aroma fue hasta la cocina y se quedó en la puerta, disfrutando de la escena.

Dina llevaba el pelo recogido en una cola de caballo; estaba descalza y vestía una gastada camiseta roja y unos pantalones cortos vaqueros. Se movía al ritmo de la música que salía de los altavoces, y al seguir el vaivén de sus caderas, Connor se quedó con la boca seca.

Habían llegado hacía dos días antes y Dina no había dormido en su cama desde que habían dejado el castillo. Connor la echaba de menos. Tampoco recordaba haberse sentido tan afectado por una mujer como para echarla de menos. Hasta Dina, no habían sido más que entretenimiento pasajero.

Con Dina todo era diferente. La deseaba continuamente. Allí. En ese mismo momento. Apretó las manos para reprimir sus instintos y entrando, comentó:

—¡Qué bien huele!

Dina dio un grito, se giró y se llevó la mano a la garganta.

—¡Qué susto me has dado!

—Lo siento. Creía que me habías oído llegar. ¿Dónde están los niños?

—Con Louise, arriba. Yo tenía que preparar los aperitivos para una fiesta y se ha ofrecido a cuidar de ellos mientras trabajaba.

—¿Eso quiere decir que no vamos a comer nada de esto? —Connor deslizó la mirada por las bandejas que ocupaban todas las superficies disponibles. El sol del atardecer se reflejaba en el frigorífico de acero inoxidable.

—Esta es la cena —Dina levantó la tapa de un puchero del que escapó vapor.

Connor aspiró y dijo:

—Huele de maravilla. ¿Qué es?

—Guiso de pollo —contestó Dina, tapándolo. Su mirada se encontró con la de Connor y por un segundo, él percibió en los de ella el mismo deseo que lo devoraba.

Como si adivinara sus pensamientos, Dina carraspeó, se separó de él y fue hacia las bandejas.

Connor se detuvo a su lado, tan cerca que sus brazos se rozaban. Notó que Dina contenía el aliento y sonrió para sí.

—¿Qué tienes aquí?

—Chimichangas de pollo, quesadillas de pimiento y espinaca, taquitos de ternera, jalapeños rellenos de queso y mini burritos de cerdo —enumeró ella, a la vez que iba cerrando las bandejas con tapas de plástico.

Connor robó uno y le dio un mordisco antes de que Dina pudiera quitárselo.

—¡Oye, es para mi cliente!

Connor emitió un gruñido de placer cuando los sabores estallaron en su boca. Todo tenía un aspecto exquisito, pero le bastó aquel bocado para saber que Dina era una artista. ¡Cómo no iba a querer abrir un restaurante si era una excepcional chef!

Masticando lentamente, sacudió la cabeza mientras miraba la

mitad del burrito que le quedaba.

—Esto es increíble —dijo en tono reverencial.

Dina sonrió, halagada.

—Gracias. Llevo cocinando desde esta mañana. Ahora tengo que ducharme y cambiarme para llevar la comida a mi cliente.

Connor terminó el burrito y preguntó:

—¿Dónde es la fiesta?

—En Long Beach —Dina apiló las bandejas cuidadosamente—. Tengo que darme prisa. Tú puedes sustituir a Louise. ¡Debe estar agotada!

—Long Beach está a una hora de distancia de aquí —comentó Connor. No le gustaba la idea de que tuviera que viajar sola por la noche—. ¿Te va a ayudar alguien?

—No. Es una fiesta pequeña. Puedo arreglármelas sola.

—¿Quieres que vaya contigo? Podría ayudarte con las bandejas, conducir… —se ofreció Connor.

Dina lo miró sorprendida.

—¿Te pasa algo? —preguntó, escrutando su rostro.

Connor pensó que era una buena pregunta. No estaba seguro de por qué estando con ella se sentía más vivo, más… Simplemente, más. Después de la semana en Irlanda, había descubierto que quería pasar el mayor tiempo posible con ella. Oírla reír. Verla cuando cuidaba de los niños. Que lo mirara con sus luminosos ojos. Alargar la mano en la cama y atraerla hacia sí. Pero como no estaba dispuesto a decir nada de eso, le dio una excusa menos comprometida.

—No me gusta la idea de que viajes tan tarde tú sola.

Dina sonrió, se puso de puntillas y le plantó un beso en los labios.

—¡Qué encanto!

Connor frunció el ceño. Él no era ningún encanto. Nadie lo describiría como tal.

—Dina —tomó la mano de esta cuando pasó a su lado. Sentía un torbellino de sensaciones que no quería analizar, pero quería decirle una cosa antes de que se fuera.

—Ahora no puedo hablar, Connor —dijo ella, mirándolo—. Tengo que irme.

—Un minuto no te retrasará —dijo él, apretándole la mano.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—Desde que hemos vuelto de Irlanda has dormido en tu dormitorio.

—Sí —dijo ella, tomando aire—. Me ha parecido mejor volver a la realidad.

—La realidad es un horror —Connor tiró de ella y la miró fijamente para que viera el deseo que lo consumía. Cubrió sus senos con sus manos y sonrió al ver que cerraba los ojos y suspiraba—. Te deseo, Dina. Ahora mismo, aunque estoy dispuesto a esperar hasta la noche.

—Connor… —empezó ella, pero calló y permanecieron pegados el uno al otro, mirándose. Hasta que Dina se humedeció los labios y posando sus manos sobre las de él, susurró—. Está bien. Esta noche.

—Y todas las siguientes —dijo Connor, sabiendo que estaba tentando la suerte, pero sin poder contenerse. Tocarla era a un tiempo una tortura y una delicia.

—Y las siguientes —concedió Dina, sacudiendo la cabeza como si fuera consciente de que era un error—. Sabes que es una locura, ¿verdad?

—No. La locura es no compartir lo que hay entre nosotros.

Dina rio brevemente.

—Aun así, es una mala idea.

—La mejor desde la invención de la pizza —bromeó Connor.

—Ya lo veremos —Dina se separó de él a regañadientes—. Pero ahora mismo, tengo que darme prisa. Volveré sobre la una.

—Te estaré esperando —dijo Connor, sintiendo el cuerpo pulsante y el corazón golpeándole el pecho.

—Muy bien —Dina fue hacia la puerta y Connor deslizó la mirada por sus torneadas piernas. Antes de salir, ella se volvió y dijo, amenazadora—: Ni se te ocurra probar nada más.

—Tú eres lo único que quiero probar —dijo él con voz queda.

—¡Oh, Dios mío! —Dina tragó saliva. Luego salió corriendo, como si temiera lo que podía hacer si seguía allí un minuto más.

Capítulo Nueve

Dina llegó a la casa de Connor agotada pero exultante. Había conseguido dos trabajos nuevos. Era increíble cuánto más podía hacer si contaba con ayuda. Aquel día había tardado la mitad de tiempo en preparar los aperitivos que cuando tenía que cuidar sola de los niños.

Entró y subió las escaleras a oscuras. Al llegar arriba se detuvo y miró alternativamente la puerta de Connor y la de su dormitorio.

En ese momento, se abrió la puerta de Connor. Este, con una mano apoyada en el marco, asomó la cabeza y dijo:

—No estarás pensando en echarte atrás.

—Me lo estaba planteando —contestó Dina, mirando hacia la puerta entornada de los trillizos.

—Yo tengo el monitor —dijo Connor, sonriendo con picardía—, así que si quieres oírlos, tendrás que estar conmigo.

Dina llevaba todo el camino pensando en aquel momento.

Irlanda había cambiado radicalmente su relación con Connor. Se había acostado con él, había descubierto que lo amaba, y seguía sin saber cómo iban a resolver la cuestión de la custodia. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder un milímetro en ese sentido, así que el sexo solo había añadido una nueva complicación.

Pero eso no significaba que se arrepintiera. Los dos días anteriores le había resultado difícil dormir sola. Había ansiado estar con él, pero no había querido asumir que Connor quisiera prolongar la intimidad que habían compartido en Irlanda.

Aquella tarde había averiguado que él quería lo mismo que ella y eso… no había resuelto nada.

—Te puedo ver pensar desde aquí —dijo Connor, irguiéndose. La iluminación en su espalda dibujaba la silueta de su cuerpo a

contraluz—. De hecho, casi puedo oírte pensar.

Dina se alegró de que no pudiera leerle el pensamiento.

—Hay muchos factores a tener en cuenta —comentó.

—No creas —Connor caminó lentamente hacia ella. Cuando llegó frente a frente, le posó las manos sobre los hombros y Dina se sintió recorrida por una lava caliente que borró las dudas que le quedaban. Al menos, por el momento—. Ya hemos llegado hasta aquí antes —Connor la miró fijamente—. No tiene sentido actuar como si no hubiera sucedido.

—Quizá la locura ha sido, precisamente, llegar hasta aquí.

Connor esbozó una sonrisa.

—Es demasiado tarde para planteárnoslo. Ven conmigo, Dina.

Dina fue consciente de que en realidad no le quedaba otra opción. No era capaz de detenerlo ni aunque terminara siendo el mayor error de toda su vida. Quería estar con Connor, y esa era una tentación a la que solo podía sucumbir.

—Sí —susurró. Y lo siguió a su dormitorio.

Un par de horas más tarde, Dina yacía acurrucada contra Connor, escuchando los acelerados latidos de su corazón, mientras su propio cuerpo seguía estremeciéndose y la sangre le corría aceleradamente con la fuerza del clímax que acababa de sacudirla.

Hacía una noche apacible, la luna se filtraba por la ventana y la brisa transportaba el olor del mar.

Dina observó la parte de habitación que veía desde su posición. La cama era tan grande como un lago, y había una ventana en forma de mirador con un banco de obra, acolchado, que invitaba a sentarse y contemplar la vista. Había también mesas y sillas, una chimenea y la puerta del cuarto de baño. Era lujosa y confortable a un tiempo.

Y aun así, Dina no conseguía relajarse. En su mente los pensamientos se sucedían sin orden, atropelladamente.

—Estás pensando.

—No puedo negarlo —dijo Dina.

—Yo también he estado pensando.

Dina levantó la cabeza para mirarlo.

—¿En qué?

—En nosotros. En el punto en el que estamos y en lo que queremos.

—Eso es mucho pensar —bromeó Dina, sin saber si alegrarse o preocuparse de que estuviera dando vueltas a las mismas cosas que ella.

—La situación entre nosotros ha cambiado —continuó Connor.

—Eso es verdad —dijo Dina, esperando a ver hacia dónde iba la conversación.

Connor se apoyó en un codo y la miró, al tiempo que le pasaba el otro brazo por la cintura.

—Seguimos teniendo que resolver el asunto de la custodia.

—Sí… —Dina empezó a inquietarse, aunque pensaba que estaba preparada para cualquier cosa.

—Deberíamos casarnos.

—¿Qué? —exclamó. Evidentemente, estaba menos preparada de lo que creía. Por una décima de segundo se preguntó si Connor la amaba.

Pero él mismo se encargó de aclararlo, al decir:

—Es la única solución lógica.

«Lógica». Dina aplastó cualquier idea de un mágico final feliz.

—¿Lógica? ¿En qué universo? —preguntó, sentándose abrazada al edredón.

Connor sonrió y Dina se maldijo por amarlo.

—Los dos queremos a los niños —explicó él—. Tú y yo nos gustamos. Podría funcionar.

Dina no podía creer lo que oía.

—Antes de que rechaces la idea —añadió Connor, como si pudiera leerle la mente—, piénsalo bien. Los dos saldríamos ganando.

—Es una locura.

Connor sacudió la cabeza.

—En absoluto. Es una idea genial.

Dina dejó escapar una carcajada. Lo cierto era que no sabía qué decirle. Una simple negativa era problemática, porque Connor seguía estando en una posición de ventaja respecto a los trillizos. Pero eso tampoco significaba que pudiera aceptarlo.

—Así yo tendré pleno acceso a mis hijos —continuó Connor.

—¿Y yo?

—Tú también, además de toda la ayuda que necesites —dijo Connor—. Piensa en todo lo que pudiste cocinar ayer. Si Louise cuida de ellos, puedes trabajar sin interrupciones.

—Eso es verdad —admitió Dina—, pero esa no es una buena razón para casarse.

—Aún hay más —siguió Connor—. Mi casa es lo bastante amplia como para que quepamos todos.

—Sí, pero…

Connor continuó como una apisonadora, sin dejarla hablar.

—Tú y yo evitaríamos pelearnos por ellos.

—Sí, pero…

—Y —dijo Connor con una irresistible mirada de picardía— tienes que admitir que el sexo entre nosotros es fantástico.

—Sí, pero…

—Luego está tu sueño de abrir un restaurante. Yo podría apoyarte económicamente.

Dina sintió una presión en el pecho y en su mente se encendió una alarma.

—¿Por qué harías eso?

Connor se encogió de hombros.

—El guiso que has hecho para cenar estaba increíble. El burrito, delicioso. Por cierto ¿queda alguno?

—No —Dina no sabía hacia dónde se encaminaba Connor, pero sospechaba que no iba a gustarle lo que iba a decirle.

—¡Qué lástima! —Connor cambió de posición para sentarse frente a ella. Al contrario que Dina, no se molestó en cubrirse y ella tuvo que concentrarse para no bajar la mirada de su rostro. Él continuó—: Para contestar a tu pregunta claramente: estoy dispuesto a apoyarte porque creo que eres una gran cocinera.

—Ahá —se limitó a decir Dina.

—Y así no tendrías que preocuparte del negocio de catering y podrías cerrarlo sin problemas.

—Entiendo —súbitamente, Dina se sintió una idiota. Mientras ella había estado pensando en ellos dos y en lo bien que se sentía en brazos de Connor, él planeaba estrategias—. Así que propones que cierre el catering y deje que me montes un restaurante.

—Exactamente —dijo Connor, que parecía encantado consigo mismo.

Dina habría querido abofetearlo, pero se dominó.

—Así que en lugar de aceptar tu dinero por los niños, lo aceptaría a cambio de casarme contigo.

Se produjo una pausa de unos segundos tras la que Connor, desconcertado, preguntó:

—¿Qué?

—Es increíble —Dina se levantó y tiró del edredón hasta que Connor se incorporó para dejarle tirar de él y envolverse como si fuera una túnica—. Te dije que no vendería a mi familia. ¿Qué te hace pensar que estoy dispuesta a venderme a mí misma?

—¿Quién ha dicho que te estés vendiendo? —preguntó él, alzando las manos.

—Tú, ahora mismo: «El sexo es genial. Cásate conmigo y te monto un restaurante» —Dina se retiró el cabello del rostro con un gesto de impaciencia—. A mí me parece que está muy claro. Basta con que siga teniendo sexo contigo para conservar a los niños y conseguir mis sueños.

—Dicho así, resulta ofensivo.

—Porque lo es.

—Para los dos —aclaró Connor. Sacudiendo la cabeza, se levantó y rodeó la cama para plantarse delante de Dina—. ¿Por qué la gente que no tiene dinero siempre se pone a la defensiva?

Dina resopló, indignada.

—¿De verdad crees que soy yo quien crea un problema? ¿No será que la gente con mucho dinero es extremadamente arrogante?

—No estoy siendo arrogante. Solo quiero ayudar.

—A mí no me lo parece.

—Estás malinterpretando mis intenciones.

—Será que estoy a la defensiva —masculló Dina, burlona, a la vez que daba una patada al edredón para caminar. No podía seguir parada. La sangre le hervía.

—Esta no era la respuesta que esperaba a mi propuesta.

—Tampoco es la propuesta que una mujer sueña recibir.

—Escucha un momento —dijo Connor—. No estoy hablando de amor, sino de alcanzar un acuerdo utilizando el matrimonio como medio.

Dina se detuvo ante la ventana y, girando la cabeza, le lanzó una mirada furibunda.

—Eso está muy claro.
—¿Por qué demonios estás reaccionado así?
—Lo increíble es que no lo comprendas.
Connor resopló y puso los brazos en jarras.
—Dina, no estoy intentando comprarte.
—¿De verdad? ¿Y por qué no haces más que ofrecerme dinero?
—¿Qué quieres que haga, que actúe como si no lo tuviera?
—Serías incapaz de hacerlo —dijo Dina entre dientes, volviendo la vista hacia el exterior. Las estrellas salpicaban el cielo y el océano se removía bajo la luz de la luna como las emociones que la devoraban.
—Estoy harto de tanto esnobismo.
—¿Perdona? —Dina se volvió y lo miró con ojos entornados.
Connor dejó escapar una risa seca.
—Me has oído perfectamente: te sientes amenazada por mi cuenta corriente.
Eso era verdad. El dinero significaba poder, y nadie lo sabía mejor que quien carecía de él.
—¿Y quién no lo estaría?
—Te estoy ofreciendo casarte conmigo, compartir a los niños y ayudarte a tener el restaurante con el que sueñas —Connor sacudió la cabeza—. ¿Cómo es posible que eso me convierta en el malo de la película?
—No se trata de maldad, sino de… portarte como un dictador —Dina volvió a retirarse el cabello de la cara—. No necesito que me digas cuándo debo cerrar mi negocio o abrir un restaurante. Soy capaz de conseguir mis propios sueños.
—Y yo puedo ayudarte. ¿Qué tiene eso de malo?
—Que quieres que haga algo porque tú piensas que es lo adecuado y asumes que voy a obedecer.
—¿De dónde sacas eso? —preguntó Connor, indignado.
Dina sabía bien cuál era el origen de su suspicacia. De todos los años en los que había visto a su madre cambiar su vida, su cabello, su personalidad, su risa, para agradar al hombre al que quería conquistar. Lo había hecho tantas veces que había acabado por difuminarse y dejar de ser ella misma, disolviéndose en las distintas falsas personalidades que había adoptado.
Dina no estaba dispuesta a pasar por eso, no dejaría que su

atracción por Connor aniquilara su identidad.

—No tienes por qué abrir un maldito restaurante. Puedes seguir con el negocio de catering —sugirió Connor.

—Muchas gracias —Dina se cruzó de brazos y golpeó el suelo repetidamente con el pie—. ¿Estás seguro de que una mujer que se dedica al catering es lo bastante buena como para un King?

—¿Qué quieres decir?

—¿No sería demasiado humillante?

—Estás loca. Uno de mis primos está casado con la reina de las galletas, otro con una mujer que tiene un invernadero de abetos, y podría seguir con más ejemplos, pero no vale la pena. El problema no soy yo, sino lo que te pasa a ti por la cabeza —sacudiendo la cabeza, Connor añadió—: Por mí, como si vendes tacos y pones un puesto delante de casa.

—¡Vaya, muchas gracias! —Dina no le creía. Connor estaba intentando manipularla. Le dolía el corazón y aun así, seguía amándolo. Y lo peor era que, con toda seguridad, lo amaría el resto de su vida.

—Está claro que no voy a acertar haga lo que haga.

Dina se pegó el edredón al cuerpo y, tomando aire, dijo:

—Quieres demasiado.

—Quiero a mi familia —la corrigió Connor—, y estoy dispuesto a incluirte en ella. ¿Cuál es el problema?

Dina no podía responder. No podía decirle que lo amaba porque Connor no quería saberlo. No podía decirle que su oferta para abrir un restaurante le partía el corazón al tiempo que la tentaba. Porque Connor quería demasiado, pero no le daba suficiente.

—Connor, no puedes casarte con alguien solo para resolver un problema de custodia.

—¿Por qué no? —exclamó él, señalando la cama con un brazo —. Dime que no acabas de tener el mejor sexo de tu vida.

Dina no podía mentir, así que dijo:

—El sexo no es razón suficiente para permanecer con alguien, ¿no crees?

—Claro que sí. De hecho, es una muy buena razón —dijo Connor, cruzándose de brazos—. Estás siendo demasiado emocional. Si lo piensas racionalmente, verás que tiene todo el sentido. Nos llevamos bien, esta casa es perfecta para los niños y

será aún mejor cuando mi primo Rafe construya la extensión…

Dina puso los ojos en blanco. Una vez más, Connor exhibía su talonario.

—… el sexo es genial. Tú me gustas y yo te gusto —siguió diciendo Connor.

En aquel momento eso no era cierto. Lo amaba, sí. Pero no le gustaba ni le caía particularmente bien.

El golpear del mar contra las rocas sonaba como la respiración del universo. Connor siguió hablando, y su voz, grave y seductora, se mezcló con los suspiros del mar.

—No tendremos que pelearnos por los niños, Dina —dijo, persuasivo—. Podemos compartirlos. A ellos y todo lo demás.

Dina lo miró. Sus ojos azules la observaban fijamente y ella habría querido sumergirse en sus profundidades. Lo amaba. No podía decírselo porque él no quería saberlo, y ella no quería otorgarle tanto poder. ¿Pero bastaba que una de las partes amara para tener un buen matrimonio?

—Piénsatelo —dijo Connor, acercándose y acariciándole la mejilla antes de abrazarla. Dina apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el pausado latir de su corazón—. Prométeme que vas a pensártelo.

Dina estaba segura de que no iba a poder pensar en otra cosa.

* * *

—Di que sí —le dijo Angelica Cortez al día siguiente a su nieta desde el otro lado de la mesa de una cafetería—. ¿Por qué no quieres aceptar?

—Porque no me ama —dijo Dina, revolviendo la leche en el café.

—Pero tú a él sí.

Dina alzó de pronto la cabeza y miró a su abuela fijamente.

—Yo no he dicho eso.

—Pero yo no estoy ciega, querida —dijo Angelica con dulzura.

La cafetería estaba llena, en su mayoría de gente que iba o volvía de la playa. En junio los días eran todavía frescos, pero no lo

bastante como para ahuyentar a los surfistas. El suelo estaba cubierto de una crujiente capa de arena, y cada vez que se abría la puerta, la brisa que entraba ayudaba a recordar que todavía no había llegado el verano.

Dina había salido pronto de casa y había dejado a Louise al cuidado de los niños. Necesitaba hablar con su abuela.

Rafe, el primo de Connor, iba a ir a verlo para empezar las obras. El proceso parecía seguir adelante al margen de lo que Dina decidiera. Una vez que la habitación para los trillizos se hubiera construido, Connor podría pedir la custodia de los trillizos. La única manera de evitarlo era casándose con él. Pero ¿cómo podía acceder si sabía que su matrimonio nunca sería como ella soñaba?

En aquel momento, mirando a su abuela a los ojos, Dina suspiró y dijo:

—Está bien, lo amo. ¿No te parece una buena razón para no casarme con él?

Su abuela rio divertida.

—El amor es la única razón para casarse. Los dos amáis a los niños. Ya estáis viviendo juntos… ¿Por qué no casaros?

—Porque sería solo un contrato —dijo Dina, bebiendo un sorbo—. Un mero acuerdo comercial.

—Un matrimonio concertado —Angelica asintió—. También lo fue el mío con tu abuelo, y funcionó perfectamente durante cuarenta y siete años.

—Eso es diferente, abuela —dio Dina, suspirando.

—¿Por qué? Que le ames es una ventaja.

—Yo no lo tengo tan claro.

—¿Y si fuera maravilloso? Si no lo intentas, no podrás saberlo.

—Pero si probamos y fracasamos, lo niños sufrirán.

—Por eso no podéis fracasar —Angelica posó su mano sobre la de Dina—. En muchos matrimonios concertados termina surgiendo el amor. ¿Por qué el vuestro no puede ser uno de ellos?

Porque Connor no quería una esposa, sino una compañera de cama y una madre para sus hijos. Y porque, a pesar de amarlo, Dina seguía temiendo que se revolviera contra ella, que le exigiera ser distinta.

—Tú no eres tu madre —dijo Angelica afectuosamente, como si le hubiera leído el pensamiento—. Confía en él. O mejor, confía en

ti misma.

* * *

Dos semanas más tarde, Dina cambió su apellido por el de King.

La boda fue una celebración discreta, a la que acudieron solo la familia y algunos amigos.

El patio trasero de Connor estaba decorado con guirnaldas, flores frescas y sillas y mesas distribuidas por el césped. Se oía música en los altavoces del jardín y los invitados se servían comida de la mesa en la que Dina había instalado el bufé que había preparado ella misma.

—Tu mujer es una cocinera espectacular.

Connor miró a Colton y luego desvió la mirada hacia Dina que, con un vestido palabra de honor largo color crema bailaba con Sage en brazos. Los otros dos trillizos pasaban de brazo en brazo y sus primos correteaban entre la gente, riendo y gritando.

—Desde luego que sí —dijo Connor, sin dejar de mirarla. El vestido se le deslizaba por el cuerpo como una caricia; su largo cabello oscuro flotaba alrededor de sus hombros al ritmo de los movimientos de su cuerpo. Riendo, echó la cabeza hacia atrás exponiendo su elegante cuello, y Connor habría querido acercarse y besárselo.

Para evitar excitarse, tuvo que mirar en otra dirección.

—Se ha negado a que contratara un catering —le dijo a su gemelo—. Quería hacerlo ella misma.

—Pues me alegro —Colton tomó otro miniburrito y lo comió de un bocado. Sonriendo, añadió—: Además, es guapísima.

—Sí.

—Pero jamás hubiera pensado que llegaras a casarte.

—Ya te he dicho que es una cuestión práctica, Colton —dijo Connor, volviendo a mirar a Dina.

—Sí, sí —dijo Colton, sarcástico—. Por eso estás babeando.

—Yo no… —Connor dio un sorbo a la cerveza antes de continuar—: Nunca he querido casarme porque jamás he creído poder confiar en una mujer lo bastante. Pero tomado como un

contrato, la cosa cambia —se encogió de hombros y al ver a Dina cambiar a Sage por Sam y seguir bailando, sintió una ternura que prefirió ignorar—. Si Dina comete algún error, me divorciaré de ella y conservaré a los niños. Si todo va bien, consigo sexo fantástico sin complicaciones emocionales. En cualquier circunstancia, salgo ganando.

La idea de divorciarse de su mujer le provocó un frío peso en el pecho que también decidió ignorar. Aunque no estaba seguro, sospechaba que había sido Angelica Cortez quien había convencido a Dina para que accediera a casarse con él. Y una vez casados, estaba decidido a evitar el divorcio por todos los medios. Miró a Dina y el frío se transformó en calor, como le sucedía siempre que la miraba. No se trataba solo de deseo, era algo más profundo, más intenso, pero a lo que no podía ponerle nombre. Ni quería intentarlo.

Colton lo observó prolongadamente y, sacudiendo la cabeza, tomó un nacho y lo untó con una de las salsas. Dio un bocado y dijo:

—Eres idiota. El matrimonio no es solo sexo, Connor. Es hablar, reír, confiar el uno en el otro. Y tú estás hablando ya de divorcio,

—No soy idiota, lo que quiero decir es que, haga lo que haga, no puedo perder.

—Te equivocas —dijo Colton, y terminó el nacho. Encogiéndose de hombres, añadió—: Confío en que llegues a comprenderlo. Por el momento, voy a bailar con mi mujer. Tú deberías hacer lo mismo con la tuya.

Capítulo Diez

La vida de Dina cambió instantáneamente.

Estar casada con un King abría muchas puertas. De pronto, su negocio de catering tenía más encargos que nunca. Habría querido sentirse molesta porque fuera su apellido y no su destreza culinaria la que atraía a los clientes, pero estaba demasiado feliz como para quejarse.

Preparar la comida de su boda no había sido sencillo, pero se había negado a contratar a otra compañía. Así que había trabajado dos días seguidos, y con la ayuda de Louise, lo había conseguido. A los invitados les había encantado, y además, dos de ellos habían llamado unos días más tarde para contratarla para sus respectivas fiestas.

Pero por mucho que su negocio fuera mejor que nunca, después de un mes de matrimonio, seguía ansiosa e insegura respecto al paso que había dado. Amar a Connor ya era inevitable, pero eso no la cegaba. A él el amor no le interesaba, y lo había dejado claro desde el principio. Y desde la boda lo había encontrado varias veces mirándola con una expresión pensativa que no sabía interpretar. Pero continuaba siendo el mismo hombre: irritante, encantador y seductor. Y cada noche, en su cama, conseguía borrar las dudas que la asaltaban durante el día.

Sentada sobre una manta extendida bajo un árbol del jardín, observó a los niños correr y parlotear entre sí en su lenguaje ininteligible. Eran felices, gozaban de salud, y los tres adoraban a Connor y su nueva casa. Los cinco estaban fundiéndose en una unidad, y aunque por un lado estaba feliz, por otro, Dina temía lo que pudiera suceder si algo iba mal. Pero en momentos como aquel, se decía que casarse con Connor era lo mejor que podía haber

hecho.

Desde la casa llegaba el ruido de paredes siendo derribadas, el sonido agudo de las sierras y las voces de los albañiles. Al ritmo al que estaban trabajando, terminarían en un par de semanas.

El mundo de Dina había dado un giro de ciento ochenta grados, y aunque le resultaba estimulante, también le hacía sentirse vulnerable.

Por otro lado, y aunque sabía el riesgo que corría por casarse con un hombre que no la amaba, no conseguía arrepentirse. Tenía a los trillizos y a Connor, y un negocio floreciente. No podía quejarse.

Tomó un bloc de notas y un bolígrafo y empezó a anotar ideas para el menú de la siguiente fiesta que tenía que organizar. Alzó la mirada hacia los niños, sonrió y escribió la lista de ingredientes.

De pronto oyó un agudo grito de dolor, tiró el cuaderno y salió corriendo.

Connor tenía un pila de documentos para leer y firmar y una reunión de trabajo en menos de media hora. Pero en cuanto terminara, tenía pensado marcharse. Esa idea le hizo sonreír porque, hasta recientemente, él siempre había sido el más responsable de la oficina. Llegaba el primero, se iba el último, solo pensaba en el negocio. Hasta la aparición de los trillizos y de Dina, no había tenido una vida propia. Pero desde entonces, los echaba de menos cada segundo que estaba separado de ellos.

Dos días antes habían ido a la playa. A los trillizos les había encantado la arena, el agua, las gaviotas. Todavía podía oír a Sadie reír al meter los pies en la gélida agua. A Sage le había interesado más comer la arena, y Sam se había dedicado a destruir cada castillo que Dina y Connor construían.

La sonrisa que se le dibujaba en los labios a Connor se intensificó al recordar a Dina en un biquini azul eléctrico.

Definitivamente, se iría pronto para ver si podían hacer otra excursión a la playa.

Nunca se habían plateado casarse, pero por el momento, solo le había dado satisfacciones. Aunque, por otro lado, le preocupaba sentirse cada vez más unido su esposa. Pensar en ella le hacía sonreír y eso podía convertirse en un problema. Jamás había estado

ansioso por volver junto a una mujer ni había sentido la peculiar emoción que lo invadía cada vez que Dina aparecía allá donde él estaba.

Pero seguía resistiéndose a admitir hasta qué punto su presencia lo afectaba.

—Connor.

Alzó la mirada y vio a Colton con gesto angustiado en la puerta de su oficina. Al instante sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Se levantó de un salto y dijo:

—¿Qué pasa?

—Ha llamado Louise. Sam se ha hecho daño y Dina lo ha llevado a urgencias.

Connor se sintió agarrotado por un frío helador. Un miedo primario le atenazó la garganta a la vez que su mente invocaba la imagen del niño, tan inconsciente, tan feliz, tan vulnerable. Obligándose a caminar, fue hacia la puerta.

—¿Está grave? ¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué no me ha llamado Dina?

—Lo ha intentado, pero estabas al teléfono con un cliente y Linda no te ha pasado la llamada —explicó Colton, acompañándolo hacia la salida.

—Lo siento —dijo la secretaria con los ojos llenos de lágrimas—. No me dijo que…

—No te preocupes —la tranquilizó Connor. Miró a su gemelo—: Voy al hospital.

—Claro. Llámame cuando sepas algo.

—Por supuesto.

Llegó a su coche en cuestión de segundos y en unos minutos estaba en la autopista. Afortunadamente, la oficina estaba cerca el hospital. Aun así, cada kilómetro se le hizo eterno.

Por su mente se sucedían imágenes angustiosas. Sam sangrando; Dina, sola, llorando abrazándolo contra su pecho. Connor podía incluso oír los gritos del niño y los de su hermano y hermana como reacción refleja.

El corazón parecía querer salírsele del pecho y tenía los nudillos blancos de apretar el volante mientras esquivaba el tráfico y aceleraba en cuanto tenía la menor oportunidad.

Aparcó en el primer espacio que vio junto a la entrada de

urgencias. Tenía que llegar junto a Sam, junto a Dina. Entró corriendo hasta el mostrador de recepción y lanzó una mirada a la sala de espera. Solo había varios adultos con niños llorando en sus brazos y gesto angustiado. Comprendía muy bien lo que sentían. Plantó las dos manos en el mostrador y dijo:

—Sam King. Cortez. ¿Dónde está?

Una mujer madura lo miró enarcando una ceja.

—¿Cortez o King? —preguntó.

Connor respiró profundamente para hacer acopio de calma y explicó:

—Cortez. Aunque pronto será King. ¿Qué más da? Es un niño, está herido y yo soy su padre.

La mujer pareció a punto de discutir con él, pero debió percibir la desesperación en su mirada y se apiadó. Connor estaba dispuesto a ofrecer construir un ala nueva para el hospital con tal de que lo llevaran con Sam.

—Consulta número dos. A la izquierda.

Connor fue a la puerta que le indicó e irrumpió en la sala. Dina, con Sam en brazos, se volvió. El niño tenía la cara cubierta de sangre y lágrimas, y respiraba agitadamente. Tenía el cabello revuelto y en cuanto vio a Connor, levantó sus regordetes bracitos y dijo:

—*¡Pa!*

Connor creyó que el pecho iba a estallarle. Tomó a Sam en brazos y lo estrechó contra su pecho. *¡Pa!*

Sam había dicho su primera palabra y la magia del instante borró brevemente el terror que sentía. Respiró profundamente el dulce y limpio aroma de Sam y sintió que el corazón se le tranquilizaba. Sam apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Connor a Dina.

En el rostro de esta se apreciaban las huellas del llanto. Sus grandes ojos marrones estaban húmedos, sus labios temblaban.

—Estaban jugando, yo estaba con ellos. Todo iba bien. De pronto le he oído gritar y cuando lo he tomado en brazos, he visto que le sangraba la pierna y…

Connor cambió a Sam de postura y vio que tenía un vendaje improvisado, manchado de sangre, en la pierna. Sam gimió y Connor le acarició la espalda para consolarlo.

—¿Con qué se ha cortado? ¿Lo has visto?

Dina asintió.

—Con un clavo grande que había en la hierba. Ha debido venir de la obra —sacudió al cabeza violentamente—. Debía haberlo pensado y tener más cuidado.

Se sentía tan culpable que Connor sintió lástima de ella. Con el brazo libre la atrajo hacia sí.

—No es tu culpa. Yo tampoco lo he pensado, pero hablaré con Rafe para que haga que sus chicos pasen un detector de metales a diario antes de marcharse.

Dina sacudió la cabeza contra su pecho.

—No les va a hacer ninguna gracia.

—Les pagaré extra.

Dina rio brevemente y lo miró.

—A veces tu talonario viene muy bien.

Connor sonrió y le besó la coronilla.

—Los accidentes son inevitables —con Sam y Dina apretados contra su pecho, añadió—: Recuérdame que te cuente todas las veces que Colton y yo acabamos en urgencias. Nuestra madre solía decir que iban a terminar asignándonos una habitación.

Percibió que Dina se relajaba y sonreía a pesar de todo. Sam estaba herido, pero no corría peligro. Dina estaba a su lado. Y por primera vez desde que Colton había entrado en su oficina, Connor pudo respirar tranquilo.

—¿Qué ha dicho el medico?

—Nada —Dina volvió a levantar la mirada hacia él—. Todavía no hemos visto a nadie.

—Eso es inadmisible —dijo Connor—. Toma a Sam. Voy a por un médico.

Se abrió la puerta y entró una mujer joven con una cálida sonrisa, cabello cobrizo y un oso de peluche en el estetoscopio.

—Hola, soy la doctora Lamb —comprobó la hoja que llevaba en la mano y luego miró al niño—: Este debe ser Sam.

El pequeño levantó la cabeza, la miró y ocultó el rostro en el hombro de Connor.

Connor se sintió poseído por el más primitivo sentimiento de protección. Sam esperaba que cuidara de él, que lo mantuviera a salvo. A regañadientes, y más al sentir que el niño se asía a su

camisa con fuerza, lo echó sobre la camilla.

La doctora Lamb sacó de un cajón un pequeño elefante de peluche, lo extrajo de la bolsa de plástico que lo envolvía y, mirando a Sam a los ojos, se lo dio con una sonrisa.

—¿Me sujetas esto mientras yo te miro la pierna?

Sam lo tomó con desconfianza y lo asió con ambas manos. Connor apretó la mano de Dina. Luego la soltó y cada uno se puso a un lado de la doctora. Connor odiaba sentirse tan inútil. Se pasó una mano por la nuca y observó a la doctora explorar a Sam.

Cuando esta concluyó, dijo:

—Va a necesitar unos cuantos puntos.

—Oh, no —musitó Dina.

—No se preocupe —dijo la doctora, sonriendo para no inquietar a Sam—, le pondremos un espray anestésico. No notará nada, se lo prometo. ¿Ha cumplido el calendario de vacunación?

Connor palideció.

—No tengo ni idea —dijo, mirando a Dina.

—Sí —dijo esta—. No he traído su historial, pero si me permite usar su ordenador, puedo conseguirlo enseguida.

—No es necesario. Para estar tranquilos, le daré una pequeña dosis de antitetánica.

Mientras la doctora se preparaba y Dina entretenía a Sam, Connor se dio cuenta de que, de no haber estado Dina, no habría podido proporcionar aquella información. Todavía le quedaba mucho que aprender y descubrir. Y debía acelerar el proceso de adopción de los niños para que llevaran su apellido.

Miró a Dina jugar con Sam y con el elefante. Era una madre maravillosa y una mujer excepcional. Puesto que estaban casados, tenía sentido que también ella adoptara a los niños. Hacerlo oficial. Ser todos ellos King. Una familia.

Se sentía mejor teniendo a Dina a su lado, compartiendo la preocupación y la ansiedad. Hasta entonces siempre había estado solo, nunca se había sentido paralizado por el pánico. Pero tampoco había tenido hijos antes, y acababa de descubrir que el miedo a que sufrieran lo acompañaría el resto de su vida. Sin embargo, la presencia de Dina lo aliviaba hasta un punto que lo desconcertaba. En el poco tiempo que había trascurrido desde que se conocían, Dina se había hecho un hueco dentro de él, en un lugar profundo al

que nadie había accedido antes.

En ese instante, como si hubiera intuido que la observaba, Dina lo miró y sonrió. Y en respuesta, el corazón de Connor dio un salto de alegría. Ella volvió de nuevo a prestar atención al niño, pero el daño ya estaba hecho. Aquella sonrisa, aquellos enormes y preciosos ojos oscuros, su calidez, acabaron por derrumbar la última muralla defensiva.

Fue en aquella pequeña habitación impregnada de olor antiséptico donde Connor se dio cuenta de que no podía ignorar por más tiempo la aterradora verdad. Estaba enamorado de su esposa. Y saberlo, lo sacudió hasta las entrañas.

Bien. Desde hacía dos semanas en la sala de urgencias, Connor había tenido que aceptar que estaba enamorado de Dina. Pero seguía sin confiar en ella, así que se guardó sus sentimientos para sí a la espera de que cometiera un error que confirmara que era como las demás mujeres que había conocido.

Pero hasta el momento, no lo había cometido.

Al contrario, seguía demostrando que era como decía ser: fuerte, independiente, afectuosa. ¿Por qué entonces él no conseguía bajar la guardia?

Porque amarla era un riesgo, y mientras ella no supiera lo que sentía, el riesgo quedaba mitigado. ¿Era cobardía? Se lo preguntaba ocasionalmente, pero prefería pensar que se trataba de inteligencia. Se había sentido utilizado demasiadas veces como para librarse de su desconfianza en tan poco tiempo, por mucho que Dina fuera distinta a todas y no mostrara interés en su dinero, o incluso se hubiera mostrado ofendida cuando le había intentado ayudar económicamente.

Pero cómo podía estar seguro de que su comportamiento era genuino en lugar de una magnífica interpretación para engañarlo. Resultaba estúpido incluso pensarlo. Pero Connor no conseguía confiar en ella plenamente. Después de todo, solo se conocían desde hacía un mes. Podía darse más tiempo. Unos meses. Incluso un año. Si realmente era como aparentaba ser, le diría que la amaba. Pero antes, tenía que estar seguro.

Había encargado a Dina el catering de una fiesta de su empresa

a la que acudían los cincuenta socios y clientes más importantes, y llevaba toda la noche recibiendo cumplidos, no solo sobre la comida sino sobre la suerte que tenía de haberse casado con ella. La fiesta había sido un gran éxito.

La mayoría de los invitados ya se habían marchado. Dos de ellos salían en aquel momento y Connor les oyó comentar:

—¡Quién iba a imaginar que Connor King acabaría casándose!

—Y con una mujer con hijos. ¿De verdad crees que son suyos?

—Quién sabe —en ese momento, Connor se escondió en la sombra para que no lo vieran—. Pero te diré una cosa: si yo tuviera la oportunidad de llevarme a la cama a una mujer como esa, me daría lo mismo que me mintiera. No sería la primera vez que una mujer sin nada se casa con un hombre rico para medrar.

—Si van a utilizarte, al menos que lo haga una mujer que cocina así y que es tan guapa como esta.

Cuando desaparecieron, Connor acudió a despedirse de los demás invitados, pero la conversación no dejó de resonar en sus oídos. La gente estaba murmurando. No lo tomaba de sorpresa. Pensaban que había sido utilizado. ¿Sería verdad?

—Ha sido una fiesta maravillosa, Connor. Gracias por invitarnos.

—Ha sido un placer —dijo Connor, estrechando la mano de David Halliwell, uno de sus clientes.

Hacía una cálida noche de agosto. Los árboles estaban iluminados con luces blancas y de fondo se oía música de piano.

Connor estaba deseando quedarse a solas con su mujer. Quizá se equivocaba y había llegado el momento de decirle que la amaba.

—Tu mujer es un genio —dijo Mary Halliwell—. La he contratado para que prepare nuestra fiesta de aniversario el mes que viene y mi hermana la va a llamar para la inauguración de su tienda de moda.

—Seguro que está encantada —dijo Connor, sintiéndose orgulloso del éxito de Dina.

—Ya le he dicho que ahora que es una King, tiene abiertas todas las puertas —añadió Marian.

—¿Ah, sí? —Connor miró hacia Dina, que estaba supervisando la recogida.

—Ella ya lo sabía, claro —siguió Marian—. Me ha dicho que casarse con un King es la mejor decisión comercial que ha tomado

en su vida.

Connor miró a su interlocutora.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

La sospecha volvió a hacerse un lugar en su mente. ¿Una decisión comercial? Dina se había casado con él, había adoptado su apellido y estaba consiguiendo el éxito profesional con el que había soñado. Él le había hecho una proposición puramente comercial y ella la había rechazado, ofendida. Pero aparentemente, eso había dejado de preocuparla, justo cuando era él quien quería que su matrimonio fuese algo más.

—Vamos, Marian —intervino el marido de esta—. Es hora de que nos vayamos.

—Claro —dijo ella, siguiéndolo. Volvió la cabeza y dijo a Connor—. Dile a Dina que la llamaré esta semana.

Connor asintió y la despidió con la mano, pero estaba distraído. Las dudas lo asaltaban; el comentario de Marian lo había alterado profundamente. Su desconfianza emergió a la superficie y desplazó cualquier noción de decirle a Dina lo que sentía.

Al otro lado del jardín, Dina se desplazaba bajo las estrellas y las luces de los árboles y parecía un hada. Mientras Connor la observaba, un hombre se acercó a ella y la llevó hacia la sombra. Instintivamente, Connor fue en esa dirección, con la mirada fija en los arbustos tras los que el hombre conducía a Dina. Connor aceleró. ¿Qué iba a encontrarse? ¿Había accedido Dina a acompañarlo?

—Bonita fiesta.

Dina tuvo que forzar una sonrisa cuando se volvió y vio al hombre que había hablado. Llevaba media hora siguiéndola a todas partes. Debía tener unos cuarenta años y vestía un traje caro. Además, y gracias a los numerosos viajes que había hecho al bar, parecía sentirse irresistible.

—Gracias. Me alegro de que te guste.

—Connor siempre ha tenido suerte con las mujeres —dijo el hombre, aproximándose y acariciándole el brazo.

Dina retrocedió, pero él la siguió y ella se incomodó al darse cuenta de que estaban solos en un rincón oscuro.

—Gracias, pero si no te importa…

—No hace falta que huyas —dijo él, tomándola con fuerza del brazo—. Yo tengo tanto dinero como Connor. Los dos podríamos pasarlo muy bien.

—¿Perdona? —Dina, indignada, intentó soltarse infructuosamente. Estaba en una situación delicada: no quería montar una escena, pero tampoco podía consentir que aquel hombre la tratara así.

—Vamos, dame un besito y te dejo en paz.

—Vas a tener que dejarme en paz sin el beso —dijo ella. No quería estropear la fiesta de Connor, pero si aquel hombre insistía iba a empezar a gritar.

—Solo un beso, vamos.

—¡Suéltame ahora mismo! —dijo Dina, forcejeando.

—Eres preciosa —el hombre se puso delante de ella, bloqueándola y de espaldas a la fiesta—. Solo un beso. Te va a gustar.

—No, yo… —el hombre inclinó la cabeza y Dina se echó hacia atrás, pero antes de que la boca de él la rozara, alguien lo empujó hacia un lado.

Dina miró a Connor y sintió que su corazón se henchía. Era el caballero andante que acudía al rescate de su dama. En cuestión de segundos, el borracho se marchaba a trompicones, farfullando una disculpa. Afortunadamente, la mayoría de los invitados ya se habían ido. De hecho, Dina miró a su alrededor y descubrió que estaban solos. Faltaba poco para terminar de recoger y el equipo de limpieza no tardaría en marcharse.

—Gracias —dijo Dina, volviendo a mirar a Connor—. Solo estaba borracho, pero…

Entonces notó que Connor la miraba con dureza y un rictus severo. Seguía furioso, pero no con el hombre que había desaparecido, sino con ella.

—¿Connor?

Este la observó con frialdad.

—Hablaremos más tarde, cuando se hayan ido todos. Ven a verme al salón.

Dina lo vio alejarse con paso decidido y sintió un vacío en su interior. Aun así tenía que terminar el trabajo y obligarse a entrar

en acción. Pero sus pies parecían de cemento. Se sentía herida y confusa. ¿Qué demonios estaba pasando?

Cuando se fueron los últimos empleados, era tarde. Los trillizos dormían, Louise estaba en su dormitorio y la casa estaba en silencio y a oscuras. Dina metió los últimos platos en el lavavajillas, lo puso en marcha y solo entonces se permitió pensar en lo que había pasado un rato antes.

Seguía sintiéndose herida, pero la rabia empezaba a superar el dolor. No había hecho nada malo y aun así Connor estaba, evidentemente, enfadado con ella. Pero no se dejaría amilanar. El rumor del lavavajillas la siguió fuera de la cocina. Sus pisadas resonaron en el suelo de madera en su recorrido hacia el salón.

Connor estaba delante del gran ventanal, mirando hacia fuera. Tenía las manos en los bolsillos, y de no haberlo conocido tan bien como para percibir la tensión que lo dominaba, Dina habría pensado que estaba relajado.

—¿Connor?

Él se volvió lentamente, con una expresión tan severa que sus facciones parecían talladas en piedra. Tenía las facciones crispadas y una heladora frialdad en la mirada.

—Si vas a engañarme —dijo casi en un susurro—, al menos sé discreta.

—¿A engañarte? —Dina repitió, atónita. Pero recuperándose de la sorpresa, dijo—: ¿Es eso lo que crees que has visto? ¿Estás loco? —dijo, dando un paso adelante—. Ese hombre estaba borracho y llevaba rato molestándome. Estaba intentando librarme de él sin causar una escena. ¿No te has dado cuenta cuando has intervenido?

—Yo solo he visto que os encaminabais hacia la sombra.

—Él estaba arrastrándome hacia los arbustos.

—Y se supone que tengo que creerte.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? Yo no engaño ni miento, Connor.

—Ya veo, solo utilizas a la gente para conseguir lo que quieres.

—¿De qué estás hablando?

Connor se acercó a Dina lentamente.

—Pensaba que eras diferente y casi me engañas. Pero todo ha sido un montaje, ¿verdad? Conseguiste que me casara contigo…

Dina rio con sarcasmo.

—¿Que conseguí que te casaras conmigo? Tú fuiste quien me

convenció de que me casara contigo.

—Claro. Pero antes hiciste que te deseara tanto que no podía ni pensar. Te mudaste aquí y te convertiste en parte de mi vida —Connor se frotó la nuca—. Me volviste loco para poder manipularme y que acabara proponiéndote…

—¿Manipularte yo a ti? —Dina estaba fuera de sí de ira—. Eres un engreído, arrogante…

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —preguntó Connor sacudiendo la cabeza—. Lo convincente que has estado al indignarte cada vez que te he ofrecido ayuda económica.

—¿Convincente? No estaba actuando. No quería tu dinero entonces y no lo quiero ahora.

—No, solo quieres mi apellido. Supongo que eso era lo que querías desde un principio —Connor se acercó, pero Dina, en lugar de retroceder, alzó la barbilla para mirar los ojos que tan bien creía conocer. No había nada familiar en ellos. Solo desconfianza y rabia.

Dina podía oponer a la furia de Connor la suya, o buscar dentro de sí un vestigio de calma. Intentar ser razonable. El dolor venció a la indignación; y el frío que sintió la caló hasta los huesos.

—No sé de qué estás hablando.

—Le has dicho a Marian Halliwell que casarte conmigo era la mejor decisión comercial que habías tomado.

¿Era eso posible? Había hablado con tanta gente durante la fiesta que le resultaba imposible recordar. Pero era innegable que haberse casado con Connor había sido beneficioso para su negocio. Como lo era que su apellido no le habría dado trabajo de no haber sido una buena profesional. Eso era distinto a aceptar su dinero.

—El apellido King te ha dado muchos clientes, ¿no?

—Tú mismo me has contratado dos veces —señaló Dina.

Connor hizo un ademán despectivo con la mano.

—Me estás utilizando, Dina.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —Dina lo miró fijamente con lágrimas en los ojos, pero se negaba a llorar.

—Sí —se limitó a contestar él—. ¿Creías que no me iba a enterar de que utilizabas mi nombre para conseguir más contratos? ¿Pensabas que no me iba a importar?

—Yo no he hecho eso, Connor —Dina se sintió orgullosa por mantener un tono apaciguado a pesar de que temblaba y sentía un

agudo dolor en el pecho, el corazón destrozado.

Una parte de ella había estado esperando a que el cuento de hadas acabara; que Connor se deshiciera de ella, que la realidad la aplastara. Amaba a Connor, pero eso no era bastante. Él ni siquiera la conocía. De otra manera, jamás le habría lanzado aquellas acusaciones. Y el amor sin confianza estaba abocado al fracaso.

—Yo no engaño ni miento, Connor —repitió—. Y no utilizo a la gente —sin desviar la mirada de él, dominó su indignación y sus palabras se tiñeron de dolor—. Pero no eres capaz de verlo porque estás demasiado ocupado esperando a que la gente te falle. Has hecho lo posible para tergiversar las cosas y convertirme en culpable porque tienes miedo.

—Yo no temo a nada —dijo él, despectivamente.

—Claro que sí —Dina alzó la mano, pero en lugar de abofetearlo, la posó en su mejilla—. Reconozco las señales porque yo también he tenido miedo; y esta noche me acabas de demostrar que tenía motivos para tenerlos. No te he utilizado, Connor. No me he casado contigo para mejorar mi negocio, ni por los trillizos, ni lo hice antes a pesar tus ofertas económicas. Solo me he casado contigo porque te amo.

Connor parpadeó y la miró con ojos entornados. Dina dejó caer la mano y continuó:

—Y esa mirada de incredulidad es la que me ha impedido decírtelo antes.

—¿Qué quieres que diga? —farfulló Connor.

—Nada. Ya has dicho demasiado. Es tarde. Estoy cansada. Me voy a la cama, a mi antiguo dormitorio.

Dina dio dos pasos hacia la puerta, pero se detuvo cuando Connor preguntó:

—¿Te ha hecho daño?

Dina lo miró por encima del hombro y preguntó a su vez:

—¿Quién?

—John Ballas, el hombre que te ha molestado —Connor mantenía un expresión sombría—. ¿Te ha hecho daño?

Dina sacudió la cabeza y dijo:

—Solo estaba borracho. De no haber aparecido tú, habría podido desembarazarme de él sola —tras una pausa, añadió—: Pero para responder tu pregunta: no. No es él quien me ha hecho daño,

Connor.

Capítulo Once

Connor había pasado la noche en vela en el sofá de su oficina, reviviendo la escena con Dina. Y, por más que intentó analizarla desde distintos puntos de vista, el resultado final siempre era el mismo: se había comportado como un idiota. Incluso si tenía razón, había actuado erróneamente.

Ni siquiera sabía qué le había hecho saltar. Solo sabía que llevaba dos semanas en tensión. De hecho, desde la tarde que se había dado cuenta de que amaba a Dina. Eso lo había sacudido hasta las entrañas. Pero aun así, había seguido actuando como si no pasara nada. Entonces sus invitados habían empezado a alabar el talento de Dina y a decir que iban a contratarla para sus próximas celebraciones. Él la había observado sonreír, feliz, relacionándose con la gente, y una voz interior había empezado a susurrarle que solo estaba usando su apellido para promocionarse; que no era diferente a las mujeres que antes que ella habían intentado utilizarlo.

Connor se levantó y fue a hacerse un café mecánicamente mientras seguía pensando en Dina, en la sonrisa que iluminaba su rostro cuando lo miró después de que él empujara a John Ballas, en lo desconcertada que se había quedado al ver que la trataba con aspereza.

¡Dios! Connor apoyó las manos en la mesa mientras oía el borboteo del café. Había rescatado a su mujer de un indeseable para luego volverse contra ella.

—¿Quién haría algo así?

—¿El qué?

Connor no se molestó en reprimir un gruñido de desesperación cuando miró y vio a Colton en la puerta. Aquella mañana no

parecían gemelos. Evidentemente, Colton había dormido bien, se había afeitado y no llevaba la misma ropa que la noche anterior. Además, su vida no pendía de un hilo.

—¿Qué has hecho?

—Qué no he hecho, sería una pregunta más apropiada —dijo Connor, volviéndose hacia el negro líquido que iba asomando en la cafetera.

—En serio, Connor, ayer en la fiesta te vi más tenso que nunca. Parecías cargado de electricidad.

—Ya lo sé.

—Vuelvo a preguntarte: ¿qué has hecho?

—Comportarme como un imbécil —masculló Connor.

—Eso ya me lo imaginaba desde que Penny ha hablado con Dina esta mañana.

Connor giró la cabeza bruscamente hacia su hermano y lo miró con ojos entornados.

—¿Está bien?

—¿Hay alguna razón por la que pudiera no estarlo?

Muchas, pensó Connor, pero evitó decirlo. Había ciertas cosas de las que uno no hablaba ni siquiera con su hermano gemelo.

—Dame un respiro, ¿quieres?

—Uno y hasta dos, si prefieres —dijo Colton, sarcástico.

—No estoy para bromas —masculló Connor—. ¡Por fin sale el café! —tomó la cafetera y, sirviéndose una taza, bebió un confortador sorbo. Pero ni el calor ni la cafeína hicieron nada por aliviar el vacío que sentía en el centro del pecho. Y estar plenamente despierto solo hacía que lo sintiera con mayor intensidad.

—¿Qué demonios ha pasado?

—La verdad es que no lo sé —dijo Connor. Llevaba horas repasando lo que había sucedido y seguía siendo incapaz de saber por qué había estallado. Sacudió la cabeza y dio otro sorbo al café antes de preguntar—: Dices que Penny ha hablado con Dina. ¿Cómo está?

—Herida, confusa, enfadada.

Connor se pasó la mano por la cara y resopló.

—No me extraña —dijo.

—Cuéntamelo, Connor —insistió Colton.

—No sé por dónde empezar —dijo Connor, yendo hasta el sofá y sentándose con los codos apoyados en las rodillas—. Hace días, quizá semanas, que estoy en tensión. Anoche… estallé —miró a su hermano—: Estoy enamorado de ella.

—¡Menuda exclusiva! —dijo Colton con sorna.

Connor frunció el ceño y continuó:

—Para mí lo ha sido. Y no es una noticia que me alegre especialmente —se reclinó en el respaldo y se cubrió los ojos con un brazo—. No quería amarla. Me resulta demasiado arriesgado, demasiado complicado. Quizá solo estaba buscando motivos para que no me gustara.

—¿Por qué?

—¿Y tú me lo preguntas? —Connor miró a su hermano, airado —. ¿Cómo reaccionaste tú cuando te enteraste de que Penny te había mentido, que no te había dicho que eras padre?

Colton se removió, incómodo.

—La situación era diferente.

—En absoluto. Yo me enteré de que tenía tres hijos de los que no sabía nada —Connor dejó bruscamente la taza de café en la mesa que tenía ante sí y se puso en pie—. Jackie, mi mejor amiga, me mintió y desapareció de mi vida para poder ocultar su mentira. Me utilizó. Y si Jackie fue capaz de hacer algo así, ¿qué puede llegar a hacer Dina?

—¿Piensas juzgar a todo el mundo usando a Jackie como patrón?

—No es solo por Jackie —Connor caminó arriba y abajo, y mientras hablaba, fue enfureciéndose y diciéndose que quizá no había estado equivocado la noche anterior—. ¿Cuántas mujeres han intentado atraparnos por nuestro dinero, por nuestro apellido? ¿Te has olvidado de cómo huiste de Penny? ¿No duró tu matrimonio menos de veinticuatro horas antes de que salieras corriendo? —Connor señaló a su hermano con el dedo—. Entonces me dijiste que amabas a Penny, pero que no confiabas en ella.

—No estamos hablando de mí —dijo Colton, airado.

—Te equivocas. Somos gemelos. ¿Por qué te cuesta tanto aceptar que estoy haciendo lo mismo que tú?

—Exactamente —Colton fue hasta Connor y se detuvo frente a él —. ¿Es que no lo ves? ¿Por qué no aprendes de mis errores? Estás

haciendo lo mismo que yo, y yo me equivoqué. Si no recuerdo mal, fuiste tú quien entonces me dijo que estaba siendo un idiota.

Connor hizo una mueca.

—Es verdad que hui de Penny —continuó Colton—. Y no me enorgullezco de ello, sino que me hace sentir como un cobarde.

—Era yo quien estaba equivocado. Hiciste bien en seguir tu instinto.

Colton rio con amargura.

—Si lo hubiera hecho, habría permanecido con ella, porque instintivamente, sabía que Penny era la mujer de mi vida. Pero preferí dejarme llevar por el miedo, igual que estás haciendo tú ahora.

Connor dejó escapar una carcajada que le rasgó la garganta. Fue hasta la ventana desde la que se divisaba la playa. El sol teñía el cielo de rosa y unas nubes blancas salpicaban el cielo. Los surfistas disfrutaban ya del agua, como corchos que se balanceaban sobre sus tablas, esperando las olas. Lo que debía haber sido una escena apacible no contribuyó a aflojar los nudos que sentía en su interior.

—Yo no tengo miedo a nada —dijo. Entonces las palabras de Dina resonaron en sus oídos: «Tienes miedo, Connor. Lo sé porque yo también lo he tenido». Pero las apartó de su mente.

—¿Crees que no te conozco? —replicó Colton—. ¿No te das cuenta de que estás paralizado de miedo?

—Vete de aquí.

—No. Pienso salvarte de ti mismo.

—Márchate, Colton. Haznos ese favor a ambos.

—Por más que te empeñes en estropear las cosas, no vas a conseguirlo —Colton fue hasta Connor y continuó, mirando hacia el exterior—: Yo también lo intenté. Traté de convencerme de que Penny quería utilizarme, que quería mi dinero. Pero solo me quería a mí —sacudió la cabeza lentamente, como si todavía le costara creer lo afortunado que era.

—Eso solo demuestra que tiene mal gusto —masculló Connor.

—Bromea todo lo que quieras. Es más fácil que enfrentarte a la realidad. Yo también lo intenté, pero tampoco funcionó.

Connor recordaba por lo que habían pasado Colton y Penny hasta aceptar que debían estar juntos. También recordaba que le había resultado divertido seguir el proceso. Pero no tenía la menor

gracia cuando uno era el protagonista y no un mero testigo. Cambió de tema:

—John Ballas intentó ligar con Dina en la fiesta de anoche.

Colton se tensó.

—Es un bastardo. Hizo lo mismo con Penny. Ella le tiró la copa por la cabeza. Ese tipo cree que puede hacer lo que le dé la gana.

—Pues hemos acabado con él. Me da lo mismo perderlo como cliente.

—Perfecto. ¿Cómo se libró Dina de él?

Connor se metió las manos en los bolsillos y apretó los puños.

—No lo consiguió. Los vi ir hacia los arbustos e intervine. Lo tiré al suelo de un empujón.

—Me alegro. Me habría encantado tener la oportunidad de hacerlo yo.

—Luego —continuó Connor— acusé a Dina de engañarme.

Decirlo le hizo sentirse avergonzado. Sabía bien cómo era John Ballas. Sabía que Dina no lo engañaba. La habían acosado y él, en lugar de defenderla, la había atacado.

Colton lo miró boquiabierto.

—¿Te has vuelto loco?

—No lo sé —admitió Connor—. Es posible.

Colton dejó escapar un silbido.

—Ahora entiendo lo furiosa que estaba Dina esta mañana.

—Esa no era la única razón.

—Connor…

—La verdad es que no necesito que me digas nada más —dijo Connor.

Colton escrutó su rostro.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Necesitas oírlo de Dina. Pero no va a ser fácil, porque se ha ido.

—¿Qué quieres decir? —Connor sintió que su corazón se detenía, que el mundo se paraba—. ¿Por qué no lo has dicho antes? —fue hacia la puerta.

—Quería oír tu versión. Ahora que la conozco, no la culpo.

—Gracias por apoyarme.

—Te apoyaré cuando hagas bien las cosas —Colton sacudió al cabeza—. En esto, estás solo.

Solo. Connor pensó que así era como se había sentido siempre

mientras las palabras de su hermano resonaron en sus oídos al salir de la oficina. Nunca había dejado que nadie se acercara a él, al menos nadie fuera de la familia. Menos Jackie, y también ella lo había traicionado. ¿No justificaba eso su comportamiento? ¿No explicaba por qué desconfiaba de todo el mundo?

Pero su desconfianza lo había conducido hasta aquel instante, en el coche, camino al sur. Intentó contener el pánico que lo recorría. Daba lo mismo lo que Dina le hubiera dicho a Penny. Ella no se marcharía. Lucharía. Connor pensó en todas las veces que se había mantenido firme ante él, que no había cedido por más que hubiera intentado convencerla recurriendo a su dinero, a su poder.

Intentó convencerse de que Dina era demasiado testaruda, demasiado inflexible como para admitir que estaba equivocada. Pero entonces recordaba la expresión de su rostro la noche anterior. El roce de su mano en su mejilla y su mirada de tristeza cuando él había reaccionado con escepticismo ante su declaración de amor.

Golpeó el volante con la mano y bajó el parasol para protegerse del sol de la mañana. Si Dina se había ido, la seguiría y aclararía las cosas. Pero ¿cómo? ¿Sería capaz de abandonar sus sospechas y confiar en ella? Y si no lo conseguía ¿estaba dispuesto a correr el riesgo de perderla?

No. La mera idea de no volver a verla lo asfixiaba. ¿Qué había dicho Colton? Que sabía que Penny era la mujer de su vida.

Dina era esa mujer para él. La excepción en un millón que jamás había creído que existiera. Y él había sido demasiado estúpido como para saberlo hasta que era demasiado tarde. No. No lo era. Encontraría la manera de solucionarlo. En contra de lo que pensaba su hermano, él era un tipo listo. Había una respuesta, y la encontraría.

Cuando llegó a su casa, saltó del coche y, entrando precipitadamente, subió las escaleras de dos en dos. Había demasiado silencio. Los niños debían haber estado jugando, riendo. Debía oler a huevos revueltos y café. Pero no había nada de eso.

La casa, como él, parecía abandonada.

Fue hasta la puerta del cuarto de los niños y se paró en seco. Estaba vacío. Se obligó a entrar como si creyera que, si se fijaba los

bastante, Dina y los niños se materializarían ante sus ojos. Pero no había nadie, y sus pisadas resonaron en el silencio.

Deslizó la mirada por la habitación que había construido Rafe. Era un gran espacio, con un gran ventanal con rejas de seguridad y un cuarto de baño adaptado al tamaño de los niños. Había tres cunas idénticas que podían transformarse en camas a medida que los niños crecieran, estanterías con libros y juguetes. El suelo de madera estaba cubierto con mullidas alfombras. En las paredes colgaban fotografías y pósteres con personajes de cuentos.

Mecánicamente, Connor fue hasta una fotografía de Jackie y Elena y, mirando a su amiga a los ojos, sintió que finalmente su enfado se diluía. Le había mentido. Pero gracias a ella y a Elena, él tenía a los trillizos. Y hasta la noche anterior, a Dina.

Tenía que recuperarla.

Corrió escaleras abajo y casi se chocó con Louise.

—¿Cuándo se han ido? —preguntó a bocajarro.

Ella se cruzó de brazos y frunciendo el ceño, dijo:

—Antes del desayuno. Estaban llorando. Todos.

Connor vio las lágrimas asomar a los ojos de Louise y tuvo que tragar saliva para controlar su sentimiento de culpabilidad.

—Voy a por ellos —dijo, yendo hacia la puerta.

—Más le vale traer a los niños y a Dina a donde pertenecen —dijo Louise. Y Connor se paró en seco. Volviendo la mirada, vio que Louise mantenía la misma mirada de desaprobación—. Hasta que vuelvan, estoy en huelga. No pienso ni cocinar ni limpiar, Connor King.

—No puedes ponerte en huelga.

—Le aseguro que sí —dijo Louise. Y dando media vuelta, se fue a la cocina.

Estaba claro que tenía que buscar soluciones para unos cuantos problemas.

A Dina se le habían secado las lágrimas.

La noche anterior no había pegado ojo y llevaba todo el día consolando a los trillizos, que eran demasiado pequeños como para saber por qué su padre estaba ausente. O que era un imbécil.

—Sabes que puedes quedarte conmigo tanto tiempo como

quieras.

—Gracias, abuela —dijo Dina, acomodándose en el sofá—. Pero mañana mismo voy a buscar un sitio para los cuatro.

Miró a los niños, que jugaban en el suelo. Con suerte, se acostumbrarían pronto a no tener a Connor cerca.

—¿No vas a volver a tu antigua casa?

—Es demasiado pequeña —dijo Dina.

—Si lo que te preocupa es el tamaño, podrías volver a la casa que has abandonado esta mañana.

Dina miró a su abuela desconcertada.

—¿Cómo voy a volver después de todo lo que me dijo? No puedo seguir con él. No me quiere a su lado.

—Nieta, tú lo amas.

—Lo superaré.

Aunque tuvieran que pasar cincuenta años.

—Él también te ama —dijo su abuela. Y Dina rio con tristeza—. Lo vi el día de vuestra boda. Era un hombre enamorado.

—Te equivocas —Dina deseaba que su abuela estuviera en lo cierto. Pero de estarlo ¿cómo era posible que Connor le dijera las cosas que le había dicho?

—Yo nunca me equivoco, querida —su abuela sonrió con dulzura—. Para ahora debías saberlo.

—Lo siento, abuela —dijo Dina—. Sé que tienes buenas intenciones, pero esta historia no va a tener un final feliz. Aun cuando Connor apareciera en este momento y se disculpara, ¿cómo podría perdonarlo por lo que piensa de mí?

Desde su posición en el sofá, Angelica se inclinó hacia Dina, le tomó la mano y dijo:

—Por amor hacemos lo que haga falta. Disculpamos la crueldad, la indiferencia y los errores de los demás. Y debes tener en cuenta que los hombres no se adaptan tan bien como las mujeres. Se resisten al amor porque temen que los debilite —Angelica se apoyó de nuevo en el respaldo y, encogiéndose de hombros, añadió—: Son tontos, porque el amor en realidad fortalece. Nos hace tan fuertes que nos permite perdonar.

Dina miró a su abuela y deseó ser la mitad de buena persona que ella. Por su parte, no estaba segura de poder perdonar a Connor, aunque tampoco importaba lo que pensara porque dudaba que él

fuera a pedirle perdón. Cuando sonó el timbre de la puerta, su abuela exclamó:

—¡Ha llegado la hora!

—¿La hora de qué? —preguntó Dina, suspicaz.

Su abuela sonrió y fue a abrir.

—La hora de ver hasta qué punto tu amor es fuerte, nieta.

—¿Está Dina aquí?

La voz de Connor hizo que Dina se pusiera en pie. El corazón le dio un salto y estómago se le revolvió, pero consiguió mantenerse en pie cuando lo vio entrar seguido de su abuela.

—Traidora —dijo Dina a esta, entre dientes.

—Yo también te quiero —dijo Angelica, sonriendo. Luego añadió—: Voy a la cocina a hacer té.

Connor apenas fue consciente de la presencia de la mujer madura porque solo tenía ojos para Dina. Su corazón, que había dejado de latir después de haber ido a buscarla a su antigua casa y no encontrarla, pareció revivir.

Había sido entonces cuando recordó a su abuela. Una llamada había bastado para tranquilizarlo. Pero como Angelica le había dicho: el resto estaba en sus manos.

—Dina…

—*¡Pa!* —gritó Sam. Y los tres corrieron hacia él como si no lo hubieran visto en un año.

Eso era lo que Connor sentía. Los abrazó y besó, y cuando volvieron a jugar, miró a Dina, que lo observaba con ojeras y expresión desconfiada.

No podía culparla.

—Connor, no quiero hablar contigo.

—No tienes que hacerlo —dijo él, dando un paso hacia ella—. Pero, por favor, escúchame.

Dina tomó aire y asintió lentamente.

Connor la miró fijamente y sintió que el mundo volvía a tener sentido. Un rayo de sol iluminaba su cabello y sus ojos, y aunque tenía la mirada velada, que no lo hubiera echado era una victoria parcial. Tenía la oportunidad de convencerla de que era lo más importante de su vida.

—Todo lo que dije ayer fue un error —dijo apresuradamente. Y vio la sorpresa asomar a los ojos de Dina—. No lo creía cuando lo

dije. En cuanto a John Ballas, no vamos a volver a trabajar con él, y espero no verlo nunca más o le daré una paliza.

Dina rio brevemente y él también sonrió.

—Lo cierto es, Dina, que estoy desconcertado. No te esperaba; no esperaba que llegaras a importarme…

—Lo sé —dijo ella con voz queda—. Me dejaste claro cuando nos casamos que no querías una esposa, sino una compañera de cama y una madre para los niños.

Connor hizo una mueca como si quisiera abofetearse a sí mismo.

—Sé que dije eso, pero no podía estar más equivocado.

—¿Hablas en serio?

Al ver que Dina casi esbozaba una sonrisa, Connor se animó a seguir:

—He dejado que mi pasado determinara mi comportamiento hacia ti. En cierta medida, te consideraba la representación de todas las mujeres que habían intentado utilizarme a mí o a mi familia.

—Yo no…

Connor alzó una mano para detener a Dina.

—Sé que no me estabas utilizando, y que ni me has engañado ni me has mentido. Todo eso estaba en mi cabeza, Dina. Todo el tiempo he estado esperando a que me traicionaras, y como no lo has hecho, he sentido pánico: porque si eras tan maravillosa como pensaba, no tendría escapatoria. Jackie había sido la gota que colmó el vaso. La consideraba mi familia, y que me mintiera me hizo mucho daño.

—Elena era mi hermana y también me mintió a mí —apuntó Dina.

—Lo sé —Connor se aproximó un poco más y mirando hacia los niños, añadió—: Y yo, más que tú, los he usado como pantalla entre nosotros —dio otro paso—. Dina, cuando he llegado a casa y la he encontrado vacía, he creído morir.

—Después de lo de anoche, no podía quedarme —dijo Dina.

—Lo sé. Te hice daño y lo siento. No sabes cuánto lo siento.

—Connor…

—No —él la interrumpió, sintiendo que su corazón recuperaba su ritmo al ver un brillo de dulzura en los ojos de Dina—. No digas nada todavía. Déjame decir que confío en ti, Dina. Quiero que vuelvas a casa, quiero que vivamos todos juntos y que

construyamos una vida común.

Al ver que Dina sacudía la cabeza, se alarmó.

—Está bien que confíes en mí, Connor, pero no es bastante —musitó ella—. Anoche te dije que si me había casado contigo era porque te amaba. Y te amo tanto que no puedo vivir contigo sabiendo que tú no sientes lo mismo por mí.

Connor sonrió lentamente.

—En eso te equivocas. Te amo, Dina. Te amo más de lo que jamás había pensado que fuera posible amar. Eres lo primero en lo que pienso por la mañana, y mi último pensamiento por la noche. Quiero pasar el resto de mi vida contigo en mis brazos.

—¿De verdad? —Dina sonrió y los ojos se le iluminaron.

—De verdad —Connor sonrió a su vez—. Te amaré siempre, Dina. Quiero que tú y los niños volváis a casa conmigo. Quiero que tengamos más hijos.

—¡Connor, no sabes cuánto deseo creerte!

Metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo, Connor sacó unos papeles y se los dio.

—No he podido llegar antes porque he pedido a mis abogados que redactaran este documento.

—¿Qué es? —preguntó mirándolos desconcertada.

—El primer paso para que adoptemos a los niños legalmente.

Dina abrió los ojos desmesuradamente.

—Oh, Connor…

Este recorrió la distancia que los separaba y tomó el rostro de Dina entre sus manos. El calor de su piel, el amor que vio en sus ojos, acabó por despejar el frío que se había aferrado a su pecho la noche anterior.

—Seremos una familia de verdad. Nos tendremos el uno al otro, tendremos nuestro amor. Y si confías en mí, Dina, seremos felices

Ella lo miró a los ojos.

—Yo no quería enamorarme de ti, Connor, porque temía diluirme en ese amor.

Se puso de puntillas y le plantó un beso en los labios, y aunque bastó para que Connor quisiera más, se contuvo para escuchar lo que Dina iba a decirle.

—Pero en lugar de perderme, me siento más segura que nunca —continuó Dina, echando una ojeada hacia los niños, que jugaban

animadamente—. Tienes mi corazón y toda mi confianza.

Connor sintió que se levantaba el peso que lo había aplastado las últimas horas. Abrazando a Dina la besó casi reverencialmente.

—Jamás te decepcionaré, te lo juro. Y te amaré el resto de mi vida y más allá.

—Más te vale —le advirtió Dina, antes de sonreír y recibir el beso con el que Connor selló su promesa.

Cuando separaron sus labios, Connor apoyó la frente en la de ella y comentó:

—Louise se ha declarado en huelga.

—¿Qué? —preguntó Dina. Y su risa reverberó en el cuerpo de Connor.

—Lo que oyes. Me ha amenazado con tener que comer mi propia comida si no os llevaba a los niños y a ti a casa.

—Ahora entiendo que te hayas dado tanta prisa.

—Exactamente —Connor besó a Dina otra vez.

—¡Esto es maravilloso!

Connor y Dina se separaron y vieron a Angelica, que entraba en el cuarto con una caja de galletas. Se sentó en el sofá, la dejó en la mesa y repartió galletas entre los niños, que la rodearon al instante.

—Ahora, nieta —continuó la abuela de Dina, guiñando un ojo—, si tu marido trae el té de la cocina, podemos celebrarlo antes de que os vayáis a casa.

—Abuela —dijo Connor, agachándose para darle un beso en la mejilla—, qué gran idea.

—Iremos los dos —dijo Dina, entrelazando sus dedos con los de él.

—Aún mejor —dijo Connor.

Y la besó de nuevo, sabiendo que era el hombre más afortunado del mundo.